IV

EL MISTICO MURCIANO ABENARABI

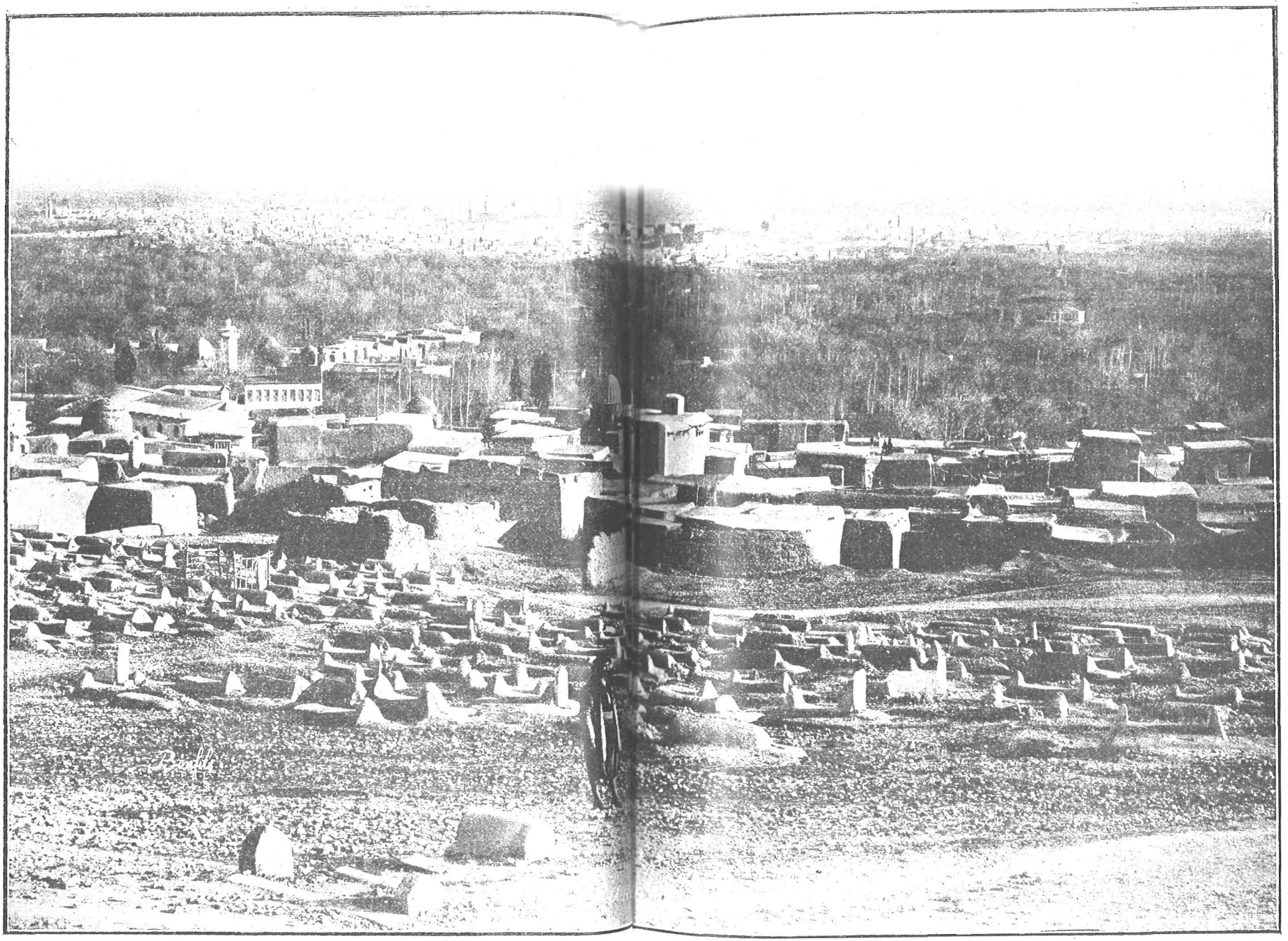
(MONOGRAFÍAS Y DOCUMENTOS.)

INTRODUCCIÓN

Hace ya más de veinte años que concebí el proyecto de publitar un estudio de conjunto sobre la vida y el sistema filosófico-teológico del gran místico murciano Mohidín Abenarabi. Aunque interrumpida a menudo mi labor por otros estudios, la masa de materiales recogidos durante los períodos de trabajo que al tema pude consagrar es ya bastante considerable, pero insuficiente todavía, con mucho, para la obra de síntesis definitiva en que mi inexperta juventud soñaba. La enorme suma de fuentes árabes, cuya exploración para tal obra es indispensable, exigiría una colaboración asidua y concertada de varios especialistas, durante muchos años. Una sola de las obras de Abenarabi, su *Fotuhat,* consta de cuatro tomos en folio, que suman unas cuatro mil páginas, de impresión apretada y de estilo y lenguaje técnico, difíciles de interpretar. Aunque sus principales libros han sido ya editados, restan además inéditos todavía algunos manuscritos de sus interesantes opúsculos.

Desechada, pues, por inasequible la idea del estudio total y definitivo, estimo que no será, sin embargo, del todo inútil ir dando a luz ensayos parciales sobre algunos aspectos del sistema de Abenarabi, que mediante el análisis de sus libros principales permitan, en un porvenir más o menos lejano, intentar la obra de reconstrucción anhelada, sin el peligro, hoy inevitable, que va anejo a las generalizaciones prematuras.

Estos ensayos parciales tendrán, como es natural, el carácter de complementarios de lo hasta hoy divulgado ya por los especialistas en la materia. No son muchos los trabajos que hay que registrar. El primero que dió una visión de conjunto sobre la vida de Abenarabi y los caracteres más salientes de su psicología de místico iluminado, fué mi maestro, don Julián Ribera, en su



VISTA DE LA SALIHÍA DONDE ESTÁ LA TUMBA DE ABENARABI.

estudio *Orígenes de la Filosofía de Raimundo Lulio* (1). Siguiendo sus huellas, publiqué en la misma fecha un ensayo de síntesis prematura del panteísmo de Abenarabi, titulado *Mohidín* (2). Otro ensayo, más sistemático, de sus doctrinas psicológicas presenté al Congreso XIV de orientalistas, que tuvo lugar en Argel el año 1906 (3).

Las influencias *masarríes* en el sistema panteísta de Abenarabi y especialmente en su teoría de la *Materia espiritual*, procuré ponerlas de relieve en mi discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (4). Finalmente, en mi estudio sobre las fuentes islámicas de la *Divina Comedia*, he analizado casi completamente todas las ideas escatológicas del místico murciano (5).

Goldziher ha estudiado de manera magistral el método alegórico seguido por Abenarabi en su interpretación del Alcorán (6). Nyberg, en la introducción que encabeza su edición de tres opúsculos de Abenarabi, ha intentado sistematizar la doctrina teosófica de nuestro místico en sus aspectos metafísico, teológico y cosmológico (7). Otros arabistas han tocado también puntos relativos al sistema de Abenarabi en estudios históricos de índole más general que los anteriores, u ocupándose de las ideas de otros místicos musulmanes homogéneas a las del sufí murciano (8).

Los ensayos parciales con que nos proponemos contribuír al

---

(1) *Homenaje a Menéndez y Pelayo* (Madrid, Suárez, 1899), tomo II, 191-216.

(2) *Ibidem*, II, 217-256.

(3) *La psicología según Mohidín Abenarabi*, por Miguel Asín Palacios (París, Leroux, 1906), apud *Actes du XIVe Congrès international des Orientalistes*, tomo III, 79-191.

(4) *Abenmasarra y su escuela. Orígenes de la filosofía hispanomusulmana* (Madrid, Maestre, 1914), págs. 71-75, 111-115, 155-164.

(5) *La escatología musulmana en la Divina Comedia*. Madrid, Maestre, 1919.

(6) Cfr. *Die Richtungen der islamischen Koranauslegung* (Leiden, Brill, 1920), págs. 215-257.

(7) Cfr. *Kleinere Schriften des Ibn Al-Arabi* (Leiden, Brill, 1919).

(8) He aquí los principales: Horten, *Die philosophischen Systeme der spekulativen Theologen im Islam*. Bonn, 1912.—Macdonald, *Development of muslim theology*. London, 1903.—Nicholson, *Studies in islamic mysticism*. Cambridge, 1921.—Massignon, *Al-Hallaj, martyr mystique de l'islam*. París, Geuthner, 1922.

estudio del sistema de Abenarabi serán de dos clases: 1.ª, monografías en que ensayaremos ofrecer al lector síntesis provisionales de ciertos aspectos de su pensamiento; 2.ª, colecciones sistemáticas de textos relativos a una misma materia, con la más modesta pretensión de que puedan servir como documentos para la redacción futura de otras parciales monografías sintéticas.

Sin que por ahora podamos comprometernos a establecer el orden fijo de su publicación sucesiva, dichos ensayos versarán sobre los siguientes temas: biografía de Abenarabi; caracteres generales de su sistema; su criteriología inspirada en un escepticismo místico; su teología: la esencia divina, sus atributos y nombres; su cosmología panteísta; su ascética y mística; su teoría del amor. Estos temas, sumados a los del monismo panteísta, psicología y escatología, desarrollados ya en mis anteriores estudios, darán quizá una idea de conjunto bastante aproximada del complejo y laberíntico sistema de este genial pensador hispanomusulmán.

I

Autobiografía cronológica de Abenarabi.

Nuestro primer ensayo es una biografía del místico murciano, redactada principal y casi exclusivamente con los textos autobiográficos que tanto abundan en sus libros, sobre todo en el *Fotuhat*. Sin despreciar las escasas noticias que sus biógrafos nos suministran, creemos de mayor interés las que el propio Abenarabi nos da, pues, aparte de su mayor autenticidad, ofrecen al lector el realista y pintoresco cuadro del medio islámico, español y oriental, y de la época en que se desarrolló la accidentada vida espiritual de este místico español, inquieto y andariego. Cada hecho o episodio concreto irá, pues, documentado con los pasajes respectivos de sus obras, pertinentes al caso, los cuales se incrustarán en el texto de la biografía o se consignarán en nota al pie de la página, según su mayor o menor extensión e importancia lo aconsejen.

Todo hecho o noticia cronológica que carezca de esta auténtica documentación comprobatoria, entiéndase que está autoriza-

do por el solo testimonio de sus biógrafos musulmanes, así españoles como orientales, principalmente por Almacari y por el autor anónimo de la *tarchama* o biografía apologética que encabeza la edición del *Fotuhat* (1). Ambos resumen o citan a la letra otras fuentes más antiguas.

He aquí ahora la lista de las obras de Abenarabi, aprovechadas para esta biografía:

Dajáir = كتاب ذخائر الاعلاق شرح ترجمان الاشواق
Beirut, 1312 hégira.

Diwán = الديوان الاكبر
Bombay, sin fecha.

Fosús = كتاب شرح فصوص الحكم للشيخ بالى افندى
Constantinopla, 1309 hégira.

Fotuhat = كتاب الفتوحات المكية
Bulac, 1293 hégira.

Mawaqui = كتاب مواقع النجوم
Cairo, 1325 hégira.

Mohadara = كتاب محاضرات الابرار
Cairo, 1282 hégira.

Tadbirat = كتاب التدبيرات الالهية
Leiden, Brill, 1919 (edic. Nyberg).

* * *

1. *Nacimiento.*

Abubéquer Mohámed Ben Alí, de la tribu de Hátim el Tai, más conocido por el nombre de Abenarabi y por los títulos honoríficos de *Mohidín* (Vivificador de la religión), *El Xeij el Acbar* (El Doctor Máximo) y *Aben Aflatún* (El hijo de Platón), nació en la ciudad de Murcia el 17 de *ramadán* del año 560 de la hégira (28 de julio de 1164), bajo el califato de Almostánchid en Oriente y reinando en Murcia y Valencia Aben Mardanix, príncipe independiente de la autoridad de los Almohades, cuyo tercer

(1) *Analectes sur l'histoire et la litterature des Arabes d'Espagne par al-Makkari.* Leyde, Brill, 1855-1861. Tomo I, 567-583.—Cfr. *Shadharátu'l-Dhahab* (= *Xadsarat adsáhab*) editado por Nicholson apud JRAS, 1906, pág. 806-824.

sultán, Abu Yacub Yúsuf, acababa de heredar de su padre Abdelmumen el imperio de todo el resto de España (1).

"Un vasallo de un gran sultán de Murcia llamó a éste a gritos para hacerle una reclamación; pero el sultán no le contestó. El apelante entonces le dijo: "¡Háblame, pues también Dios habló a Moisés!" A lo cual contestó el sultán: "¡Ni que tú fueses Moisés!" Mas el apelante le replicó: "¡Ni que tú fueses Dios!" Detuvo entonces el sultán su caballo para que le informase de lo que deseaba e inmediatamente atendió a su reclamación. Este sultán era señor de todo el levante de Alandalus y se llamaba Mohámed b. Saad Aben Mardanix, en cuyo tiempo y durante cuyo reinado nací yo en Murcia."

"En el califato de Almostánchid nací yo en Murcia, reinando en Alandalus el sultán Abuabdala Mohámed b. Saad Aben Mardanix. Yo oía los viernes en la mezquita que el predicador hacía en su sermón ritual la mención del nombre de dicho califa Almostánchid Bilá (2)."

2. *Familia.*

Pertenecía a una familia noble, rica y muy religiosa. De sus padres refiere el mismo Abenarabi, en sus obras, hechos de piedad ejemplar. Dos tíos suyos maternos hicieron profesión de vida ascética: uno de ellos, Yahya Ben Yogán, abandonó el trono de Tremecén para someterse a la disciplina de un eremita que le obligaba a ganarse el sustento diario haciendo leña en los montes para venderla por las calles de la capital de su reino. Su otro tío, Móslem el Jaulaní, vivía entregado a ejercicios tan austeros, que pasaba noches enteras de pie en oración, azotándose cruelmente para dominar su sueño (3).

"Uno de mis tíos maternos, llamado Yahya b. Yogán, era rey en la ciudad de Tremecén. Vivía en su tiempo apartado del mundo un hombre, jurisconsulto y asceta, llamado Abdalá el Tunecino, que pasaba por ser el más devoto de su siglo. Habitaba en un lugar de las afueras de Tremecén, que se llama *Alobad* [hoy *El-Eubbad*, o sea el eremitorio, a 2 kms. de la ciudad] y pasaba la vida aislado de las gentes y consagrado al servicio de Dios en la mezquita. En ésta existe hoy su sepulcro, muy frecuentado por los fieles que lo visitan. Mientras que este santo varón caminaba un día por la ciudad de Tremecén (separada de Alobad por pequeña distancia, en medio de la cual se alza la ciudadela) encontróse con él mi tío Yahya b. Yogán, rey de la ciudad, rodeado de su séquito y guardia. Alguien le dijo que aquel hombre era Abuabdalá el

(1) *Fotuhat*, IV, 264.
(2) *Mohadara*, I, 34.
(3) *Fotuhat*, II, 23.

Tunecino, el más famoso asceta de su tiempo. Detúvose entonces el rey, tirando de la brida de su caballo, y saludó al santo, que le devolvió el saludo. El rey, que llevaba puestas unas preciosas vestiduras, preguntóle: "¡Oh *xeij!* ¿Me será lícito hacer la oración ritual llevando este vestido?" El *xeij* se puso a reir, en vez de contestar a la pregunta. ¿De qué te ríes?", le dijo el rey. "De la cortedad de tu entendimiento —le respondió—, de la ignorancia en que vives acerca del estado de tu alma. A mi juicio, nada hay más semejante a ti que el perro: se revuelca en medio de la sangre de los cadáveres putrefactos y los come, a pesar de su inmundicia; pero luego, cuando va a mear, levanta la pata para no mancharse de orines. Tú eres un vaso lleno de inmundicias y ¿preguntas, no obstante, por tu manto, cuando eres responsable de todas las injusticias de tus súbditos?" Rompió a llorar el rey, apeóse de su caballo, abdicó del reino desde aquel momento y se consagró a la vida devota, al servicio del *xeij*. Este lo tuvo junto a sí durante tres días, al cabo de los cuales tomó una cuerda y le dijo: "¡Oh rey! Acabáronse los tres días de hospitalidad; levántate y vete a hacer leña." Y el rey hacía leña, la ponía sobre su cabeza e iba a Tremecén a venderla al mercado. Las gentes le miraban y lloraban. El vendía su leña, guardaba del precio lo necesario para su sustento y daba el resto de limosna. Así continuó toda su vida. A su muerte, fué sepultado en la parte exterior de la tumba de su maestro de espíritu. Su sepulcro es hoy muy visitado. El *xeij*, cuando las gentes iban a pedirle que rogase a Dios por ellos, les decía: "Pedídselo por la intercesión de Yahya b. Yogán, pues era rey y renunció al mundo. Si Dios me hubiese sometido a la prueba a que lo sometió a él, quizá no hubiese renunciado al mundo."

"También fué de los más grandes ascetas mi tío Móslem el Jaulaní, el cual pasaba la noche en vigilia, y cuando la fatiga de estar en pie le vencía, golpeaba las plantas de sus pies con unas varas que tenía a mano, diciéndoles al mismo tiempo: "¡Vosotros merecéis los golpes más que mi burro! (1)."

Un tío suyo paterno, Abdalá, se hallaba dotado de preternaturales aptitudes místicas de teósofo y vidente (2).

"Tenía yo un tío, hermano de mi padre, llamado Abdalá b. Mohámed Abenarabi, que había alcanzado este estado místico (3), tanto sensible como idealmente, según pude yo mismo observarlo palpablemente antes de convertirme a este camino de la vida mística, en la época de mi disipación."

---

(1) *Mohadara*, II, 51.

(2) *Fotuhat*, I, 240.

(3) El grado místico a que se refiere aquí Abenarabi es el llamado "de los hálitos o soplos". A él pertenecían, según Abenarabi, muchos místicos de España, uno de los cuales trató en Jerusalén: al preguntarle sobre cierta cuestión esotérica, respondió: "¿Notas un olor?" En eso comprendió Abenarabi que pertenecía a dicho grado. Este individuo fué después criado suyo, algún tiempo.

3. *Educación literaria.*

En medio de este ambiente de misticismo deslizóse la infancia de Abenarabi. A los ocho años de edad, trasladóse a Sevilla con su familia, después de rendirse Murcia a las armas de los Almohades. Su educación literaria y religiosa debió ser perfectísima: en sus obras cita repetidas veces a sus maestros de lecturas alcoránicas, historia, literatura, poesía y tradiciones del Profeta, que, en Sevilla principalmente, le explicaron los libros clásicos de cada materia (1). Sus inclinaciones al principio no debieron ser hacia la vida devota: las letras y la caza ocuparon su corazón, apartándolo de Dios. En su vejez recordaba con pena aquellos años de su infancia y primera juventud, perdidos en cacerías por los campos de Carmona y Palma del Río, con los caballos y criados de su padre (2).

"En la época de mi disipación, iba yo de viaje cierto día en compañía de mi padre, entre Carmona y Palma, cuando topamos con un rebaño de onagros o asnos salvajes que estaban paciendo. Era yo entonces muy apasionado por su caza; y los criados habíanse quedado atrás, muy lejos de nosotros. Reflexioné un instante y formé en mi corazón el decidido propósito de no hacer daño ni a uno tan solo de aquellos animales; pero así que el caballo alazán que yo montaba los vió, lanzóse hacia ellos relinchando de gozo; lo refrené con violencia para detenerlo, hasta que llegué adonde los asnos salvajes pacían, y en-

---

(1) Los principales maestros de Abenarabi, citados por el autor de su biografía inserta al frente del *Fotuhat* (I, 2) son los siguientes: Abubéquer Mohámed b. Jálaf b. Saf el Lajmí y Abulcásem el Xarrat el cordobés, que le enseñaron en Sevilla las lecturas alcoránicas a los diez y ocho años de edad. La misma materia aprendió con el maestro Abubéquer Mohámed b. Abuchamra. Las tradiciones del Profeta las estudió con varios maestros en Sevilla y otras poblaciones. Entre ellos se citan a Abenzarcún, Abenalchad, Abulgualid el Hadri, Abdelmónim el Jazrachí, Abucháfar b. Mosali, etc. Siguió también los cursos del jurista y teólogo Abumohámed Abdelhac de Sevilla, discípulo mediato del célebre Abenházam, cuyas obras completas estudió bajo la dirección de aquél. A esta enseñanza se debió el criterio *dahirí* o literalista que en derecho profesó Abenarabi.

De otros maestros de Abenarabi en estas materias literarias y teológicas, ajenas a su posterior profesión ascéticomística, da él mismo noticias incidentales en su *Fotuhat*. Sirva de ejemplo (I, 514): "Esta opinión sostenia nuestro maestro Abuabdalá Benalás en Sevilla, donde se la oí textualmente, más de una vez."

(2) *Fotuhat*, IV, 700.

tonces, a pesar de que en la mano llevaba mi lanza y de que el caballo se metió entre ellos, de modo que el hierro de mi lanza pasaba rozando en las jibas de los onagros, todos ellos siguieron paciendo tranquilos, sin que ni uno solo levantase la cabeza, hasta que acabé de atravesar el rebaño. Alcanzáronme entonces mis criados, y sólo entonces, es decir, delante de ellos echaron a correr los onagros huyendo. Hasta que no entré en este camino, quiero decir, el camino de Dios, no conocí la causa de aquel hecho. Entonces, reflexionando sobre lo que es el trato social, comprendí que la causa de aquel extraño fenómeno de los onagros fué esta, a saber: que la confianza que en mi alma sentí hacia ellos se comunicó también a sus almas respecto de mí."

La nobleza de su estirpe y sus personales aptitudes literarias granjeáronle bien pronto el cargo de secretario del Gobierno de Sevilla. Los Beni Abdún de Bugía, familia distinguida, diéronle en matrimonio a su hija Mariam, piadosa y santa mujer (1).

"De este grado místico no he visto ni a una sola persona. Unicamente me contó mi esposa Mariam, hija de Mohámed b. Abdún, que ella vió a una de estas personas, cuya descripción me hizo y por su descripción inferí que estaba dotada de esa facultad intuitiva; sin embargo, en su descripción citó ciertas cualidades que demostraban no poseer dicho grado sino imperfecta y débilmente."

"Refirióme mi santa esposa, Mariam, hija de Mohámed b. Abdún b. Abderrahman de Bugía, lo siguiente: "Vi en mi sueño a una persona que en mis visiones extáticas me visitaba y que jamás vi en el mundo de los sentidos. Esa persona me dijo: "¿Quieres seguir el camino de la perfección?" Yo le respondí. "Efectivamente, deseo seguir ese camino; pero no sé cómo." El me dijo entonces: "Por medio de estas cinco cualidades: la absoluta confianza en la voluntad de Dios; la fe viva; la paciencia; el propósito firme; la sinceridad." Cuando mi esposa me explicó esta visión, le dije: "Ese es el método de los *sufíes* (2)."

Los ejemplos y exhortaciones de su esposa comenzarían quizá a determinar en Abenarabi un cambio de vida, preparado ya por las súplicas de su devota madre. Una grave enfermedad debió también contribuír a ello: durante ésta, sufrió accesos febriles acompañados de monstruosas visiones del infierno, de las cuales se vió libre por la oración de su padre que velaba su sueño (3).

"Estuve enfermo y en mi enfermedad llegué a perder el sentido de tal modo, que me daban ya por muerto. Vi entonces un grupo de gentes

(1) *Fotuhat*, III, 311.
(2) *Ibidem*, I, 363.
(3) *Fotuhat*, IV, 648.

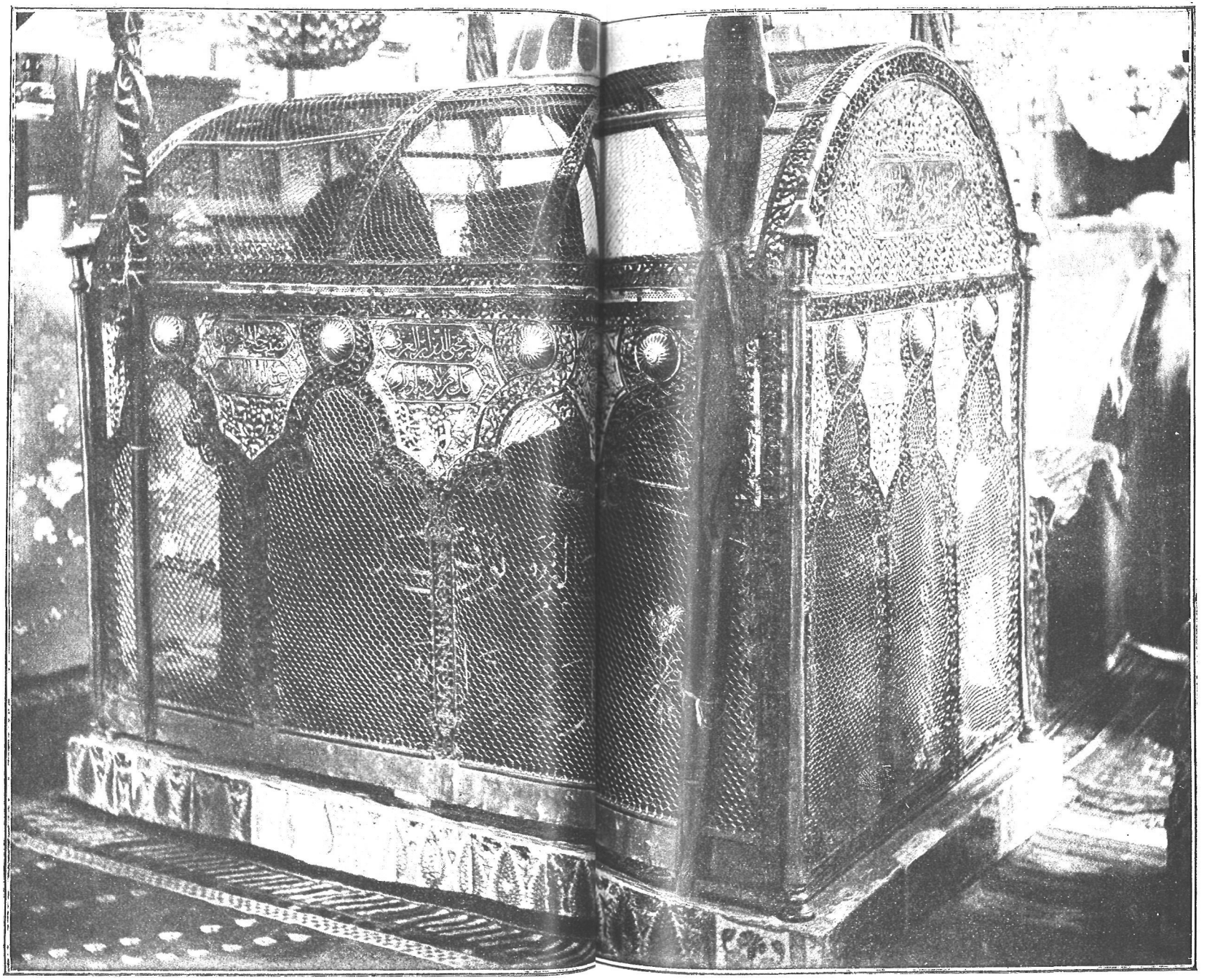
de horroroso aspecto que querían hacerme daño; pero vi también a una persona hermosa que exhalaba un aroma muy agradable que con fuerza rechazaba el ataque de los otros, hasta que logró dominarlos. Díjele yo entonces: "¿Quién eres tú?" "Yo soy —me respondió— la azora *Yas* [el capítulo 36 del Alcorán, que se reza por los agonizantes] que te defiende." Desperté de mi letargo y me encontré con que mi padre estaba llorando a mi cabecera y acababa de rezar aquella azora."

Más adelante la muerte de éste acabaría por resolver la crisis de su espíritu convirtiéndole hacia Dios definitivamente. Abenarabi refiere minuciosamente en su *Fotuhat* los prodigios que la acompañaron: quince días antes de ocurrir, su mismo padre profetizó el día de la semana y mes en que moriría, y, llegada esta fecha, entró en la agonía, cubriéndose su cuerpo de un blanco resplandor que alumbraba toda la estancia. Abenarabi, conmovido ante aquel milagro, despidióse de su padre y salió de su casa para esperar en la mezquita la noticia de su fallecimiento (1).

[Hablando aquí Abenarabi del grado místico de los *hálitos* o *soplos*, dice que los que mueren en este grado quedan en un estado tal, que se duda si están muertos o vivos. Para confirmarlo, narra así la muerte de su padre]: "Así lo he visto realmente en mi padre, pues lo enterramos en la duda entre el aspecto de su rostro, que era el de uno que vive, y entre el hecho cierto de que sus venas estaban sin pulso y su respiración había desaparecido, señales seguras de la muerte. Quince días antes de morir, me había asegurado que se moría y que su muerte acaecería en miércoles, como efectivamente sucedió. Al llegar ese día, aunque estaba gravemente enfermo, sentóse sin apoyo de nadie y me dijo: "¡Hijo mío! Hoy es la marcha, hoy es el encuentro con Dios!" Yo le dije: "Dios ha escrito que serás salvo en este tu viaje y bendice ya tu encuentro." Estas palabras mías le llenaron de gozo y añadió: "Dios te recompensará, hijo mío, con la felicidad después de mi muerte, porque cuanto te acabo de oír, yo no lo entendía mientras lo estabas diciendo y hasta quizá lo hubiera contradicho; pero ahora doy testimonio de que es así como lo dijiste."

"Y de improviso apareció sobre su frente un blanco resplandor que contrastaba con el color de su cuerpo, aunque sin afearle; aquel brillo producía una luz que centelleaba. Mi padre se dió cuenta de esto. Luego, aquel brillo se fué extendiendo por su rostro y poco a poco llegó a invadir todo su cuerpo. Tomele la mano y me despedí de él, abandonando el aposento después de decirle: "Me voy a la mezquita hasta que vengan a anunciarme que has muerto." El exclamó entonces. "Vete y que no entre aquí nadie". Mandó luego venir a todos los de casa y a sus hijas, y a la hora del medio día vinieron a notificarme su muerte. Volví a casa y lo encontré como antes dije: en un estado que hacía dudar si estaba vivo o muerto. Así lo enterramos."

(1) *Fotuhat*, I, 289.



TOMB NARABI

4. *Conversión e iniciación sufí.*

Ignoramos la época precisa en que esta conversión de Abenarabi tuvo lugar, pero es seguro que debió acaecer antes del año 580 (1184 de J. C.). Efectivamente, en esta fecha, según confesión propia, había entrado ya en la vida mística haciendo profesión de sufí, a los veinte años de edad (1).

"Yo alcancé este grado místico al entrar en el camino de la perfección, el año 580."

Parece por otra parte seguro que su conversión acaeció más bien algunos años antes de morir su padre, pues era todavía un jovenzuelo imberbe, cuando ya la fama de su precoz iniciación en los misterios de la vida mística llegaba a oídos del célebre filósofo Averroes, que, lleno de curiosidad, solicitaba del padre de Abenarabi una entrevista con éste a fin de estudiar en vivo aquel caso de psicología, anormal y para él inexplicable. El mismo Abenarabi nos ha conservado en su *Fotuhat* la pormenorizada descripción de aquella entrevista y de sus posteriores relaciones con Averroes (2).

"Cierto día, en Córdoba, entré a casa de Abulualid Averroes, cadí de la ciudad, que había mostrado deseos de conocerme personalmente, porque le había maravillado mucho lo que había oído decir de mí, esto es, las noticias que le habían llegado de las revelaciones que Dios me había comunicado en mi retiro espiritual; por eso, mi padre, que era uno de sus íntimos amigos, me envió a su casa con el pretexto de cierto encargo, sólo para dar así ocasión a que Averroes pudiese conversar conmigo. Era yo a la sazón un muchacho imberbe. Así que hube entrado, levantóse del lugar en que estaba y, dirigiéndose hacia mí con grandes muestras de cariño y consideración, me abrazó y me dijo: "Sí." Yo le respondí: "Sí." Esta respuesta aumentó su alegría, al ver que yo le había comprendido; pero dándome yo, a seguida, cuenta de la causa de su alegría, añadí: "No." Entonces Averroes se entristeció, demudóse su color, y comenzando a dudar de la verdad de su propia doctrina, me preguntó: "¿Cómo, pues, encontráis vosotros resuelto el problema mediante la iluminación y la inspiración divina? ¿Es acaso lo mismo que a nosotros nos enseña el razonamiento?" Yo le respondí: "Sí y no. Entre el sí y el no, salen volando de sus materias los espíritus y de sus cuerpos las cervices." Palideció Averroes, sobrecogido de terror, y sentándose

(1) *Fotuhat*, II, 559.
(2) *Fotuhat*, I, 199.

comenzó a dar muestras de estupor, como si hubiese penetrado el sentido de mis alusiones."

"Más tarde, después de esta entrevista que tuvo conmigo, solicitó de mi padre que le expusiera éste si la opinión que él había formado de mí coincidía con la de mi padre o si era diferente. Porque como Averroes era un sabio filósofo, consagrado a la reflexión, al estudio y a la investigación racional, no podía menos de dar gracias a Dios que le permitía vivir en un tiempo en el cual podía ver con sus propios ojos a un hombre que había entrado ignorante en el retiro espiritual para salir de él como había salido, sin el auxilio de enseñanza alguna, sin estudio, sin lectura, sin aprendizaje de ninguna especie. Por eso exclamó: "Es este un estado psicológico cuya realidad nosotros hemos sostenido con pruebas racionales, pero sin que jamás hubiésemos conocido persona alguna que lo experimentase. ¡Loado sea Dios que nos hizo vivir en un tiempo en el cual existe una de esas personas dotadas de tal estado místico, capaces de abrir las cerraduras de sus puertas, y que además me otorgó la gracia especial de verla con mis propios ojos!"

"Quise después volver a reunirme con él [es decir, con Averroes] y por la misericordia de Dios se me apareció en el éxtasis, bajo una forma tal, que entre su persona y la mía mediaba un velo sutil, a través del cual yo lo veía, sin que él me viese ni se diera cuenta del lugar que yo ocupaba, abstraído como estaba él, pensando en sí mismo. Entonces dije: "En verdad que no puede ser conducido hasta el grado en que nosotros estamos."

"Y ya no volví a reunirme con él hasta que murió. Ocurrió esto el año 595 en la ciudad de Marruecos y fué trasladado a Córdoba, donde está su sepulcro. Cuando fué colocado sobre una bestia de carga el ataúd que encerraba su cuerpo, pusiéronse sus obras en el costado opuesto para que le sirvieran de contrapeso. Estaba yo allí parado, en compañía del alfaquí y literato Abulhasan Mohámed Benchobair, secretario de Sidi Abusaíd [uno de los príncipes almohades] y de mi discípulo Abulháquem Omar Benazarrach, el copista. Volviéndose éste hacia nosotros, dijo: "¿No os fijáis acaso en lo que le sirve de contrapeso al maestro Averroes en su vehículo? A un lado va el maestro y al otro van sus obras, es decir, los libros que compuso." A lo cual replicó Benchobair: "¡No lo he de ver, hijo mío! ¡Claro que sí! ¡Bendita sea tu lengua!" Entonces yo tomé nota de aquella frase de Abulháquem, para que me sirviera de tema de meditación y a guisa de recordatorio (ya no quedo más que yo de aquel grupo de amigos ¡Dios los haya perdonado!) y dije para mis adentros:

"A un lado va el maestro, y al otro van sus libros.
Mas dime: sus anhelos ¿viéronse al fin cumplidos?"

Seis años después, en 586 (1190 de J. C.), un famoso sufí, llamado Musa el Baidaraní, que gozaba del don místico de bilocación, hace ya un viaje *exprofesso* a Sevilla para entrar en relaciones con Abenarabi y aprovecharse de sus enseñanzas, a pesar

de que nuestro místico no había pasado aún de los veintiséis años (1).

"Nosotros vimos en Sevilla, el año 586 a Musa el Baidaraní, que pertenecía al grado de los *abdales*, el cual vino a visitarnos de propósito."

5. *Maestros de espíritu.*

Esto hace suponer que, una vez convertido, entregaríase con empeño al estudio de los libros sufíes y, sobre todo, al trato con los maestros de espíritu. Innumerable es la serie de éstos que Abenarabi confiesa haber utilizado para su iniciación en la vida sufí, durante su permanencia en Sevilla. Musa b. Imrán de Mértola, en su casa de la mezquita Arradi, enseñábale a recibir las inspiraciones divinas (2).

"Oímos a nuestro maestro Abuimrán Musa b. Imrán de Mértola, en su casa, en la mezquita *Arradi*, en Sevilla, que le decía a Abulcásem Benafir (el cual se negaba a dar crédito a los fenómenos que los sufíes tienen por ciertos): "¡No hagas eso, Abulcásem, pues si lo haces, incurrirás en dos faltas!... etc.

"De este grado místico era mi maestro Abuimrán Musa b. Imrán el de Mértola (3)."

"Uno de ellos encontré en Sevilla, que era de los más grandes místicos que he encontrado y que se llamaba Musa b. Imrán, el príncipe de su siglo (4)." [En este pasaje habla Abenarabi de los tres místicos cuya virtud preternatural consiste en comunicar a los demás las inspiraciones divinas en cada época. Del mismo maestro vuelve a hablar otras veces] (5).

A comunicarse con los espíritus de los muertos aprendió de un famoso taumaturgo, Abulhachach Yúsuf, natural de Subárbol (al oriente de Sevilla), que poseía la virtud de andar sobre las aguas (6).

"De ellos también [de los *cótobs* o quicios de la jerarquía esotérica] fué Abulhachach Yúsuf el de Subárbol [شبر بلا], alquería al oriente de Sevilla, el cual era de los que andan sobre el agua y tienen trato familiar con los espíritus (7)."

---

(1) *Fotuhat*, II. 9.
(2) *Fotuhat*, II. 8.
(3) *Ibidem*, II, 107.
(4) *Ibidem*, II, 17.
(5) *Fotuhat*, II. 234 y 266.
(6) *Fotuhat*, I, 268.
(7) Según Abenalabar (*Tecmila*, b. 2083) murió este místico el año 587, o sea cuando Abenarabi tenía veintisiete años de edad.

"De esta clase de místicos encontré muchos entre mis maestros. De ellos fué Abulhachach el de Subárbol, que vivía en Sevilla, el cual leía asiduamente el Alcorán, siempre que estaba solo (1)."

Simultáneamente frecuentaba Abenarabi las conferencias de otros maestros, como Yúsuf el Cumí, de cuya ciencia esotérica hace grandes elogios (2).

"Decía nuestro maestro Abuyacub Yúsuf b. Jálaf el Cumí: "Entre nosotros y Dios, que es la Verdad que buscamos, álzase una empinada cuesta. A los pies de esta cuesta estamos, por razón de nuestra naturaleza física o corpórea, y desde su parte inferior ascendemos sin cesar por la cuesta hasta que llegamos a su cumbre. Una vez que la dominamos y atalayamos desde la cima lo que a la espalda quedó, ya no volvemos atrás, porque tal retorno es imposible."

"Me contó (3) Yúsuf b. Jálaf el Cumí (uno de los más grandes maestros que encontré en este camino del sufismo) el año 586..." (4).

Dos maestros, especializados en la práctica del examen particular y cotidiano de la conciencia, iniciáronle en este ejercicio cristiano de perfección espiritual: Abuabdala b. Almocháhid y Abuabdala b. Caisum, sevillanos ambos. Abenarabi añadió por propia iniciativa el examen de los pensamientos al de las obras y palabras, a que se reducía el método de sus maestros (5).

"Entienden algunos maestros de espíritu que las obras de devoción no deben buscarse por sí mismas, sino tan sólo por la intención con que se hacen. La intención en las obras es como el sentido en las palabras: la palabra, en efecto, no tiene valor en sí misma, sino por la idea que encierra. Mira, pues, ¡oh, hermano mío! cuán delicada y sutil es la penetración de esta categoría de místicos. Este ejercicio espiritual es lo que entre los sufíes se denomina *examen de conciencia*, al cual se refería el Profeta cuando dijo: "Pedid cuenta vosotros a vuestras propias almas, antes de que se os la pida." De estos maestros yo encontré a dos, que fueron Abuabdala b. Almocháhid y Abuabdala b. Caisum, en Sevilla (6), cuyo método de vida espiritual se caracterizaba por dicho ejercicio. Eran ambos los *cótobs* o ejes de cuantos místicos viven vida de intención. Yo entré también en el camino que conduce a esta mora-

(1) Cfr. *Fotuhat*, IV, 648.

(2) *Fotuhat*, I, 327.

(3) *Fotuhat*, II, 902.

(4) El relato es una fabulosa anécdota en la cual una serpiente habla de parte de Dios a un sufí para darle noticias del famoso maestro Abumedín de Bugía (que también lo fué de Abenarabi) y de las persecuciones de que fué víctima.

(5) *Fotuhat*, I, 275.

(6) Cfr. *Tecmila*, b. 779 y 899. El primero murió el 574 (1178 de J. C.); el segundo, en 606 (1209 de J. C.).

da, imitando a ambos maestros y a sus discípulos y tomando como ellos por norma el precepto del Profeta, que tan digno es de ser imitado, cuando decía: "Pedid cuenta a vuestras almas, antes de que se os pida." Nuestros dos maestros dichos tomaban cuenta a sus propias almas de cuanto durante el día pudieran hablar y obrar y eso lo consignaban por escrito en un cuaderno; y al llegar la noche, después de hacer la oración, encerrados ya y a solas en su cuarto, examinaban sus conciencias sacando otra vez el cuaderno: miraban cuanto en aquel día habían hecho de palabra y obra y lo comparaban con lo que debían haber hecho; si de este cotejo resultaba que debían simplemente pedir perdón a Dios por sus faltas, lo hacían; si estas faltas reclamaban por su gravedad una penitencia, se la imponían; si, por el contrario, resultaba que de su conducta debían dar gracias a Dios, se las daban. Y así seguían su examen de conciencia, hasta analizar todo cuanto habían hecho en aquel día. Después de esto se echaban a dormir. Nosotros añadimos a este método de nuestros maestros el consignar también por escrito los pensamientos, es decir, que anotábamos todas cuantas ideas y propósitos nos venían a las mientes, además de las palabras y las obras. Así es que yo examinaba mi conciencia como ellos y a las mismas horas, sacando el cuaderno y pidiendo cuenta a mi alma de todo cuanto en el día se le había ocurrido de pensamientos y deseos, además de las palabras y obras realizadas con los sentidos externos, y también la intención con la que estas obras externas habían sido hechas."

Ejemplos heroicos de castidad, proverbiales entre los ascetas sevillanos, debieron contribuír también a formar su espíritu desde los años juveniles en la mortificación de los apetitos. Es entre todos ellos digno de notarse el del sevillano Abdala el Almogauirí, émulo, en esta materia, de Orígenes (1).

"Fué Abdalá el Mogauiri un grande santo, natural de Niebla, de los distritos de Sevilla, al occidente de Alandalus. Se le conocía [en oriente] por el sobrenombre de "El Andalusí". La causa de su conversión a Dios fué ésta: cuando los almohades entraron en Niebla, una mujer de la ciudad se puso en sus manos diciéndole: "¡Llévame a Sevilla y líbrame de las manos de esta gente!" Tomóla, pues, sobre sus hombros y salió con ella de la ciudad. Mas tan pronto como se vieron solos en el camino, él que era hombre de pasiones violentas y depravadas, y ella, por otra parte, mujer de belleza no común, el instinto sexual le incitó a cohabitar allí con ella. Pero refrenándose dijo para sí: "¡Oh alma mía! ¡Ella se ha puesto con toda confianza en tus manos! ¡No quiero cometer tamaña deslealtad! Sería una perfidia para con su marido o su dueño!" Rehusaba, sin embargo, su concupiscencia incitándole a pecar. Y cuando ya la fuerza de la tentación hízole temer por su alma, *lapidem accepit atque super illum penem suum, qui quidem erectus erat, imponens, alium accepit lapidem, atque penem inter duos contudit lapides confregitque, clamans*: "¡El fuego antes que el opro-

(1) *Fotuhat*, IV, 675.

bio, alma mía!" Y desde aquel punto vino a ser el santo sin igual de su época, pues salió de su tierra en seguida para hacer la peregrinación a la Meca y luego se estableció en Alejandría, hasta que murió. Aunque fué contemporáneo mío, no lo traté personalmente; pero Abulhasán el Sevillano me refirió los consejos ascéticos que Abdalá el Mogauirí le daba..."

6. *Vida de aislamiento.*

Pero muy pronto abandonó a todos los maestros para aislarse del mundo retirándose a los cementerios, donde pasaba los días enteros en comunicación íntima con las almas de los difuntos: sentado en el suelo, rodeado de tumbas, permanecía largas horas como extático, manteniendo en voz baja conversaciones misteriosas con interlocutores invisibles (1).

"Yo me aparté del mundo para vivir aislado en los cementerios durante algún tiempo. Llegóme entonces la noticia de que mi maestro Yúsuf b. Jálaf el Cumí decía que fulano (refiriéndose a mí) había abandonado el trato de los vivos para irse a tratar con los muertos. Yo entonces le envié un recado diciéndole: "Si vinieses a verme, verías con quién trato." Hizo la oración de media mañana y se vino a donde yo estaba, pero solo, sin que nadie le acompañara. Fué preguntando por mí, hasta que me encontró, en medio de las tumbas del cementerio, sentado, con la cabeza baja y conversando con uno de los espíritus que se me habían presentado. Sentóse a mi vera, poquito a poco y con mucho respeto. Le miré y vi que su color se había demudado y que su alma sentía tales angustias, que ni siquiera podía levantar la cabeza, abrumado como estaba por la postración. Yo entre tanto mirábale sonriéndome, pero sin lograr hacerle sonreír, de lo muy triste que estaba. Así que hube yo acabado mi misteriosa plática, fué poco a poco disminuyendo la preocupación del maestro, hasta que al fin se tranquilizó y, volviendo hacia mí su rostro, besóme en la frente. Entonces le dije: "¿Quién es el que trata con los muertos, yo o tú?" El me respondió: "¡No, por Alá! No eres tú; antes bien, yo soy el que trata con los muertos! ¡Por Alá, que si la escena se hubiese prolongado algo más, de seguro que me ahogo de emoción!" Marchóse después y me dejó allí solo. Desde entonces decía a cada paso: "El que quiera aislarse del mundo, que se aísle como fulano!"

Su fe en los fenómenos sobrenaturales de la vida mística íbase así fortaleciendo, a medida que los experimentaba en sí mismo y en los demás. El mismo año 586 (1190 de J. C.) presencia un milagro de incombustión, realizado por un sufí para con-

(1) *Fotuhat*, III, 58-59.

vencer a un peripatético que negaba la posibilidad de todos ellos (1).

[Al hablar aquí Abenarabi de la diferencia entre el milagro propiamente dicho y el carisma, dice que aquél sirve para provecho espiritual del prójimo, mientras éste es útil tan sólo para el que lo posee. Y en confirmación añade]: "Así nos ocurrió a nosotros en una reunión, el año 586, a la que asistía cierto individuo, filósofo, que negaba la misión divina de los profetas, en el sentido en que los musulmanes la afirman, y negaba asimismo la realidad de los milagros de los profetas, en cuanto fenómenos que rompan el curso normal de la naturaleza, porque, según él pretendía, las esencias de las cosas son inalterables. Era un día de invierno, de mucho frío, y teníamos delante un gran brasero encendido. El incrédulo aquel estaba diciendo que el vulgo afirma que Abraham fué lanzado al fuego y no se quemó; pero como el fuego es por su naturaleza comburente de los cuerpos susceptibles de ser quemados, afirmaba que el fuego aquel del que se habla en el Alcorán en la historia de Abraham, significa únicamente la cólera de Nemrod, la ardiente ira que contra Abraham sentía; y añadía que al decir el texto que el fuego no le quemó, sólo se quiere significar que la ira del tirano Nemrod contra Abraham no le hizo a éste mella ninguna... Cuando aquél incrédulo acabó su razonamiento, uno de los que estaban presentes, que era un místico de este grado de perfección espiritual, dotado de virtudes preternaturales, le dijo: "Y ¿si yo te hiciera ver que Dios dijo literalmente verdad en lo que dijo de aquel fuego, o sea, que no quemó a Abraham, sino que lo convirtió realmente en una cosa fría e inocua para él? Yo voy a hacer contigo mismo en este lugar lo que Dios hizo con Abraham, es decir, voy a preservarte de los efectos del fuego, pero sin que este milagro sea una gracia o carisma de Dios en honor mío!" El incrédulo respondió: "¡Eso no será!" Entonces el sufí le dijo: "Este fuego ¿es o no verdadero fuego comburente?" Respondió el incrédulo: "Efectivamente lo es." Díjole entonces el sufí: "¡Míralo por ti mismo!" Y diciendo esto, le echó sobre el regazo de su túnica las brasas que había en el brasero y durante un rato estuvo el incrédulo aquel dándoles vueltas con la mano y maravillándose al ver que no le quemaban. El sufí entonces volvió a echar las brasas al brasero y le djo: "Acerca ahora tu mano a las brasas." Y al aproximar la mano al brasero, se la quemó. Díjole entonces el sufí: "Eso es lo que le he mandado ahora al fuego: que queme. Porque el fuego no hace más que obedecer: quema si se lo mandan y deja de quemar así mismo, porque Dios hace lo que quiere." Y el incrédulo aquel se convirtió al islam y reconoció su error."

Una noche, ve en sueños cómo el Profeta endereza una palmera que obstruía el tránsito por una de las más concurridas calles de Sevilla, y al día siguiente ve confirmado su sueño en medio de la admiración de todos los transeuntes.

---

(1) *Fotuhat,* II, 490.

[El geógrafo Cazuiní, contemporáneo de Abenarabi, nos ha conservado esta noticia autobiográfica. Dice así, al describir la ciudad de Sevilla, en su *Kosmographie* (edic. Wüstenfeld; Göttingen, 1848; II, 334)]: "De esta ciudad era el eximio maestro de espíritu Mohámed Abenarabi, conocido por el sobrenombre de Mohidín. Yo lo vi en Damasco el año 630 [= 1232] y era un maestro excelente, literato, filósofo, poeta, místico intuitivo y asceta, que por entonces tenía raptos que le sobrevenían de improviso. Oí que estaba escribiendo unos cuadernos en que había cosas admirables, y también oí que tenía escrito ya un libro acerca de las propiedades o virtudes esotéricas de los versículos del Alcorán que se emplean como exorcismos. De entre las maravillosas anécdotas que de él se cuentan, es la siguiente, referida por él mismo, a saber: que había en una de las calles de la ciudad de Sevilla una palmera, la cual se había ido inclinando tanto hacia el medio de la calle, que obstruía ya el paso de los transeuntes y por eso comenzó la gente a hablar de la necesidad de cortarla, hasta que decidieron hacerlo así al día siguiente. Dice Abenarabi: "Yo vi aquella noche en el sueño al Profeta junto a la palmera que se le quejaba y le decía: ¡Oh, Profeta de Dios! Las gentes quieren cortarme porque les estorbo el paso!" Y el Profeta la acarició con su mano bendita y se enderezó. Al amanecer del día siguiente, me fuí a ver la palmera y la encontré enderezada; referí entonces a la gente mi sueño y se maravillaron tanto, que tomaron ya a la palmera como lugar de bendición, que era muy visitado."

7. *Primera aparición del Jádir.*

Las relaciones con su maestro Abulabás el Oryaní fueron, sin duda, las que más honda huella dejaron en su espíritu, pues fueron las primeras y las más constantes. Natural de Olya (Soule, cerca de Silves, Portugal), este maestro sufí estaba consagrado en Sevilla a la preparación de los jóvenes que se sentían llamados por Dios a la vida religiosa. Su escuela ascético-mística veíase frecuentada por algunos que, como Abenarabi, querían aprovechar de sus enseñanzas. Estas tenían por fin principal la abnegación de la voluntad en obsequio de Dios, rompiendo los lazos de la familia carnal para sustituírlos por los de la familia sufí. Aquella pequeña comunidad tenía por padre al maestro, cuya autoridad era omnímoda, y por hermanos a los condiscípulos.

[Son varios los pasajes del *Fotuhat* en que Abenarabi habla con encomio de este su primer director espiritual (1). En casi todos ellos pondera sus dotes o insinúa de paso algunos de los temas característicos de su doctrina ascético-mística, v. gr., limosna, pecado original, abnegación, intercesión, etc. Los datos biográficos más interesantes

(1) *Fotuhat*, I, 241, 318, 722; II, 114, 234, 266; III, 442, 696, 705.

para identificar su personalidad son los de *Fotuhat*, III, 696 y 705]: "Estaba yo sentado cierto día en Sevilla ante nuestro maestro de espíritu Abulabás el Oryaní (que era de Olya, en el occidente de Alandalus) y entró a verle un hombre, con el cual comenzó a tratar acerca del beneficio y la limosna."—"Hacía mucho hincapié en esta doctrina [de la abnegación] nuestro maestro Abulabás el Oryaní que era de Olya en el Algarbe de Alandalus (1). Fué éste el primer director espiritual a quien serví y de cuyas luces me aproveché."

[El pasaje más característico para conocer la diferencia esencial entre el método espiritual de Abulabás y el de Musa b. Imrán de Mértola, es el siguiente (2)]:

"Entré a casa de mi maestro Abulabás el Oryaní en ocasión en que mi alma se sentía hondamente turbada ante el espectáculo de las gentes, a quienes veía rebeldes y empeñadas en contradecir la ley de Dios. Mi maestro me dijo: "Querido mío, ¡preocúpate de Dios!" Salí de su casa y entré a la de mi otro maestro, Abuimrán de Mértola, el cual, al conocer mi estado de ánimo, me dijo: "¡Preocúpate de ti mismo!" Entonces exclamé: "¡Oh señor mío! Perplejo me quedo entre vosotros dos: Abulabás me dice: "¡Preocúpate de Dios!", y tú me dices: "Preocúpate de ti mismo", siendo así que ambos sois dos maestros que me dirigís por el camino de la verdad!" Echóse a llorar Abuimrán y me dijo: "¡Ah, querido mío! Lo que te indica Abulabás es la verdad y a ello hay que volver. Lo que sucede es que cada uno de nosotros te indica lo que su propio estado místico le exige. Yo espero, sin embargo, que Dios querrá hacerme alcanzar el grado de perfección a que Abulabás ha aludido. Escucha, pues, su consejo, pues es el más conveniente para mí y para ti." ¡Ah, y qué hermosa es [dice Abenarabi] la ecuanimidad de los sufíes! Volví entonces a casa de Abulabás y le referí lo que me había dicho Abuimrán. Díjome Abulabás: "Ha dicho bien Abuimrán, porque él te indicó cuál es el camino de la perfección, mientras que yo te indiqué cuál es el compañero de viaje. Obra, pues, tú conforme a lo que él te dijo y conforme a lo que yo te dije; es decir, junta en una ambas preocupaciones: la del camino y la del compañero: porque todo el que no va por el camino de la perfección acompañado de Dios, que es la Verdad, no puede tener certeza de su salvación."

El temperamento indómito de Abenarabi se sometía difícilmente a esta disciplina; pero un prodigio estupendo acabó por dulcificar su carácter: un día, tras una polémica en que Abenarabi contradijo abiertamente a su maestro, salió de la escuela para dirigirse a su casa, y al pasar por el mercado de los granos tropezóse con una persona para él desconocida que, dirigiéndole la palabra y llamándole por su nombre, le dijo:

(1) Para la identificación de *Olya* (العليا) con *Soule*, cerca de Silves en el Algarbe de Portugal, cfr. *Abensaid*, ms. ar. 80 de la Ac. de la Hist., fol. 199 v., 213 v.; *Marrekoshi* (edic. Dozy), 272.

(2) *Fotuhat*, II, 234.

"¡Mohámed, acepta de tu maestro la solución!" Volvió Abenarabi sobre sus pasos y entrando de nuevo a la escuela, dispuesto a pedir perdón a su maestro, vió lleno de estupor que éste, sin dejarle pronunciar una palabra, exclamó: "¡Mohámed!, ¿será preciso, para que te sometas a mí, que en todos los casos venga a recomendarte esta sumisión el Jádir en persona?" (1).

"Es el Jádir el compañero de Moisés [cfr. *Alcorán*, XVIII, 62 sig.] a quien Dios prolongó la vida hasta ahora (contra lo que afirman los teólogos exotéricos que interpretan en sentido alegórico las tradiciones auténticas de Mahoma) y yo lo he visto varias veces. Con él nos ocurrió un suceso maravilloso, y fué que nuestro maestro Abulabás el Oryaní discutía en cierta ocasión conmigo acerca de quién era una persona a la cual el Profeta había regocijado con su aparición: él me dijo: "Es fulano, hijo de fulano" y me nombró a un individuo a quien yo conocía de nombre, pero no de vista, aunque sí conocía personalmente a un primo suyo. Yo me quedé vacilando y sin decidirme a aceptar lo que el maestro me aseguraba de aquel individuo, porque yo creía tener motivos bastantes praa saber a qué atenerme respecto del asunto. Indudablemente, mi maestro se sintió defraudado por mi actitud y se molestó, pero interiormente, pues yo entonces no me dí cuenta de ello, porque esto ocurría en los principios de mi vida religiosa. Me marché, pues, a mi casa, y cuando iba andando por la calle, topé con una persona, a la cual no conocía, que se adelantó a saludarme con el afecto de un amigo cariñoso, diciéndome: "¡Oh Mohámed! Da crédito a lo que te ha dicho el maestro Abulabás acerca de Fulano", y me nombró a aquella misma persona mencionada por Abulabás el Oryaní. Yo le contesté: "Así lo haré." Entendiendo, pues, lo que me había querido decir, regresé inmediatamente a casa del maestro para contarle lo que me acababa de ocurrir. Mas así que hube entrado, exclamó "¡Oh Abuabdalá!, pero ¿es que voy a necesitar que el Jádir se te presente y te diga: "¡Da crédito a fulano en lo que te ha dicho!" siempre que tu espíritu vacile en aceptar la solución que a un problema cualquiera te proponga? ¿De dónde te vienen esas dudas acerca de toda cuestión que me oyes resolver?" Yo entonces le dije: "En verdad que la puerta del arrepentimiento está abierta!" Y él me respondió: "Y de esperar es que Dios te lo acepte!" Entendí entonces que aquel hombre era el Jádir, e indudablemente lo era, pues le pregunté al maestro: "¿Era él en efecto?" Y me respondió: Efectivamente era el Jádir.

El Jádir (2) tiene por nombre Beliá b. Malcán b. Fálig b. Abir b. Xálij b. Arfajxad b. Sem b. Nuh [Noé]. Estaba en un ejército cuyo jefe le envió a buscar agua que hacía mucha falta a los soldados. El topó con la fuente de la vida, de la cual bebió y por ello ha seguido viviendo hasta ahora. Nadie de los que de esa agua habían bebido fué distinguido por Dios con la gracia que a él le otorgó."

---

(1) *Fotuhat*, I, 241.
(2) *Fotuhat*, III, 442.

"Yo me lo encontré en Sevilla y me enseñó a someterme a los maestros de espíritu y a no contradecirles: Había yo contradicho aquel día sobre cierta cuestión a un maestro mío, y salí de su casa y me encontré con el Jádir en el Mercado de los granos. Díjome: "¡Acepta lo que te dice el maestro!" Regresé inmediatamente a casa del maestro y, tan pronto como entré a su habitación, exclamó antes de que yo le dirigiese la palabra: "¡Oh, Mohámed!, pero ¿es que voy a necesitar, para cada cuestión en que me contradigas, que el Jádir te recomiende la sumisión a los maestros?" Yo le dije: "¡Oh, señor!, pero ¿era el Jádir ese que me la ha recomendado?" Respondió: "Sí." Dije yo: "¡Loado sea Dios que me ha enseñado esta útil verdad!" Sin embargo, la cosa no era sino como yo la había dicho. Por eso, pasado algún tiempo, entré a casa del maestro y lo ví que volvía a tratar de aquella misma cuestión, pero resolviéndola conforme a mi opinión. Díjome entonces: "Yo estaba en un error y en cambio fuiste tú el que acertaste." Yo le respondí: "Oh, señor mío! Ahora comprendo por qué el Jádir me recomendó únicamente la sumisión, pero sin que me diese a conocer que tú eras el que habías acertado en la solución del problema..."

Desde aquel día, Abenarabi fué sumiso a su maestro, y profesó además una devoción especial al Jádir, ese personaje mítico en quien el esoterismo musulmán ha encarnado las tradiciones rabínico-cristianas relativas a Elías y a San Jorge, fundidas con la leyenda del Judío errante (1).

8. *Vida en común.*

Su noviciado sufí bajo la dirección de todos los maestros mencionados se completó mediante la convivencia continua con una pléyade de hermanos en religión que pululaban por las calles y los alrededores de Sevilla. En la mezquita de Azobaidí pasaba muchos días acompañando al taumaturgo Abuyahya el Sinhachí, el ciego, que le enseñaba a sufrir pacientemente las persecuciones del vulgo y aun exponerse de intento a ellas, ocultando la santidad bajo una aparente licencia en las costumbres (2).

"Místicos de este grupo encontré muchos en Sevilla, de las tierras de Alandalus. De ellos era Abuyahya el de la tribu de Sinhacha, el cie-

(1) Cfr. Asín. *Escatología*, 272, nota 1. Para la leyenda del Judío errante, véase A. M. Killen "L'évolution de la légende du juif errant" apud *Revue de litt. comp.* (enero-marzo, 1925). En este estudio se examinan los precedentes de la leyenda en todas las literaturas, excepto en la islámica.

(2) *Fotuhat*, I, 268.

go, que habitaba en la mezquita de Azobaidí. Lo acompañé hasta su muerte. Fué sepultado en un monte elevado y muy azotado por el viento, sito en el Aljarafe de Sevilla. A todo el mundo le era penosa la ascensión a ese monte por lo largo de la cuesta y lo fuerte del viento; pero Dios calmó el aire de tal modo, que ya no sopló desde el momento en que depositamos su cadáver en aquel monte y la gente comenzó a cavar su sepultura y a labrar sus piedras, hasta que acabamos la obra y vimos al cadáver en su sepultura y nos marchamos. Al punto que nos habíamos ido, volvió a soplar el viento según costumbre, con gran admiración de la gente."

Yúsuf de Ecija, santo asceta, iluminado por Dios, hízole ver el valor místico de la limosna (1). Abuabdalá el Xarquí, que pasó cincuenta años sin encender luz en su celda, le enseñó a aislarse en la obscuridad para evitar todo motivo de disipación (2). En cambio, aprendió la utilidad mística de la vida peregrinante, tratando a El Sálih el Berberí (el Santo berberisco), sufí girávago que fijó su residencia durante cuarenta años en la mezquita *Rotonda* (La Redonda) de Sevilla, después de haber peregrinado por espacio de otros cuarenta años (3).

"Cierto día, iba yo acompañado de un santo siervo de Dios, que le decían *el peregrino girávago* (السائح المدور), Yúsuf de Ecija, místico iletrado, pero de esos que viven consagrados a Dios tan por entero, que Dios les alumbra con su luz. Pasamos ambos junto a un mendigo que decía: "¿Quién me da alguna cosa por amor de Dios?" Un hombre abrió su bolsa llena de monedas de plata y se puso a escoger entre ellas una pieza pequeña para dársela al mendigo. Al fin encontró una monedita que valía la octava parte de un dirhem [25 centigramos] y se la entregó. Entre tanto aquel santo siervo de Dios, que estaba mirándole, me dijo: "¿Sabes, fulano, qué es lo que estaba tratando de averiguar ese individuo?" Respondí: "No." Y él me dijo: "Pues trataba de averiguar lo que él vale a los ojos de Dios, puesto que le ha dado su limosna al mendigo por amor de Dios, y la cantidad que por Dios le ha dado es la que mide su valor y precio a los ojos de Dios!"

Dos santas ancianas sirviéronle también de maestras de espíritu: Jazmín, sufí de Marchena, y Fátima, de Córdoba, extática de noventa y cinco años de edad (4).

---

(1) *Fotuhat*, II, 35.

(2) *Fotuhat*, I, 268.

(3) *Fotuhat*, II, 20: "De los místicos que pasan día y noche en oración era Sálih el Berberí, a quien encontré y lo acompañé hasta su muerte, aprovechándome de su doctrina."

(4) *Fotuhat*, II, 46.

"Una de las clases de santos amigos de Dios es la de los *gemidores* [الاواهون]. A ella pertenecen así hombres como mujeres. De estas últimas encontré yo una en Marchena de los Olivos, de las tierras de Alandalus. Llamábase Jazmín (ياسمين) y era de avanzada edad. Santifica Dios a estos místicos mediante los gemidos que de sus pechos exhalan, porque se sienten incapaces de alcanzar la perfección espiritual y se lamentan al encontrar en sus corazones que no encuentran lo que creen perdido."

A Fátima especialmente, la acompañó durante dos años seguidos, en calidad de discípulo y criado, conviviendo con ella honestísimamente en una choza de cañas que él mismo construyó en las afueras de Sevilla, para habituarse a la vida eremítica y experimentar de cerca los maravillosos fenómenos telepáticos que Fátima realizaba y las apariciones de los genios que se presentaban a su evocación, bajo apariencias corpóreas o sin ellas (1).

"Yo serví como fámulo y discípulo en Sevilla a una mujer, de las amantes de Dios y místicas intuitivas, que se llamaba Fátima, hija de Almotsana el Cordobés. La serví dos años seguidos. Tenía ella, a la sazón, más de noventa y cinco de edad y, sin embargo, me daba vergüenza mirarle al rostro, pues lo tenía, a pesar de sus años, tan bello y hermoso, por lo regular de sus facciones y lo sonrosado de sus mejillas, que se la hubiera creído una muchacha de catorce años, a juzgar por la gracia y delicadeza de su porte. Vivía en continuo trato con Dios. De entre todos los discípulos que, como yo, la servían, preferíame a mí, tanto, que decía a menudo: "No he visto a nadie que sea como fulano: cuando entra a hablar conmigo, entra con toda su alma, sin dejar fuera de mí ni un átomo de sí, y cuando sale, sale con todo su ser, sin dejar aquí tampoco nada de su espíritu." Una vez la oí decir: "Maravíllome de aquel que dice que ama a Dios y no se alegra en El, siendo como es el objeto único de su contemplación, puesto que en toda cosa que sus ojos miran a El tan sólo ven, sin que de sus miradas se oculte ni un instante! ¿Cómo pretenden amar a Dios estas gentes que lloran? ¿Cómo no se avergüenzan de llorar, si tienen a su Dios mucho más cerca que le pueden tener cuantos a El intentan acercarse, pues el que a Dios ama, goza de la mayor proximidad respecto de El, siendo como es el objeto único de toda su contemplación? Por eso digo que es cosa que maravilla el verlo llorar!" Después me dijo: "Y tú, hijo mío, qué dices de esto que digo?" Yo le respondí: "Madre mía, que lo que dices es lo que hay que decir!" Luego añadió: "¡Por Dios que estoy en verdad maravillada! Mi Amado me dió, para que me sirva como criado, a la *Fátiha* [el capítulo 1.° del Alcorán] y, sin embargo, no me ha distraído jamás este criado de pensar en mi Amado!" Desde aquel día conocí el grado excelso que esta mujer ocupaba a los ojos de Dios

(1) *Futuhat*, II, 459.

cuando me dijo que la *Fátiha* la servía como criado. Estando ambos un día sentados, penetró de improviso una mujer en el aposento y me dijo: "¡Hermano mío! Mi esposo, que está en Jerez de Sidonia, me cuentan que se ha casado allí. ¿Qué te parece?" Yo le respondí: "¿Quieres que venga?" Dijo: "Sí." Volví entonces mi rostro hacia la anciana y le dije: "Madre, ¿oyes lo que dice esta mujer?" Ella me contestó: "Y ¿qué es lo que quieres, hijo mío?" Dije: "Pues que satisfagas sus deseos, que son los míos, es decir, que venga su marido." Ella entonces exclamó: "¡Oído y obedecido! voy a enviar por él a la *Fátiha*, encargándole que traiga al marido de esta mujer." Y poniéndose a recitar conmigo el capítulo 1.° del Alcorán, le dió forma real. Entonces comprendí su excelso grado místico, pues a medida que iba recitando la *Fátiha*, iba también dándole forma corpórea, aunque etérea, y haciéndola nacer. Una vez que la hubo formado de esta manera, le oí que le decía: "Oh, *Fátiha!* Vete a Jerez de Sidonia y tráete al marido de esta mujer! ¡No lo dejes, hasta que vengas con él!" Aún no había transcurrido, desde que se fué, el tiempo indispensable para recorrer el camino, cuando el marido llegó a donde estaba su mujer. Ella entonces [la anciana Fátima] púsose a tañer el adufe en señal de regocijo. Y al interrogarle yo sobre aquello, me dijo: "¡Por Dios que verdaderamente estoy contenta por lo mucho que de mí se preocupa, pues me ha escogido como una de sus amigas íntimas y me ha atraído hacia su persona! Y ¿quién soy yo para que este Señor me haya preferido sobre los hijos todos de mi linaje? ¡Por la gloria de mi Dueño juro que tan celoso de mi amor está, como yo no sabría ponderarlo! Tanto es así, que si por descuido vuelvo alguna vez mis ojos hacia una cosa criada para buscar en ella mi apoyo y mi sostén, no deja de probarme mi Dueño con alguna aflicción, que El me envía por medio de aquella misma criatura hacia la cual yo había vuelto mis ojos!" Más adelante hizome ver otras maravillas del mismo género. Yo continué prestándole sin cesar personalmente mis servicios. Con mis propias manos le construí una choza de cañas, justamente capaz para su estatura, en la cual habitó ya continuamente hasta que murió. A menudo me decía: "Yo soy tu madre divina y la luz de tu madre terrestre!" Cuando vino a visitarla mi madre, ella le dijo: "¡Oh luz! ¡Este es mi hijo y él es tu padre! ¡Trátale con piedad filial y no lo aborrezcas!"

"Nosotros (1) hemos visto en Alandalus a muchos místicos de los que ven los genios bajo apariencias sensibles y sin ellas. Así, por ejemplo, Fátima, hija de Benalmotsana, de la gente de Córdoba, la cual los conocía intuitivamente, sin equívoco o ilusión alguna."

9. *Vida peregrinante dentro de España.*

Experto ya en todo género de disciplina sufí, pudo decidir sobre su vocación (2).

"No conozco grado de la vida mística, ni religión o secta, de que yo no haya visto alguna persona que las profesase de palabra y en

(1) *Fotuhat*, II, 821.
(2) *Fotuhat*, III, 683.

ellas creyera y las practicase, según confesión propia. No he referido jamás opinión o herejía alguna, sino fundándome en referencias directas de individuos que fuesen secuaces de ellas."

La vida peregrinante parece que fué la preferida por él. Todo el resto de su existencia, que no fué corta, es un viaje incesante e inquieto a través de todos los países musulmanes de occidente y de oriente, aprendiendo, enseñando y discutiendo. Los pueblos y ciudades de Andalucía fueron el primer escenario de esta peregrinación. A Morón, cerca de Sevilla, dirígese en busca de un famoso maestro sufí, llamado Abdalá, para ejercitarse bajo su dirección en la práctica del más sublime grado de la perfección mística, el *tawácol*, la virtud cristiana de la abnegación de la propia voluntad, y allí, a ruegos de su maestro, escribe su primer libro, titulado *Tadbirat ilahía* o *Política divina* (1).

"Para cada uno de los grados o moradas del camino espiritual, v. gr., ascetismo, abnegación, caridad, contemplación, etc., es indispensable que exista en cada época un místico que sea el quicio cardinal o eje (*cotb*) sobre el cual gire como punto de apoyo la práctica de los actos propios de la respectiva morada en todos los que la ocupan en el mundo. Dios me permitió conocer al quicio de los místicos abnegados y vi cómo esta virtud de la abnegación giraba sobre él, como sobre su quicio rueda el ruejo del molino. Era ese tal Abdalá b. Alostads el Maurorí, natural de la ciudad de Morón en tierra de Alandalus. El era el *cotb* o cardenal de la abnegación en su tiempo. Yo me hice su discípulo y lo traté personalmente por la gracia de Dios. Cuando me uní a él, le comuniqué lo que Dios me había revelado de ese excelso rango místico que poseía, y él sonriendo dió gracias a Dios."

"De los carismas (2) propios de este grado de perfección, es el beber agua putrefacta y amarga y encontrarla de sabor agradable y dulce. Yo la bebí de manos de Abuabdalá b. Alostads el Maurorí, el peregrino, uno de los discípulos predilectos del maestro Abumedín, el cual lo apellidaba "el buen peregrino". Otro carisma de este grado consiste en que Zeid coma en vez de Amer, estando éste ausente, y, sin embargo, quede éste harto con la comida que aquel otro comió en su lugar... Este prodigio le acaeció también al peregrino antes citado, Abumohámed (*sic*) el Maurorí, con Abulabás b. Alhach Abumeruán en Granada. Refiriómelo el mismo Abulabás (que fué el saciado sin haber comido) en casa del maestro de espíritu, asceta y devoto consagrado al combate espiritual, Abumohámed el de Priego, conocido por "El Xacaz" y me lo refirió en la misma forma que me lo había contado el dicho Abumohámed el Maurorí, autor del prodigio."

---

(1) *Fotuhat*, IV, 95.
(2) *Mawaqui*, 117.

"La causa de componer nosotros este libro (1) fué esta: cuando visité al maestro de espíritu, al santo Abumohámed el Maurori en la ciudad de Morón, encontré en su casa el libro *Secretum secretorum* que el Filósofo [Aristóteles] compuso para Dulcarnain [Alejandro Magno] cuando por su debilidad no podía ya seguir acompañándole en sus expediciones. Abumohámed me dijo: "Este autor trata del gobierno político de este imperio mundano y yo desearía que tú intentases aventajarle estudiando el gobierno del imperio humano en el cual nuestra felicidad consiste." Accedí a su petición y en este libro he puesto de las ideas relativas al gobierno político muchas más que las que en el suyo puso el Filósofo, sin contar con que además demuestro en él algunas cosas que el Filósofo descuidó de tratar acerca del gobierno del imperio grande o macrocosmos. Lo redacté en menos de cuatro días en la ciudad de Morón. El volumen del libro del Filósofo es un cuarto o un tercio del volumen de este libro, el cual aprovecha no sólo para la instrucción del cortesano que sirve a los príncipes, sino también para utilidad espiritual de todo el que marche por el camino de la vida futura."

Al pasar por Marchena, asiste a las conferencias filosóficas de un maestro impío, cuyo libro de texto arrebata indignado de sus manos (2).

"Yo vi en manos de una persona, en Marchena de los Olivos, cierto libro de un autor infiel, titulado *El Grado excelente* (المرتبة الفاضلة) Era la primera vez que yo veía aquel libro. Tomélo de sus manos, lo abrí para ver qué contenía y la primera cosa que cayó bajo mi vista fué: "Yo quiero en este capítulo que examinemos cómo fabricaremos *un Dios* en el mundo." Pero no decía "*a Dios*", lo cual me extrañó, y por eso arrojé el libro contra su dueño. Hasta ahora no he vuelto ya nunca más a ver tal libro."

Pero no abandona la ciudad sin visitar al predicador de la mezquita Abdelmachid b. Salima, hombre experimentado en apariciones y raptos extáticos (3).

"Refiriéme mi hermano en Dios, Abdelmachid b. Salima, el maestro y alfaquí, predicador de la mezquita de Marchena de los Olivos, de los distritos de Sevilla en tierra de Alandalus —el cual era de los ascetas que viven consagrados a la mortificación y al combate espiritual en la vida devota— el año 586 [= 1190 de J. C.], lo siguiente. "Estaba yo en mi casa en Marchena, cierta noche, y me levanté de la cama para hacer el rezo correspondiente a aquella hora nocturna; pero he aquí que mientras yo estaba de pie en mi oratorio y cerradas perfectamente las puertas de mi cuarto y de la casa, penetra en mi habitación un individuo que me saluda, sin que yo supiese cómo había entrado. Lleno de impaciencia y de disgusto al verle, abrevié mi oración para despachar

(1) *Tadbirat*, 120.
(2) *Fotuhat*, III, 236.
(3) *Fotuhat*, I, 361.

cuanto antes y le devolví el saludo. El entonces me dijo: "¡Oh Abdelmachid! El que goza de familiaridad en el trato con Dios, no se impacienta y disgusta!" Tomó después el paño que estaba bajo mis pies y sobre el cual yo hacía mi oración y sacudiéndolo lo arrojó y extendió en su lugar una pequeña esterilla que consigo traía, diciéndome: "Haz la oración encima de esto." Luego me cogió y salió conmigo de la casa y de la población, caminando en mi compañía por una tierra que yo no conocía ni sabía tampoco en qué país del mundo estaba. En todos aquellos lugares por los que ibamos pasando hacíamos la recitación en común. Luego me volvió a mi habitación en la que me encontraba cuando él vino. Yo le dije: "¡Oh hermano mío! ¿Por cuáles virtudes llegan a ser *abdales* [es decir, santos intercesores] los *abdales?*" El me respondió: "Por las cuatro que mencionó Abutálib el de Meca en su libro *Alimento de los corazones.*" Y a seguida me las nombró; son estas: el hambre, la vigilia, el silencio y el aislamiento o soledad espiritual. Después me dijo Abdelmachid: "Esta es la misma esterilla. En ella hago mis oraciones. Aquel hombre era uno de los más grandes abdales y se llamaba Moads b. Axras."

Las ruinas de Medina Azahra, cerca de Córdoba, sugiriéronle, a su paso por esta ciudad, tristes reflexiones sobre lo caduco y perecedero de la gloria humana (1).

"Yo leí las siguientes estrofas (que son un recordatorio para el hombre discreto y un aviso para el negligente) escritas sobre la puerta de Medina Azahra (en la cual estaba esculpida la imagen de la propia Azahra) después que la ciudad fué destruida y convertidas sus ruinas en guarida de las aves y las fieras. Esta ciudad era una construcción de maravillosa arquitectura, en tierras de Alandalus, cerca de Córdoba... (2)"

Una visión extraordinaria con que Dios le favoreció en Córdoba hízole conocer los nombres y la fisonomía de todos los *cótobs* o *polos místicos*, anteriores a Mahoma (3).

"En cuanto a los *cotobs* o quicios perfectos de los pueblos todos de la humanidad (con excepción de este nuestro pueblo) que nos han precedido en el tiempo, son muchos. En lengua árabe fuéronme comunicados sus nombres, cuando los contemplé y los vi en la mansión de la fantasía, estando yo en la ciudad de Córdoba."

La fama de su ciencia esotérica iba extendiéndose así por los pueblos próximos a Sevilla, merced a sus viajes, y muy

(1) *Mohadara,* I, 106.

(2) Todo el pasaje ha sido aprovechado por Almacari (*Analectes,* I, 343-4) que cita a la letra el texto del *Mohadara* de Abenarabi. Fuera de las estrofas, que son de carácter ascético, el resto del pasaje contiene el relato, bien conocido, de la construcción de Medina Azahra por Abderrahman III.

(3) *Fotuhat,* I, 196.

pronto los maestros no se desdeñaron de visitarle para someter a su juicio cuestiones difíciles de sufismo. Un famoso doctor de Cabrafigo (aldea de Ronda) que, aunque profesaba el sufismo, pertenecía a la herética secta de los motáziles, hizo un viaje a Sevilla para conferenciar con Abenarabi. Este, al advertir más tarde la heterodoxia de sus doctrinas dogmáticas, se propuso convertirlo a Dios. Para conseguirlo, abandonó a Sevilla y dirigiéndose a Cabrafigo comenzó a discutir con él, día tras día, en su propia escuela y a presencia de sus muchos discípulos y secuaces. El éxito coronó sus esfuerzos, y, muy pronto, maestro y discípulos abjuraban sus erróneas doctrinas (1).

"Disputan entre sí los autores sufíes de nuestra escuela acerca de si el hombre puede asimilarse por imitación los caracteres esenciales del nombre divino *el subsistente* [es decir, *el ser necesario*, que existe por necesidad de su esencia, y del cual todos los demás seres necesitan y dependen]. El maestro de espíritu Abuabdalá b. Chéber el de Cabrafigo, uno de los grandes doctores de esta vía mística en Alandalus, como era *motázil* de escuela en teología dogmática, rehusaba admitir que dicho nombre divino pudiese ser imitado por el hombre. Yo discutí con él sobre este punto varias veces en su clase, a presencia de sus discípulos, en Cabrafigo (en Alandalus, de los distritos de Ronda) hasta que se convirtió a mi tesis de que la imitación de ese nombre divino debía ser admitida lo mismo que la de todos los otros nombres."

"Disputan (2) entre sí los sabios de nuestra escuela acerca de si la imitación (por el hombre) de la *aseidad divina* es o no posible. A nuestro juicio lo es tanto como la de todos los nombres divinos... Yo encontré a Abuabdalá b. Chonaid [*sic*] cuando vino a visitarnos en Sevilla y le interrogué sobre este punto. Entonces me contestó que era posible y lícito al hombre el asimilarse (por imitación) la propiedad de ese nombre; pero después rehusó aceptar esa tesis, sin que yo sepa cuál fuese la causa de su resistencia... Era éste, quiero decir, Abuabdalá b. Chonaid, de Cabrafigo, aldea de los distritos de Ronda en tierra de Alandalus. Yo no cesé de tratarlo con toda benevolencia en su alquería en medio de sus discípulos y secuaces, porque era *motázil* de escuela, hasta que la cuestión se le aclaró y abjuró de los errores de la herejía *motázil*... y hasta me dió las gracias por ello. Por su conversión, convirtiéronse también todos sus discípulos y secuaces. Sólo entonces me separé de él."

---

(1) *Fotuhat*, III, 58.
(2) *Fotuhat*, IV, 228.

10. *Pasa a Africa.*

El espíritu inquieto de Abenarabi no se satisfacía ya dentro de los reducidos límites de su patria. Antes del año 590 (1193 de J. C.) debió pasar al Africa. Su principal objetivo debió ser tratar de cerca al célebre maestro sevillano Abumadián (vulgarmente llamado Abumedín) que en Bugía había establecido su escuela mística desde hacía bastantes años (1). No consta, sin embargo, de un modo seguro, que Abenarabi lo conociese allí, pues el 597 (1200 de J. C.), fecha en que los biógrafos dicen que entró en Bugía, había ya muerto Abumedín en Tremecén. Esto no obstante, Abenarabi cita repetidas veces, en su *Fotuhat* y en su *Mohadara*, a Abumedín como maestro suyo, ponderando sus visiones, milagros, virtudes y doctrina (2). Por otra parte, como luego diremos, Abenarabi estaba en Túnez el año 590 (1193 de J. C.); es, pues, de creer que pasaría por Bugía antes de esa fecha, y entonces pudo tratarlo. De las innumerables maravillas de que fué testigo entonces Abenarabi recuerda especialmente un estupendo caso de sugestión hipnótica realizada por Abumedín con un hijo suyo de siete años de edad, el cual veía desde la playa un barco navegando fuera del horizonte sensible (3).

"El maestro de espíritu Abumedín tenía un hijo pequeño, de una negra. Abumedín poseía la virtud preternatural de conocer todas las cosas con la vista. Aquel niño, que tenía siete años de edad, miraba y decía: "Veo en el mar, en tal y cual lugar, unos barcos y en ellos está ocurriendo esto y lo otro." Cuando pasaban unos días y llegaban aquellos barcos a Bugía (que era la ciudad del niño, en la cual estaba) resultaba que efectivamente era como el niño había dicho. Decíanle entonces al niño: "¿Con qué lo ves?" Y respondía: "Con mis ojos." Pero a seguida rectificaba: "¡No! Tan sólo lo veo con mi corazón." Y luego añadía: "¡No! Tan sólo lo veo con mi padre: cuando está presente

(1) Sobre la vida y las ideas místicas de este famoso sufí sevillano puede verse Bargès, *Vie du célèbre marabout Cidi Abou-Médien* (Paris, Léroux, 1884).

(2) Cfr. *Fotuhat*, I, 288, 319, 330, 838—*Mohadara*, I, 76, 145; 171; 178; II, 11, 24, 60, 67, 69, 111, 128, 179.—*Mawaqui*, 69, 71, 96; 114; 116; 151, 152, 166, 171. Sería muy interesante un estudio de síntesis de todos estos pasajes anecdóticos que describen con pintoresco realismo la vida espiritual de este místico sevillano y completan la deficiente biografía de Bargès, arriba citada.

(3) *Fotuhat*, I, 288.

y lo miro, es cuando veo lo que os referí; y cuando se ausenta de mí, no veo nada de eso."

No debió ser muy larga la estancia de Abenarabí en Bugía, puesto que muy pronto, en 590 (1193 de J. C.), lo encontramos ya en Túnez, gozando de extraordinario favor en la corte del gobernador almohade y estudiando el libro místico titulado *Jal al-nalain* de Abulcásim b. Casi, el iniciador de la rebelión del Algarbe contra los almorávides. De este libro escribió después un comentario, que existe manuscrito en Constantinopla (1).

"Guárdate de aceptar un regalo de la persona en cuyo favor hiciste alguna recomendación, pues eso es pecado de usura, prohibido por Dios y su Profeta. Algo parecido me ocurrió a mí en Túnez, de las tierras de Ifriquía: Uno de los personajes principales de la ciudad invitóme a su casa para hacerme un agasajo que me tenía preparado. Acepté el convite; pero así que penetré en su casa y me ofreció el banquete, solicitó de mí una recomendación en su favor para con el gobernador de la ciudad. Como efectivamente mi influencia con éste era tanta, que seguía en todo mis indicaciones, accedí gustoso a hacer la recomendación que me pedía; pero inmediatamente me levanté de la mesa sin probar bocado ni aceptar los regalos que me ofrecía, aunque en seguida fuí a hacer la recomendación que fué completamente eficaz. Yo en aquella ocasión no había leído aún la sentencia del Profeta [a que antes aludí]; de modo que si obré así, fué tan sólo por dignidad y pundonor. Dios por su gracia y especial providencia me libró de incurrir en pecado."

"Esta es la opinión que Abulcásim b. Casi defiende en su libro titulado *Jal al-nalain*, el cual libro estudiamos nosotros bajo el magisterio de un hijo del autor en Túnez, el año 590 (2)."

II. *Segunda aparición del Jádir.*

Durante su permanencia en Túnez, una nueva aparición del Jádir vino a fortalecer su devoción a este mítico profeta. Era una noche de plenilunio y Abenarabí descansaba de sus estudios y ejercicios devotos en el camarote de un barco anclado en el puerto. Un dolor agudo en el vientre le obligó a subir a cubierta. La tripulación dormía. Aproximóse a las bordas y al extender

(1) *Fotuhat*, IV, 634.

(2) *Fotuhat*, IV, 165. Sobre Abencasi, su vida e ideas, cfr. Asín, *Abenmasarra*, páginas 109-110.

la mirada por el mar, divisó a lo lejos un ser humano que caminaba sobre las olas en dirección al barco. Una vez cerca de éste, levantó uno de sus pies apoyándose sobre el otro y se lo mostró completamente seco a Abenarabi. Hizo después lo propio con el otro pie, dirigióle contadas frases y emprendió de nuevo su marcha sobre el agua, dirigiéndose a una cueva situada en un monte de la costa, a dos millas del puerto. En dos o tres pasos salvó esta distancia, y Abenarabi, lleno de estupor, comenzó entonces a oír su voz, que entonaba las alabanzas divinas desde el fondo de aquella cueva. A la mañana siguiente, al entrar Abenarabi a la ciudad, tropezóse con un desconocido que le abordó diciéndole: "¿Qué tal pasaste la noche con el Jádir en el barco?" (1).

"En otra ocasión me sucedió que, estando en la cámara de un barco en el mar, dentro del puerto de Túnez, me entró de repente un dolor de tripas. La tripulación dormía. Me levanté y me acerqué a las bordas del barco; pero al dirigir mi vista hacia el mar, distinguí a lo lejos, a luz de la luna (pues era noche de plenilunio) a una persona que venía andando sobre las aguas del mar, hasta que llegó a mi y, deteniéndose entonces a mi lado, levantó uno de sus pies, apoyándose en el otro. Ví perfectamente la planta de su pie y no había en ella ni señal de mojadura. Apoyóse después sobre aquel pie y levantó el otro, que estaba igualmente seco. Luego conversó conmigo en el lenguaje propio de él y saludándome se marchó para dirigirse a la cueva que estaba en un monte a la orilla del mar, distante del barco más de dos millas. Esta distancia la salvó en dos o tres pasos. Yo oí su voz que cantaba las alabanzas del Señor desde el interior de la cueva. Quizá se marchó luego a visitar a nuestro maestro de espíritu Charrah b. Jamís el Cataní, que era uno de los más grandes sufíes, que vivía solitario y consagrado al servicio de Dios en Marsa Abdún, adonde yo había estado visitándole el día anterior a aquella noche misma. Cuando al día siguiente me fuí a la ciudad de Túnez, encontréme con un hombre santo que me preguntó: "¿Cómo te fué, la noche pasada, en el barco con el Jádir? ¿Qué es lo que te dijo y qué le dijiste tú?"

Otro de los propósitos que debió tener cuando se dirigió a Túnez esta primera vez, fué el visitar a un gran santo sufí, Abumohámed Abdelaziz, a quien volvió a visitar ocho años después, como diremos más adelante. En el mismo año de 590 (1193 de J. C.) abandona a Túnez, con el propósito de marchar por la costa a Sevilla. Ignoramos los motivos de este viaje, pero

(1) *Fotuhat*, I, 241.

no es inverosímil que en su decisión influyera bastante el estado de intranquilidad que reinaba en aquella parte oriental del norte de Africa, teatro de una guerra sin cuartel entre los almohades y los Beni Gánia de Mallorca. Al pasar por Tremecén detúvose para visitar los sepulcros de algunos santos ascetas que, en el barrio llamado Alobad, en las afueras de la ciudad, eran objeto de veneración. Uno de ellos era el sepulcro de su tío Aben Yogán, el rey asceta. Allí también, seis años más tarde, había de ser enterrado Abumedín, el maestro de Abenarabi en Bugía (1). No olvidaba éste los méritos y virtudes del famoso taumaturgo a quien tanto amaba. Por eso, al saber que uno de los discípulos de Abumedín andaba por Tremecén censurando a su maestro, Abenarabi concibió contra él un odio violento. Resurgían, pues, en su corazón las pasiones de su disipada adolescencia, aunque disimuladas bajo apariencias de virtud. Un sueño en que el Profeta le hizo ver este sofisma diabólico, fué para Abenarabi aviso saludable y, a la mañana siguiente, para curar radicalmente su odio hacia aquella persona, fué a ofrecerle un cuantioso regalo y a confesarle sinceramente su pecado. Esta humilde actitud determinó también la conversión del enemigo de Abumedín (2).

"Yo ví en sueños al Profeta en Tremecén el año 590. Había llegado a mi noticia que un hombre odiaba al *xeij* Abumedín, el cual era uno de los más grandes místicos contemplativos. Como yo tenía de Abumedín un concepto altísimo, concebí profunda aversión a aquel hombre por el odio que tenía contra el maestro Abumedín. El Profeta me preguntó en sueños: "¿Por qué odias a fulano?" Yo respondí: "Porque él odia a Abumedín." El Profeta me replicó: "Pero ¿acaso no ama ese individuo a Dios y me ama a mí?" Respondí: "Efectivamente, ¡oh Profeta de Dios!, ama a Dios y te ama a ti." Díjome entonces: "Pues entonces, ¿por qué le odias por el odio que él tiene a Abumedín, en vez de amarle por el amor que tiene a Dios y a su Profeta?" Yo le respondí: "¡Oh Profeta de Dios! Desde este momento reconozco en verdad, ¡por Dios lo juro!, que pequé y fuí negligente! Pero ahora de ello me arrepiento, y aseguro que para mí será ya ese hombre la persona más amada, como tú, ¡oh Profeta de Dios!, me lo has aconsejado

(1) *Mohadara*, II, 51. Abenarabi repite aquí la ejemplar historia de su tío Aben Yogán, el rey asceta de Tremecén, casi con las mismas palabras que en *Fotuhat*, II, 23, y termina añadiendo: "Yo he estado visitando la tumba de ambos [su tío y el maestro de espíritu de éste] y la del *xeij* Abumedín, en *Alobad*, en las afueras de Tremecén."

(2) *Fotuhat*. IV, 646.

y advertido!" Así que desperté, tomé conmigo un traje de gran precio y de coste incalculable; monté a caballo y me fuí a su casa; le referí cuanto me había ocurrido y se echó a llorar; aceptó mi regalo y tomó mi ensueño como un aviso de parte de Dios: desapareció de su alma el odio que sentía contra Abumedín y lo amó. Yo quise conocer cuál había sido el motivo de su aversión hacia Abumedín, a pesar de que él reconocía que era un santo varón, y se lo pregunté. El me respondió: "Estaba yo con él en Bugía en ocasión de la pascua de los sacrificios y le trajeron varias reses para la ceremonia, las cuales repartió entre todos sus discípulos; pero a mí no me dió nada. Este fué el motivo de mi odio y de mi caída, de que ahora estoy bien arrepentido!"

12. *Vuelve a España.*

Dentro del mismo año 590 (1193 de J. C.) llegó a España, desembarcando probablemente en Tarifa, donde en esa fecha lo encontramos discutiendo con el sufí Abuabdalá el Calafate un tema ascético: la excelencia del rico, agradecido a Dios, respecto del pobre paciente (1).

"Discutía yo con Abuabdalá el Calafate, en la península de Tarifa, el año 590, la cuestión de la relativa excelencia del rico agradecido y del pobre paciente... y me dijo: "Estando yo presente a una conferencia entre varios maestros de espíritu, se me planteó esa cuestión tal como la había planteado Aburrebía, el ciego malagueño, el discípulo de Abulabás b. Alarif el de Sinhacha."

Al llegar a Sevilla, un nuevo prodigio, más estupendo que todos los que había experimentado, viene a fortificar su fe, ya arraigada, en los fenómenos místicos de comunicación telepática. Durante su estancia en Túnez había compuesto Abenarabi una poesía, pero mentalmente tan sólo, sin ponerla por escrito ni comunicarla a nadie de palabra. Todo esto no obstante, cierto día un desconocido, con quien traba conversación, comienza a recitarle aquellos mismos versos literalmente. La admiración de Abenarabi sube de punto al interrogarle sobre el autor de aquella poesía y escuchar de sus labios el propio nombre de Abenarabi, a quien el recitador no conocía. La explicación final que éste añade acaba de pasmar a nuestro místico, pues el recitador le aseguró que en el mismo día y hora en que Abenarabi compuso mentalmente sus versos en la parte

(1) *Fotuhat*, I, 724.

oriental de la mezquita mayor de Túnez, un hombre misterioso se había detenido en una calle de Sevilla ante un grupo de personas y se había puesto a recitarles aquellos mismos versos (1).

"Había yo compuesto unas estrofas poéticas en la *macsura* [oratorio particular] de Abenmotsana (que está en la parte oriental de la mezquita aljama de Túnez, de las tierras de Ifriquía) a la hora de la oración de la caída de la tarde, en un día, cuya fecha precisa me era bien conocida y tenía fija en mi espíritu. Ocurría esto en la ciudad de Túnez. Marché a Sevilla después. Entre ambas ciudades media la distancia de tres meses de camino a caballo. [Una vez en Sevilla] se me acerca un hombre, a quien yo no conocía, y comienza a recitarme de improviso aquellas mismas estrofas, de las que yo no había dado copia a nadie. Dije entonces a aquel hombre: "¿De quién son esas estrofas?" El me contestó: "De Mohámed Abenarabi", y me dió mi mismo nombre. Yo le pregunté: "Y ¿cuándo las aprendiste de memoria?" El entonces me citó la fecha misma en que yo las había compuesto, y la hora exacta; todo esto, a pesar del largo tiempo transcurrido. Yo le pregunté: "¿Quién te las recitó para que las aprendieses de memoria?" Respondió: "Estaba yo sentado una noche en el mercado de Sevilla, de tertulia con un grupo en medio de la calle, cuando pasó por allí un hombre forastero, al cual no conocíamos, y que parecía un peregrino. Sentóse con nosotros y se puso a tomar parte en la conversación. Al poco rato comenzó a recitarnos estas estrofas, y a todos nos gustaron tanto, que las copiamos, después de preguntarle quién era su autor. El nos dijo: "Fulano" (y me nombró a mí). Entonces le dijimos: "Esa *macsura* [oratorio particular] de Abenmotsana no la conocemos en nuestra tierra." Y él nos respondió: "Está en la parte oriental de la mezquita aljama de Túnez. Allí mismo ha compuesto estas estrofas su autor en este momento y de él las he aprendido de memoria." Y diciendo esto desapareció de nuestra vista, sin que supiésemos qué fué de él ni cómo se marchó, sino que ya no lo vimos..." Este joven [que me contó esto en Sevilla] se llamaba Ahmed y era hijo de un comerciante de la ciudad llamado El Edrisí. Era un muchacho muy piadoso que amaba a los devotos y gustaba de conversar con ellos. Su conversación conmigo ocurrió el año 590 y ahora estamos en 635 [= 1237 de J. C.]."

13. *Regresa a Africa.*

Al año siguiente, 591 (1194 de J. C.), vuelve a pasar el Estrecho para dirigirse a Fez por vez primera, según parece. De esta su primera estancia en la capital científica de los almohades muy pocas son las noticias que se conservan. Verosímilmente iniciaría ya sus relaciones con los maestros y

(1) *Fotuhat,* III, 445.

hermanos sufíes, cuyo trato frecuentó asiduamente en los siguientes años. Entre ellos distinguíase un místico muy ducho en la ciencia cabalística, de quien Abenarabi hízose amigo y al cual quizás deba atribuírse el magisterio de Abenarabi en estas materias, a que tan aficionado fué ya en todos sus libros. Fundándose en ciertas cábalas sobre el valor numérico de las letras de un texto alcoránico, aquel maestro predijo que en aquel mismo año 591 obtendrían brillantes victorias sobre los cristianos de España los ejércitos almohades que, al mando del sultán Yacub Almansur, acababan de pasar el Estrecho. Y efectivamente, en aquel mismo año era derrotado Alfonso VIII en Alarcos, perdiendo además las plazas de Calatrava y Caracuel (1).

"Estaba yo en la ciudad de Fez el año 591, cuando los ejércitos de los almohades estaban de paso para Alandalus a fin de combatir al enemigo que amenazaba gravemente el predominio del islam. Me encontré con uno de los hombres de Dios... que era de mis íntimos y predilectos amigos, el cual me preguntó: "¿Qué dices de este ejército? ¿Logrará la victoria con la ayuda de Dios en este año o no?" Yo le respondí: "Y a ti, ¿qué te parece?" El dijo: "Ciertamente Dios habló ya a su Profeta de esta campaña y le prometió que sería victoriosa en este año dándole la buena nueva del triunfo en su Libro revelado, cuando en él le dice [*Alcorán,* XLVIII, 1]: "Nosotros hemos logrado para ti una victoria brillante." Las palabras del vaticinio en este texto son *victoria brillante*... "Suma, si no, el valor aritmético de sus letras." Sumé y encontré efectivamente que la victoria había de suceder en el año 591. Pasé después a Alandalus y allí permanecí hasta que Dios otorgó su ayuda al ejército de los musulmanes y les abrió las puertas de Calatrava, Alarcos y Caracuel, con todos los distritos contiguos a estas plazas fuertes."

14. *Vuelve a España.*

El entusiasmo provocado por este triunfo debió mover a Abenarabi a permanecer en España, pues el año 592 (1195 de J. C.) lo volvemos a encontrar en Sevilla, donde ya no tenía casa propia. Un amigo suyo se creyó grandemente honrado hospedándolo en su casa e invitó en honor de Abenarabi a varios amigos para que le hicieran más agradable la estancia. Los invitados y el anfitrión mostraron tal respeto y venera-

(1) *Fotuhat,* IV, 281.

ción hacia Abenarabi, que éste hubo de rogarles que lo tratasen más llanamente. Obedecía esta veneración a la fama que nuestro místico había ya adquirido con algunos libros, publicados antes de esta fecha, pero cuyos títulos es casi imposible precisar. Sólo puede asegurarse que no serían éstos sus obras maestras, tales como las tituladas *Mawaqui, Fosús, Fotuhat*, etcétera, redactadas, sin duda, en fechas posteriores. A fin de hacer desistir a sus admiradores de su actitud respetuosa para con él, Abenarabi pidió al anfitrión uno de dichos libros, titulado *Al-Irxad*, en el cual demostraba la conveniencia de romper con la excesiva urbanidad que era habitual entre musulmanes, los cuales, como hermanos espirituales, deberían tratarse más sencillamente (1).

"Pasamos una vez la noche en casa de Abulhasán b. Abuámer b. Atofail en Sevilla, el año 592. Tratábame con mucha veneración y adoptaba en mi presencia una actitud extraordinaria de urbanidad y cumplido. Pasaban también la noche allí, en mi compañía, Abulcásem el predicador, Abubéquer b. Sam y Abulháquem b. Asarrach. Todos ellos se sentían tan cohibidos por el respeto que yo les inspiraba, que ni moverse osaban por temor de faltar a la urbanidad. Yo deseaba inventar algún medio ingenioso para disipar su encogimiento, cuando he aquí que el amo de la casa me pidió permiso para leer algo mío. Encontrando yo entonces en aquello una fácil coyuntura para lograr mis deseos de disipar su encogimiento, le dije: "Trae de nuestras obras el libro titulado *La recta dirección para romper con la urbanidad habitual*. Si quieres, yo te expondré uno cualquiera de sus capítulos." El respondió: "Es lo que deseo." Entonces yo extendí mis piernas hasta tocar con los pies el regazo del anfitrión y le dije: "Frótamelos." El entendió perfectamente lo que quería decirle con eso y también lo comprendieron los demás. De esta manera, comenzaron todos a expansionarse y a perder el encogimiento y la falta de familiaridad que les cohibía. Y así pasamos en amable plática religiosa la más grata noche que puede imaginarse."

15. *Regresa a Africa.*

No debió ser largo este viaje a Sevilla, pues al año siguiente, 593 (1196 de J. C.), aparece de nuevo en Fez, entregado ya de una manera estable a sus estudios y ejercicios sufíes. La mezquita Aiázhar y el jardín de Abenhayún eran los dos lugares preferidos por Abenarabi. En aquélla pasaba largas horas en oración y

(1) *Fotuhat*, IV, 699.

siguiendo el curso del maestro Benabdelcarim, imam de la mezquita, que le explicaba su libro hagiográfico sobre los santos de Fez (1).

"No vi jamás a nadie que cumpliese tan exactamente este consejo, como el maestro de espíritu Abuabdala Adacac en la ciudad de Fez, de las tierras del Mogreb: jamás murmuraba de nadie ni permitía que en su presencia se murmurase... Publicó su biografía nuestro maestro de espíritu Abuabdala Mohámed b. Cásim b. Abderrahmán b. Abdelcarim el Temimí el de Fez (que era imam de la mezquita Alázhar, situada en la Fuente de las caballerías, en la ciudad de Fez) en su libro titulado *El Provechoso, sobre los santos y devotos de Fez y países colindantes*. Nosotros estudiamos este libro bajo su dirección, creo que en el año 593 (2)."

Allí también experimentó uno de sus primeros éxtasis, acompañado de anormales ilusiones visuales: haciendo un día la oración, advirtió, maravillado, que una ofuscadora luz brillaba a su espalda y la veía claramente, cual si la tuviese delante de sus ojos, llegando en aquel momento a perder la noción de las relaciones especiales de su propio cuerpo, como si éste careciese de dimensiones (3).

"Alcancé yo este grado místico el año 593 en la ciudad de Fez haciendo la oración ritual de la tarde: Estaba yo orando con un grupo de gente en la mezquita Alázhar (que está al lado de la Fuente de las caballerías) cuando vi una luz que estuvo a punto de ofuscarme privándome de la visión de todo cuanto tenía ante mí, sólo que, al verla, perdí la conciencia de la relación espacial de posterioridad, como si no tuviese ya mi cuerpo espalda ni occipucio: no acertaba a distinguir, durante aquella visión, entre unos y otros de los costados de mi cuerpo, de modo que éste vino a ser para mí algo así como una esfera, sin que las relaciones locales de delante y detrás pudiese yo concebirlas sino por hipótesis pero no como algo real. Y la cosa era exactamente así como yo la contemplaba."

El jardín de Abenhayún era el lugar escogido por el núcleo, ya numeroso, de sus discípulos para escuchar las conferencias místicas de Abenarabi y ejercitarse bajo su dirección en las prácticas esotéricas del sufismo (4).

"Asimismo yo me junté con el *cótob* (o quicio de los místicos) de aquella época, en el año 593, en la ciudad de Fez: Dios me lo mostró en un

(1) *Fotuhat*, IV, 653.
(2) Cfr. *Fotuhat*, I, 318, y IV, 702, donde da la fecha de 591.
(3) *Fotuhat*, II, 640.
(4) *Fotuhat*, IV, 95.

rapto y me lo dió a conocer. Estábamos juntos cierto día en el jardín de Abenhayún en la ciudad de Fez. El se hallaba en medio de un grupo de personas que no paraban atención en él porque era forastero, de la ciudad de Bugía. Tenía una mano seca. En la tertulia estaban con nosotros algunos maestros de espíritu, de la gente de Dios y expertos en la vida mística, entre los cuales se encontraba Abulabás el Hadar y otros maestros semejantes. Todo aquel grupo acostumbraba a instruirse en cosas espirituales conmigo, siempre que se reunían allí. La clase estaba exclusivamente a mi cargo: nadie entre todos ellos llevaba la palabra más que yo sobre la ciencia ascético-mística. De modo que aunque tratasen de algo que entre ellos estuviesen discutiendo, siempre acababan por volverse hacia mí para que diera mi opinión. Recayó de pronto la conversación sobre los *cótobs* (o quicios de los místicos) estando entre los reunidos aquel individuo, y yo les dije: "Hermanos, voy a contaros una cosa admirable acerca del *cótob* de esta época." Inmediatamente, aquel hombre (que era el que Dios me había mostrado en sueños que era el *cótob* de nuestro tiempo y que con frecuencia venía a verme y me amaba mucho) volvióse hacia mí y me dijo: "Di lo que Dios te ha mostrado de él, pero no des el nombre de esa persona que en el rapto extático te ha sido señalada individualmente." Y al decir esto, se sonrió añadiendo: "¡Dios sea loado!" Comencé yo, pues, a referir a la tertulia lo que Dios habíame revelado acerca de aquel hombre, y los oyentes quedaron maravillados, aunque no di su nombre ni sus señas personales. Continuó después la reunión, que fué de las más agradables, en compañía de aquellos excelentes amigos, hasta media tarde, sin darles a entender que aquel hombre era el *cótob* a que me había referido. Cuando la reunión se hubo disuelto, vino a mí aquel *cótob* y me dijo: "¡Dios te lo pague! ¡Qué bien has hecho al no dar el nombre de la persona que Dios te mostró! ¡Quédate en paz y que la misericordia de Dios y su bendición sea contigo!" Aquel saludo lo fué para mí de despedida, aunque de ello entonces no me di cuenta. Ya no volví a verlo más en la ciudad, desde entonces hasta hoy."

El experimentado criterio de Abenarabi decidía allí sin apelación en las cuestiones teóricas, y alguna vez también se le oyó, sin protestas, tachar de iluso y visionario a un maestro eximio que se gloriaba de haber visto y hablado a los espíritus durante el éxtasis que aparentaba sufrir (1).

"Yo vi en la ciudad de Fez a un grupo de esos místicos a quienes los genios les hacen ver imaginariamente figuras de personas y les hablan lo que quieren para tentarlos, sin que realmente sean los genios mismos los que se les aparecen ni tampoco los fantasmas de los genios. Uno de estos místicos era Abulabás Adacac, que vivía en la ciudad de Fez. Equivocábase a menudo en esta materia, pues se imaginaba que los espíritus le dirigían la palabra, y lo aseguraba como cosa cierta. La causa de su error era que ignoraba cuál es el tono de voz de los espí-

(1) *Fotuhat*, II, 821.

ritus. Cuando se sentaba a mi lado para asistir a mis conferencias, quedábase de repente extático, y después me describía lo que había visto. Yo me daba buena cuenta de que era una ilusión fantástica. Pero en esto llegaba hasta el extremo de conversar con ellos, tratándolos como amigos y hasta bromeando con ellos. A las veces, surgía una acalorada disputa sobre cualquier cuestión, en la cual contradecía al espíritu que creía estar viendo. Otras veces los genios le molestaban por otro cualquier procedimiento y él creía que aquellas figuras de personas que se le aparecían eran las que le habían hecho realmente el daño y no los genios. Abulabás Adahán y todos nuestros discípulos se daban perfecta cuenta de su ilusión, porque quien conoce bien el tono de voz de los genios, no se equivoca ni se deja engañar por las apariencias de las figuras fantásticas. Lo que hay es que como son pocos los que distinguen aquel tono de voz, la mayoría se extravían por el aspecto de verdad real que les ofrecen las figuras que se les aparecen."

Difícil es averiguar si este prestigio de Abenarabi trascendía fuera del limitado círculo de sus discípulos y admiradores. Es lo más verosímil que en las altas esferas del gobierno no fuese conocido o que, conociéndolo, se procurase hacer el vacío en su derredor para evitar posibles efervescencias del fanatismo sufí, que fácilmente degenerase (como es frecuente en el islam) en revoluciones políticas. Lo único cierto es que Abenarabi no gozó, entre los sultanes almohades, de los favores que a manos llenas le otorgaron los príncipes musulmanes del oriente, en la segunda parte de su vida. Es más: él mismo alude, aunque muy vagamente, a discusiones violentas que tuvo con el sultán Yacub Almansur, por motivos religiosos, de las cuales no debió salir muy bien parado el prestigio y autoridad de nuestro místico (1).

"Yo entré a la casa de un santo varón en Ceuta, en el Estrecho de Gibraltar. Habíame ocurrido con el Sultán una discusión que había llenado de cólera mi pecho, además de rebajar mi prestigio. Esto había llegado a oídos de aquel santo varón. Por eso, tan pronto como me vió, me dijo: "¡Hermano mío! Bien poco vale el que no tiene un enemigo injusto que le contradiga." Yo le respondí: "¡Y extraviarse ha el que no tiene un sabio que le dirija!" El repuso entonces: "¡Hermano mío! ¡Mansedumbre, mansedumbre!" Y yo añadí: "¡Siempre que quede a salvo el interés capital, que es la religión!" El asintió: "Verdad dices." Y calló después."

De sospechar es que la discusión naciese de alguna reclamación de Abenarabi en favor de su amado maestro de Bugía, Abumedín, a quien el Sultán había llamado a su corte, temeroso de

(1) *Fotuhat*, IV, 701.

posibles complicaciones políticas, y que acababa de morir entonces (594-1197) en Tremecén, agobiado bajo el peso de sus años, de sus achaques y de las penalidades de aquel viaje precipitado. Desde ese momento debió resolver en su interior Abenarabi abandonar para siempre las tierras del Mogreb y buscar en el oriente un escenario más favorable a sus ideas y menos sometido a la absorbente influencia de los alfaquíes, que acababan de perder con sus intrigas al maestro Abumedín. No consta positivamente que Abenarabi formase dicho propósito en esta fecha; pero es lo cierto que aquel mismo año 594 salía de Fez en dirección a Murcia, como si quisiese dar el último adiós a la tierra que le vió nacer.

16. *Tercera aparición del Jádir.*

En este viaje debió pasar por Salé, puerto en el Atlántico (1) y por Ceuta, para atravesar el estrecho de Gibraltar, desembarcando en la ciudad, hoy desaparecida, de *Beca* (entre Veger de la Frontera y Conil). En una mezquita medio arruinada en las afueras de esta ciudad, a la orilla misma del Océano Atlántico, volvió a aparecérsele por tercera vez el Jádir andando sobre el aire, a presencia de otros peregrinos que, como Abenarabi, se dirigían por la costa a visitar la Rápita de *Ruta* (hoy Rota, cerca de Cádiz), lugar de gran veneración para los sufíes (2).

"Algún tiempo después de esta fecha [590=1193] salí de peregrinación por la costa del Océano Atlántico, en compañía de un hombre que negaba los prodigios de los santos. Penetré con mi compañero en una mezquita ruinosa y solitaria para hacer la oración del mediodía, cuando hé aquí que una turba de peregrinos y eremitas penetraron a la vez que nosotros para hacer también la oración en aquella mezquita. Entre ellos se encontraba aquel mismo hombre que me dirigió la palabra en el mar y del cual entonces se me dijo que era el Jádir. Estaba también entre ellos un individuo de gran prestigio religioso y de mayor dignidad que los otros, con quien me unían desde tiempo anterior relaciones de afecto. Me levanté para saludarle, de lo cual él se alegró mucho. Adelantóse, pues, para dirigir la oración ritual como *imam* con nosotros.

(1) *Fotuhat,* III, 90: "Uno de los más grandes santos, del vulgo iletrado, refiriéme en la ciudad de Salé, ciudad en el Mogreb, sobre la costa del mar océano, que es también llamada *Finis terrae* [منقطع التراب] porque tras ella ya no hay más tierra..." Cfr. *Fotuhat,* II, 460.

(2) *Fotuhat,* I, 242.

Cuando acabamos la oración, salió el *imam* de la mezquita y tras él salí yo en dirección a la puerta, que estaba situada a la parte occidental dominando el Océano, en un lugar que se llama Beca. Púseme a conversar con el *imam* a la puerta de la mezquita, cuando he aquí que el hombre aquel, de quien se me dijo que era el Jádir, había tomado una pequeña esterilla que había en el mihrab de la mezquita y, extendiéndola en el aire a la altura de siete pies sobre el suelo, se mantuvo en el aire de pie sobre la esterilla mientras rezaba las preces de devoción supererogatorias que se acostumbran a recitar después de la oración ritual del mediodía. Yo entonces le dije a mi compañero de viaje: "¿No ves acaso a ese individuo y lo que está haciendo?" El me contestó: "Anda, vete a él e interrógale." Dejé, pues, a mi compañero donde estaba y me fuí a él; y así que hubo acabado sus preces, le saludé y le recité unos versos míos [alusivos al prodigio]. El me dijo: "¡Oh, fulano! no he hecho lo que has visto, sino para ese incrédulo", y señaló con el dedo a mi compañero de viaje, que negaba los prodigios de los santos, el cual estaba sentado en el patio de la mezquita mirándole. Y añadió: "Para que sepa que Dios hace lo que quiere con quien quiere." Volví mi rostro hacia el incrédulo y le dije: "¿Qué dices?" El respondió: "¡Después de verlo, no hay nada que decir!" Volví en seguida a donde se había quedado mi amigo, que estaba mirándome desde la puerta de la mezquita y conversé con él un rato. Le dije: "¿Quién es ese hombre que ha hecho oración en el aire?" (Yo no le dije lo que me había ocurrido con él en otras ocasiones anteriores.) El me contestó: "Es el Jádir." Calló después y la muchedumbre se marchó. Nosotros nos fuimos también en dirección a Rota, lugar al cual acostumbran a ir en peregrinación los santos que hacen vida eremítica. Está en una aldea de *Ocsónoba,* en la costa del Atlántico." (1).

17. *Vuelve a España.*

En los primeros meses del año 595 (1198 de J. C.) pasó por Granada, donde se detuvo a visitar a uno de sus más estimados maestros, Abumohámed Abdalá el Xacaz, natural de Priego (Córdoba), cuyas enseñanzas sobre la iluminación profética cita Abenarabi en su *Fotuhat* (2).

"Entré a visitar en Granada, el año 595, a nuestro maestro de espíritu Abumohámed Abdala el Xacaz, natural de Priego, que era uno de los más grandes místicos que he encontrado en esta vía espiritual,

---

(1) El texto dice بشكنصار, nombre de lugar que falta en todos los diccionarios geográficos. Los editores del *Fotuhat* yerran a menudo en la lectura de los nombres de lugar de Alandalus. Por eso me atrevo a suponer que el ms. diría اكشنوبة.

(2) *Fotuhat,* I, 243; IV, 11.

pues jamás he visto a nadie que se le pareciese en el ejercicio del combate ascético."

De su visita a su ciudad natal no tenemos más noticia que del hecho casi escueto y de la fecha de 595 (1).

"Guárdate de la contumacia en el pecado; antes bien, arrepiéntete de él, volviéndote hacia Dios en todo momento, así que lo hayas cometido. Refirióme en Córdoba un santo varón de esta ciudad lo siguiente. "Había yo oído decir que en Murcia vivía un hombre muy sabio (a quien yo conozco —dice Abenarabí entre paréntesis— y al cual vi para asistir a su clase el año 595 en Murcia; era este sabio un hombre de conducta muy desarreglada; la única razón que me impide el dar aquí su nombre es precisamente el temor de que si lo nombro se sabrá de quién se trata). Díjome, pues, aquel santo varón de Córdoba: "Fuí un día a su casa con el propósito de visitarlo; pero se negó a salir a recibirme por estar de juerga con sus amigos. Yo insistí en que necesitaba verlo personalmente. El dijo al criado: "Hazle saber en lo que estoy ahora ocupado." Yo le respondí: "Es indispensable que yo lo vea." Mandó, pues, que entrase y entré cuando ya no les quedaba vino en los vasos que tenían en la mano. Uno de los presentes le dijo: "Escribe a fulano que nos envíe algo de vino." Pero él replicó: "¡No haré tal! ¿Es que acaso queréis que yo sea contumaz en mi pecado contra Dios? ¿Por Dios juro que no beberé un vaso de vino, cuando me lo den, sin arrepentirme en seguida y pedir perdón a Dios, y ya no esperaré otro vaso ni pensaré en él; y cuando me llegue otra vez el turno y el escanciador me presente el vaso para que lo tome, examinaré bien mi conciencia y si me parece bien tomarlo, lo tomaré y me lo beberé, pero arrepintiéndome en seguida. Puede ser que así Dios me otorgue la gracia de que llegue al fin un momento en que no me venga a las mientes la idea de ofenderle!" Dijo el santo asceta: "Y me maravillé de que dijese aquello, a pesar de lo inmoral de su conducta, es decir, cómo aquel hombre depravado no dejaba de preocuparse de eso." El tal ya murió. ¡Dios lo haya perdonado!"

Breve debió de ser su permanencia en Murcia, puesto que a 11 de ramadán del mismo año (7 de julio de 1198) aparece ya de regreso en Almería. Era esta ciudad foco de una escuela sufí de grande influjo en la vida religiosa y política de la España almohade, desde que el maestro Abulabás b. Alarif, autor del célebre libro *Mahásin al-machalis,* fomentó con sus predicaciones la sublevación de los *moridín* contra la dinastía almorávide, en la primera mitad de aquel siglo. Uno de sus predilectos discípulos, Abuabdalá el Gazal, continuaba en Almería sus enseñanzas eso-

(1) *Fotuhat,* IV, 644.

téricas. La amistad de éste con Abenarabi y la circunstancia de estar en ramadán, el mes sagrado, movió a nuestro místico a permanecer en Almería más tiempo del preciso para sus negocios. Allí, entregado a la oración y a la penitencia, en la soledad de una celda, recibió una revelación de Dios, confirmada en un sueño posterior, que le ordenaba escribir un libro que sirviese de introducción a la vida devota para los novicios, sin necesidad de director espiritual. Abenarabi, obediente a la inspiración divina, púsose a redactar su *Mawaqui al-nochum*, opúsculo ascéticomístico, en el cual, bajo el velo de símbolos astronómicos, expone las luces sobrenaturales que Dios otorga al sufí en las tres etapas de su camino. La etapa del novicio, puramente exotérica y material, que consiste en la práctica externa del islam, es simbolizada por Abenarabi con las estrellas, cuyo brillo queda ofuscado tan pronto como sale la luna de las otras dos etapas, durante las cuales el sufí interpreta los ritos externos en un sentido místico o esotérico (1).

"Hemos explicado todos los carismas, luces, grados, misterios e ilustraciones divinas que acompañan a la ablución ritual, en nuestro libro titulado *Mawaqui al-nochum*. Que yo sepa, nadie antes de mí acertó a tratar la materia con el mismo plan y método. Lo redacté en once días del mes de ramadán, en la ciudad de Almería, el año 595. Con este libro el novicio se puede pasar sin maestro. Mejor diré: al maestro le es indispensable. Porque hay maestros excelentes y excelentísimos, y este libro sirve para el más excelso grado místico a que pueda aspirar cualquier maestro... Por eso, todo el que se lo pueda procurar, debe tomarlo por punto de apoyo, con la ayuda de la gracia de Dios, pues es un libro de grande utilidad espiritual. El motivo que me hizo conocer el excelso rango místico de este libro fué que yo vi a Dios entonces en sueños dos veces y las dos me dijo: "¡Aconseja a mis siervos!"

"Hemos explicado las varias clases de estos carismas, sus grados y causas en el libro *Mawaqui al-nochum*, que no tiene precedentes, a nuestro juicio, en lo que toca a su plan, aunque los tenga en cuanto a su materia. Es un libro de sano criterio para la vía espiritual y de gran provecho, aunque sea de exiguo volumen (2)."

"De este tema hemos tratado en el libro *Mawaqui al-nochum*, que compusimos en Almería, de las tierras de Alandalus, el año 595, por mandato divino. Es un noble libro que ahorra el recurrir a maestros de espíritu para formar a los novicios (3)."

---

(1) *Fotuhat*, I, 436.
(2) *Fotuhat*, II, 491.
(3) *Fotuhat*, IV, 338.

"Cuando quiso Dios sacar este benéfico libro a la luz del ser y regalar a sus criaturas con las gracias y bendiciones por El escogidas de los tesoros de su generosidad para con ellas (empleando como instrumento a aquel de entre sus siervos que bien le plugo), vínome de improviso la idea de emprender el viaje desde Murcia a Almería, y montando a caballo sin demora, púseme en camino en compañía de virtuosas y honradas gentes, el año 595. Cuando llegué a Almería con el propósito de hacer allí algunas cosas que esperaba conseguir, me encontré que el mes de ramadán comenzaba entonces con su luna nueva y por fuerza hube de permanecer en la ciudad hasta que el mes santo terminase. Tiré, pues, el bastón de caminar y comencé a rezar y a suplicar, acompañado de muy generosos y excelentes amigos. Y mientras yo vivía así, consagrado exclusivamente al servicio de Dios, lleno de contrición, humillado y compungido en mi retiro, permitió Dios que el creciente de su luz saliese y brillara a los ojos de sus siervos y que lograsen el fruto de los días y noches pasados en su servicio, pues envióme al mensajero de su inspiración para ayudarme con su gracia y seguidamente reiteró el aviso a este su piadoso hijo por medio de una revelación en sueños, que coincidía exactamente con la inspiración anterior, hasta en el orden y enlace maravilloso con que las sentencias aparecen ensartadas en este libro. Conocí entonces que era yo efectivamente, como antes dije, aquel siervo de Dios a quien Este había elegido para dar a luz este libro y sacarlo a la realidad del ser, que era yo el tesorero dispensador de esta ciencia y el encargado de dar cumplimiento a sus altos decretos. En mi corazón sopló su Santo Espíritu, y en el horizonte del cielo de mi alma brilló la maravillosa luna llena de su luz. El espíritu intelectual se puso a trabajar sin demora en la concepción del libro con todo empeño, y el espíritu racional a darle forma elevada y un orden sistemático, bello y armonioso (1)."

18. *Regresa a Africa.*

Dos años después, en 597 (1200 de J. C.), Abenarabi reaparece al otro lado del Estrecho, en la capital del imperio almohade, Marraquex, al lado de un asceta extraordinario, Abulabás de Ceuta, cuya absoluta pobreza pasmaba a las gentes (2). Allí es donde una nueva visión en el éxtasis le determina definitivamente a emprender su peregrinación al Oriente. El mismo trono de Dios, destacándose sobre un fondo de inconmensurables sombras y apoyado en sostenes ígneos que brillaban cual relámpagos, surgió un día ante el espíritu de Abenarabi extático. Un ave celestial, revoloteando alrededor del trono, le ordena de parte de Alá que se di-

(1) *Mawaqui*, 4.
(2) *Fotuhat*, III, 386; IV, 154.

rija a la ciudad de Fez, donde encontrará a un hombre llamado Mohámed el Hasar, con el cual debe emprender la marcha a Oriente. Abenarabi no vacila; encuentra en Fez a su compañero, que había tenido también una revelación semejante, y marcha en su compañía hacia Tremecén (1).

"El trono de Dios tiene sostenes luminosos, cuyo número ignoro, aunque los contemplé bien claramente y advertí que su luz se parecía al brillo del relámpago; pero, a pesar de esto, el trono proyecta una sombra en la cual se disfruta de un reposo incalculable; esa sombra es la sombra que proyecta la concavidad del trono, la cual cubre como un velo la luz de Aquel que sobre él está sentado, el cual es El Misericordioso. Vi también el tesoro que está debajo del trono, del cual tesoro (que es Adán) sale la jaculatoria: "¡No hay poder ni fuerza sino en Dios el excelso y el grande!" Vi también debajo de este tesoro otros muchos, que conozco. Vi hermosos pájaros que revoloteaban por los ángulos del trono. Entre ellos vi a uno, más hermoso que todos, el cual me saludó y me hizo saber que debía tomarlo por compañero para marchar a oriente. Estaba yo en la ciudad de Marruecos, cuando todo esto me fué revelado. Yo pregunté: "¿Y quién será ese compañero?" Se me respondió: "Mohamed el Hasar, en la ciudad de Fez, ha pedido a Dios que le permita emprender el viaje a las tierras de Oriente. Tómalo, pues, por compañero." Yo dije: "¡Oído y obedecido!" Entonces le dije a él (que era aquel mismo pájaro). "Tú serás mi compañero, si Dios quiere." Cuando luego fuí a la ciudad de Fez, pregunté por él. Vino a verme y le dije: "¿Pediste acaso a Dios alguna cosa?" El me respondió: "Sí, efectivamente: le pedí que me llevase a las tierras de Oriente; y se me dijo: "Fulano te llevará." Yo te estaba esperando desde entonces." Tomélo, pues, por compañero mío el año 597 y lo llevé conmigo hasta las tierras del Egipto, donde murió. (¡Dios lo haya perdonado!)"

19. *Marcha a Oriente.*

En el mes de ramadán de aquel mismo año entra en Bugía. Allí, una noche, en sueños, contrae matrimonio místico con todas las estrellas del cielo y con todas las letras del alfabeto. La interpretación de este ensueño, hecha por un maestro que no conocía personalmente a Abenarabi, pronostica a éste su destino místico, sus extraordinarias aptitudes para la astrología judiciaria y en general para las ciencias esotéricas (2).

"Entró en Bugía en ramadán del año 597 y en ella encontró a Abuab-

(1) *Fotuhat*, II, 573.
(2) *Fotuhat*, I, 8 (de la *tarchama* o biografía de Abenarabi).

dala el Arabí y un grupo de excelentes místicos. Cuando entró en Bugia en esa fecha dijo: "Vi una noche que yo contraía nupcias con los astros todos del cielo, sin que con uno sólo de ellos dejase de unirme, y esto con un gran deleite espiritual. Una vez que hube terminado mis nupcias con los astros, se me entregaron las letras del alfabeto y también con ellas contraje nupcias. Yo expuse esta visión que había tenido en sueños a alguien que a su vez la comunicó a un hombre experto y entendido en la oneirocrítica; pero yo le advertí que no le dijese al intérprete mi nombre. Cuando, pues, aquél le hubo narrado mi ensueño, lo ensalzó como de gran importancia diciendo: ¡Esto es un océano cuya profundidad no es posible alcanzarla! Al que ha tenido esta visión le será revelada una tal cantidad de conocimientos altísimos, de las ciencias esotéricas y de las virtudes ocultas de las estrellas, como a ningún otro de su tiempo se le han revelado." Calló después un rato y después añadió: "Si el que ha tenido tal visión está en esta ciudad, debe ser ese joven andalusí que ha llegado a ella."

Tres meses después, dentro ya del año 598 (1201 de J. C.), volvía a interrumpir su marcha a Oriente, deteniéndose en Túnez, donde alcanzaba uno de los más sublimes grados de la perfección mística, durante un éxtasis acompañado de fenómenos anormales y patológicos. Hallábase en la mezquita haciendo la oración, detrás del *imam*, cuando de improviso lanzó inconscientemente un grito tan estentóreo, que todos los fieles asistentes a los oficios perdieron, como él, el sentido, y hasta algunas mujeres que estaban sobre las azoteas de las casas vecinas cayeron desvanecidas a los patios, aunque sin hacerse daño alguno milagrosamente. Abenarabi añade que, al volver en sí, no vió a nadie en el primer momento; sólo vió un rayo del cielo, y poco después salieron de su letargo los circunstantes que, pasmados de admiración, le rodearon para averiguar qué le había sucedido (1).

"Cuando yo entré en este grado, estando en Túnez, un grito salió de mi garganta sin que yo supiese que había salido, a pesar de que ni una sola persona de cuantas lo oyeron dejó de caer al suelo sin sentido, y hasta las mujeres vecinas, que habían salido a las azoteas de las casas para ver lo que había pasado, cayeron también desvanecidas todas y aun algunas de ellas se desplomaron de las azoteas al patio de sus casas, si bien, a pesar de la altura, no se hicieron daño alguno Fuí yo el primero que volvió en sí. Estábamos haciendo la oración, detrás del *imam*. Yo no ví, al volver en mí, a nadie. Tan solo ví un rayo. Poco después volvieron en sí los demas y les pregunté: "¿Qué os ha pasado?" Ellos dijeron: "Y a ti ¿qué te ha pasado?, porque

(1) *Futuhat*, I, 225.

has lanzado un grito que ha producido en la multitud los efectos que ves." Yo dije: "¡Por Dios que no tengo noticia de que yo haya gritado!"

"Yo estaba en Túnez en el año 598 (1)."

Cerca de un año entero, nueve meses menos unos días, según consigna Abenarabi con toda precisión, duró su estancia en Túnez. Aquel famoso santo sufí, Abumohámed Abdelaziz, a quien fué a visitar por vez primera ocho años antes, sin conseguir que prestase entonces grande atención a sus doctrinas esotéricas, honróse ahora hospedándole en su propia casa durante tan largo lapso de tiempo e invitándole a redactar en ella uno de sus más interesantes libros, el titulado *Inxá al-dawair wal-chadáwil* (Formación de los círculos y los cuadros), en el cual explica, mediante figuras geométricas, su complicada y cabalística cosmogonía. Los anhelos de su espíritu, que ansiaba por llegar cuanto antes a Meca, hiciéronle, sin embargo, suspender entonces la redacción de esta obra, cuyo término no consta en que fecha acaeció (2).

"... en nuestro libro titulado *Inxá al-dawair*, que en parte lo compusimos en su generosa casa [la de Abumohámed Abdelaziz] durante la visita que le hicimos el año 598, cuando nos dirigimos a la peregrinación de la Meca. Un criado suyo, el virtuoso asceta Abdelchabar, sacó para su amo una copia de la parte de dicho libro que yo había allí redactado, y seguidamente yo reanudé mi viaje llevándome el original a la Meca, en dicho año, con el propósito de acabar allí su redacción; pero, ocupado luego en escribir este libro [el *Fotuhat*], no pude dedicarme a acabar de redactar aquél ni otros varios, porque la orden que de Dios recibimos nos obligó a redactar ésta, sin contar además con los ruegos de algunos hermanos y devotos ascetas que con grandes anhelos nos lo pedían, por el deseo de instruirse más y más [con el *Fotuhat*] y de atraer con él sobre sus almas las bendiciones que Dios tiene vinculadas en este su bendito e ilustre templo de la Caaba, lugar de bendición y dirección para las almas."

"El conocimiento intuitivo de las esferas del *macrocosmos* y del *microcosmos* (que es el hombre) (3). Quiero decir con esto los mundos de sus categorías universales, de sus géneros y de sus principios imperantes, los que ejercen su influjo eficiente en todos los otros seres. Quiero decir la mutua relación que debe establecerse entre ambos cosmos, en cuanto que el uno de ellos es una copia del otro. Para ejemplificar esta relación mutua, hemos dibujado esos mundos en figura

(1) *Fotuhat*, I, 838.
(2) *Fotuhat*, I, 126.
(3) *Fotuhat*, I, 155.

de círculos como las esferas celestes y en el orden jerárquico de éstas, en el libro *Inxá al-dawair wal-chadáwil,* que comenzamos a componer en Túnez, en casa del doctor Abumohámed Abdelaziz, maestro querido e íntimo amigo." (1)

20. *Estancia en Meca.*

Reanudando su viaje tuvo, al pasar por Egipto, el dolor de perder a su compañero, Mohámed el Hasar, y parece que por entonces no se detuvo mucho tiempo en Alejandría ni en el Cairo, pues dentro del mismo año 598 llegó al término de su peregrinación, haciéndose vecino de Meca. Pronto su fama se extendió por la Ciudad santa, y comenzaron a buscar su amistad y trato personas de reconocida virtud y ciencia. Entre éstas, la familia del *imam* encargado de la *Macama* de Abraham, llamado Abuxacha, mereció más que todos la intimidad de Abenarabi. Tenía este *imam* una hija de belleza física extraordinaria, además de poseer ilustración no vulgar en las ciencias esotéricas. Estas prendas de Nidam o *Armonía,* nombre de la doncella, sugirieron a Abenarabi el asunto de uno de sus libros más célebres, el titulado *Turchumán al-axwac* (El intérprete de los amores). El mismo Abenarabi confiesa en el prólogo que desde aquella época en que conoció a la doncella, formó el proyecto de componer versos eróticos dirigidos a ella, en cuanto a la letra, aunque, entendidos en sentido místico, se refieren a Dios, al cielo y a los deleites sobrenaturales de la unión extática (2).

"Cuando, durante el año 598 (= 1201 de J. C.), residía yo en la Meca, frecuenté el trato de unas cuantas personas, hombres y mujeres, todos ellos gente excelente, de los más cultos y virtuosos; pero, de entre ellos, no vi uno..., que se asemejase al sabio doctor y maestro Záhir Benróstam, natural de Ispahán y vecino de Meca, y a una hermana suya, la venerable anciana, sabia doctora del Hichaz, apellidada *Gloria de las mujeres,* Bintoróstam... Tenía este maestro una hija virgen, esbelta doncella, que encadenaba con lazos de amor a quien la contemplaba y cuya sola presencia era ornato de las reuniones y maravilla de los ojos. Era su nombre *Armonía* y su sobrenombre *Ojo del sol.* Virtuosa, sabia, religiosa y modesta, personificaba en sí la venerable ancianidad de toda la Tierra Santa y la juventud ingenua de la gran ciudad fiel al Profeta.

(1) Cfr. *Fotuhat,* I, 11, 67, 71, 128, 273; III, 523.
(2) *Dajair,* 2.

La magia fascinadora de sus ojos tenía tal hechizo, y tal encanto la gracia de su conversación (elegante cual la de los nacidos en el Irac), que si era prolija, fluía; si concisa, resultaba obra de arte maravilloso, y si retórica, era clara y transparente... Si no hubiese espíritus pusilánimes, prontos al escándalo y predispuestos a mal pensar, yo me extendería a ponderar aquí las prendas con que Dios la dotó, así en su cuerpo como en su alma, la cual era un jardín de generosidad..."

"Durante el tiempo que la traté, yo observé cuidadosamente las gentiles dotes que a su alma adornaban y las tomé como tipo de inspiración para las canciones que este libro contiene y que son poesías eróticas, hechas de bellas y galantes frases, de dulces conceptos, aunque con ellas no haya conseguido expresar ni siquiera una parte de las emociones que mi alma experimentaba y que el trato familiar de la joven en mi corazón excitaba, del generoso amor que por ella sentía, del recuerdo que su constante amistad dejó en mi memoria, de su bondadoso espíritu, del casto y pudoroso continente de aquella virginal y pura doncella, objeto de mis ansias y de mis anhelos espirituales. Sin embargo, conseguí poner en rimas algunas de aquellas emociones de apasionado amor que mi corazón atesoraba y expresar los deseos de mi pecho enamorado, con palabras que sugiriesen mi cariño, la honda preocupación que en aquel tiempo ya pasado me atormentó y la añoranza que por su gentil trato todavía siento. Por eso, todo nombre que en este opúsculo menciono, a ella se refiere, y toda morada cuya elegía canto, su casa significa. Pero, además, en todos estos versos, continuamente aludo a las ilustraciones divinas, a las revelaciones espirituales, a las relaciones con las inteligencias de las esferas, según es corriente en nuestro estilo alegórico, porque las cosas de la vida futura son para nosotros preferibles a las de la presente, y porque, además, ella sabía muy bien el oculto sentido de mis versos... Preserve Dios, al lector de este cancionero, de la tentación de pensar lo que es impropio de almas que desdeñan [tales bajezas] porque sus designios son más altos, porque sólo anhelan las cosas celestiales y solo en la nobleza de Aquel que es el Señor único ponen su confianza..."

Su actividad literaria se desarrolló extraordinariamente desde aquella fecha (598), merced al relativo reposo de su vida, hasta entonces intranquila, y a causa también de la exacerbación de su misticismo, favorecida por el ambiente religioso de la Ciudad santa. Al año siguiente, 599 (1202 de J. C.) publica su *Mixcat al-anwar,* compilación de cuarenta *hadices* o tradiciones que, por una serie no interrumpida de transmisores, hace proceder de Dios mismo, y en Taif, cerca de Meca, escribe su *Hilyat al-abdal* (Ornamento de los místicos perfectos) a ruego de dos amigos sufíes, Abdalá Beder el abisinio (a quien luego dedicó su *Fotuhat*) y Abenjálid el Sadafí (1). Sus relaciones con los

(1) Ms. Berlín, núm. 1469, y París, núm. 1338[1].

sufíes de Meca pasan a ser ya oficiales, desde el momento en que es admitido dentro de la hermandad mística solemnemente, como lo había sido en Sevilla muchos años antes, y más tarde había de serlo en Mosul, recibiendo la investidura del hábito del Jádir. Las vueltas rituales en derredor del templo de la Caba determinan en su espíritu visiones y apariciones sin cuento. Un hijo del califa Harún Arraxid, gran asceta, muerto en el siglo II, se le aparece en forma corpórea y le dirige la palabra (1).

"De estos... era [Ahmed] el de Ceuta, hijo de Harún Arraxid, al cual yo me encontré, mientras dábamos las vueltas rituales en torno de la Caaba, un viernes, después de la oración pública de ese día, el año 599. Yo le interrogué y él me contestó; pero era su espíritu que había tomado un cuerpo sensible para aparecérseme, al dar las vueltas al templo, lo mismo que el ángel Gabriel tomó cuerpo con las apariencias de un árabe."

Terribles calamidades pronosticadas por Abenarabi a la vista de una extraordinaria lluvia de estrellas, tienen efectivamente lugar al siguiente año de 600 (1203 de J. C.): un viento huracanado arroja sobre el Yemen un polvo, como de zinc, que cubre el suelo hasta la altura de la rodilla y las gentes no pueden andar sino con linternas, aun de día, por la obscuridad del cielo, y una peste asoladora se ceba en los habitantes de Meca (2).

"Yo vi una vez las estelas de luz [producidas por los bólidos] durar una hora o más, mientras estaba yo dando las vueltas rituales en torno de la Caaba. Lo vi yo y lo vieron también las muchas personas que a la vez que yo daban dichas vueltas. La gente se quedó maravillada de aquello, porque jamás habíamos visto una noche más abundante en estrellas con cola: toda la noche hasta el amanecer estuvieron apareciendo constantemente, tanto, que por su gran número y por la rapidez con que se entremezclaban unas con otras a la manera de las chispas que saltan de la lumbre, llegaban a impedirnos el ver las estrellas del cielo. Dijimos entonces: "¡Esto no puede ser sino señal de algún grave suceso!" Y, en efecto, poco después nos llegó la noticia de que en el Yemen había ocurrido una novedad en aquel mismo tiempo en que vimos este fenómeno: los habitantes del Yemen habíanse visto sorprendidos por un viento de polvo como de zinc, en tal cantidad, que cubrió el suelo todo hasta la altura de las rodillas; la gente se llenó de pavor, porque, además, la atmósfera se obscureció en forma que no podían an-

(1) *Fotuhat*, II, 20.
(2) *Fotuhat*, II, 592.

dar por los caminos, ni aun de día, sino con linternas, a causa de la aglomeración de las nubes de aquel polvo que tapaban la luz del sol. Oían además en el mar, por la parte de Bab el Mandeb, un enorme ruido. Ocurría esto en el año 600 o en el 599. Tengo en este punto alguna duda, porque no tomé nota de este fenómeno entonces, cuando lo observé, ni tampoco en aquel lugar, sino más tarde, en el año 627; por esto me asalta ahora la duda a causa de lo lejano de la fecha; pero el hecho es conocido de todos los habitantes del Hichaz y del Yemen, altos y bajos. En aquel mismo año vimos también otras muchas cosas extraordinarias: la peste se ensañó de tal manera con los habitantes de Táif, que no quedó ni uno solo sin ser atacado, desde el principio del mes de *recheb* hasta el de *ramadán* del citado año 599. De esta fecha estoy seguro. Esa peste era de tal condición, que cuando sus síntomas primeros aparecían en los cuerpos de los atacados, no pasaban cinco días sin que muriesen; pero los que no morían al quinto día, se salvaban. Meca se llenó con los habitantes de Táif que huían de su ciudad, dejando abiertas las puertas de sus casas y en ellas abandonados sus ajuares y en los campos sus bestias de carga. Y lo más maravilloso fué que, durante todo aquel período de tiempo, si el que pasaba por el territorio de Táif se apoderaba de alguna de aquellas cosas abandonadas, es decir, los comestibles, las ropas o las bestias que no tenían nadie que las guardase, se veía atacado de la peste inmediatamente; en cambio, si pasaba sin tomar cosa alguna, se salvaba. De esta manera conservó Dios los bienes de los habitantes de Táif, durante aquel espacio de tiempo, para sus legítimos dueños y sus herederos."

Pero todas estas pruebas no abaten el espíritu de Abenarabi, que, en este mismo año y en medio de tantas calamidades, escribe su *Adorra al-fájira,* epístola dirigida a su amigo de Túnez, en la cual inserta las biografías de todos los sufíes del Mogreb a quienes trató como maestros o compañeros y de cuya enseñanza aprovechó para su vida espiritual (1).

"A todos estos los mencionamos, juntamente con nuestros maestros de espíritu, en *La Perla preciosa* (*Adorra al-fájira*), al tratar de las personas de cuyas enseñanzas me aproveché en el camino de la vida futura."

21. *Viajes a Bagdad y Mosul.*

Un nuevo período de movilidad se inicia en su vida aquel mismo año, pues al siguiente, 601 (1204), vémosle pasar por Bagdad, donde sólo permanece doce días, reanudando sus pere-

(1) *Fotuhat,* I, 268. Cfr. Bibl. Escur., ms. 741, fol. 54 v., donde dice que escribió un compendio de este libro (en Meca el año 600) el cual se titula *Risalat al-cods.*

grinaciones en dirección a Mosul (1). Un maestro sufí, Alí Benchamí, gran devoto del Jádir, debió atraer a Abenarabi hacia esta ciudad, con el fin de aprovecharse de sus lecciones. En un huerto que poseía dicho maestro en las afueras de Mosul, Abenarabi tuvo el honor de recibir por tercera vez la investidura del hábito del Jádir, de manos de Benchamí, que la había recibido directamente de este profeta. Desde esta fecha, confiesa Abenarabi que resolvió dar gran importancia a esta ceremonia sufí, recomendándola a los novicios, no sólo como fórmula ritual y símbolo de la hermandad espiritual entre los místicos, sino como medicina eficaz para curar las imperfecciones morales (2).

"Juntóse con él [con el Jádir] uno de mis maestros, a saber, Alí b. Abdala Benchami, que había sido discípulo de Alí el Motawáquil y de Abuabdala *Cadib albán*. Habitaba en un huerto que poseía en las afueras de Mosul. El Jádir le había impuesto el hábito a presencia de *Cadib albán*. Y en el mismo lugar de su huerto en que el Jádir le había dado la investidura, me la dió luego él a mí, y con idénticas ceremonias con que aquél se la dió... Desde aquella fecha comencé ya a tratar de la investidura del hábito y a darla a las gentes, al ver el aprecio que el Jádir hacía de este rito. Antes de esa época, yo no hablaba del hábito que ahora es tan conocido. El hábito es, en efecto, para nosotros únicamente un símbolo de la hermandad o confraternidad, de educación espiritual, de adquisición (por imitación) de unas mismas cualidades o hábitos morales... Cuando los maestros de espíritu ven que uno de sus discípulos es imperfecto en una determinada virtud y desean perfeccionarle trasmitiéndole el estado de perfección que ellos ya poseen, el maestro procura identificar con él a su discípulo y para ello toma su propio hábito, es decir, el que lleva puesto en aquel momento en que posee aquel estado espiritual, y, despojándose de él, se lo pone al discípulo y le da un abrazo, con lo cual le comunica el grado de perfección espiritual que le faltaba. Este es el rito de la investidura, conocido entre nosotros por tradición de nuestros más verídicos maestros de espíritu."

---

(1) *Fotuhat*, I, 4 [de la biografía]: "Dice Abenanachar respecto de Abenarabi: "Yo me reuní con él en Damasco, en un viaje que hice a esa ciudad y copié algunos versos suyos, tomándolos al dictado de él mismo... El me refirió que había entrado en Bagdad el año 601, permaneciendo doce días allí, y que más tarde volvió, yendo de peregrinación a la Meca, en compañía de la carabana de los peregrinos, el año 608."

(2) *Fotuhat*, I, 242. Cfr. Ms. 2983 de Berlín, fol. 133 r.: "Vestí el hábito en Meca, frente al templo de la Caaba, el año 599, de manos de Yunus b. Yahya b. Abulbaracat el Haximí, el Abasí." *Ibid.*, fol. 133 v.: "Lo vestí también otra vez en Mosul, el año 601. También en Sevilla, de manos de Abulcásem Abderrahman b. Alí."

22. *Viaje a Egipto.*

El año 603 (1206 de J. C.) había abandonado ya aquellas tierras de Mesopotamia, trasladándose a Egipto. Una turba de sufíes, amigos y compatriotas de Abenarabi, hacían vida común en una casa de la calle llamada *de los Candiles,* en el Cairo. A ellos se agregó Abenarabi, y en su compañía pasaba las noches entregado a las prácticas sufíes y realizando milagros estupendos. Cierta noche, reunida toda aquella turba en una habitación absolutamente obscura, advirtieron todos con gran sorpresa que sus propios cuerpos emitían vivos rayos de luz que disipaban las tinieblas circundantes. De repente aparécese a Abenarabi un ser humano de bellísimo aspecto, que con las más hermosas palabras le comunica de parte de Dios doctrinas sobre la unión mística, cuyo sentido esotérico era evidentemente panteísta (1).

"Pasaba yo una vez la noche en compañía de un grupo de santos devotos en la calle de los Candiles, en el Cairo. Entre mis compañeros estaban: Abulabás el Harirí, el imam, su hermano Mohámed el Jayat; Abdala el Meruazí; Mohámed el Haximí el Yaxcorí; y Mohámed b. Abilfádal. De pronto mi persona se hizo visible, a pesar de que estábamos en un cuarto muy obscuro y sin otra luz que la que de nuestros cuerpos emanaba: los resplandores que emitíamos difundíanse a lo lejos y nos alumbraban a nosotros mismos. De improviso penetró en la estancia una persona de bellísimo rostro y con elegantes palabras dijo: "¡Yo soy el mensajero que la Verdad os envía!" Yo le dije: "¿Y cuál es el mensaje que nos traes?" El respondió: "Sabed que el bien está en el ser y el mal en el no-ser. El da el ser al hombre por su generosidad y le hace caer en el éxtasis incompatible con su propio ser. Con los nombres y atributos de Dios revístese el hombre; mas al contemplar la divina esencia, pierde de aquellos nombres y atributos la conciencia. Ve entonces en su propia alma a Dios, y así retorna el número a su principio, porque ya no existes tú, sino que sólo El existe." Referí yo entonces a mis compañeros lo que acababa de sucederme en aquel éxtasis, y ellos se alegraron y dieron gracias a Dios. Luego, recliné mi cabeza sobre mi almohada y me puse a componer mentalmente unos versos sobre la intuición extática, mientras mis compañeros dormían. De pronto, Abdala el Meruazí se despertó y a gritos me llamó, pero no le respondí como si estuviese dormido; él, sin embargo, me dijo: "¡Tú no duermes! Lo que haces es componer una poesía sobre la intuición extática de Dios y de su unidad!" Levanté yo entonces mi cabeza y le dije: "Y ¿de dónde te has sacado eso?" El me respondió: "Porque te he visto en sueños anudar una red sutil y he interpretado los hilos sueltos, que

(1) *Mohadara,* II, 24.

tú anudabas en forma de red, como símbolo de ideas dispersas que tú tratabas de compaginar y de palabras aisladas con las que intentabas componer un verso, y me dije: "Este está haciendo una poesía." Yo le respondí: "Efectivamente tienes razón. Pero ¿de dónde te has sacado que la poesía trataba de la intuición extática de Dios y de su unidad?" El me replicó: "Porque me he dicho: "Con la red no es capaz de cazar más que el hombre dotado de un espíritu vivo y no vulgar. Ahora bien, yo no encuentro poesía en que haya espíritu, vida y originalidad, si no es aquella que trata de cuanto a Dios se refiere." Esta interpretación que dió de su visión en sueños me gustó más que todas."

Estas doctrinas, enseñadas quizá por Abenarabi al vulgo sufí, debieron llegar a oídos de algunos alfaquíes celosos de la fe ortodoxa, los cuales acusáronle de heterodoxo o infiel ante las autoridades y pidieron su encarcelamiento y su cabeza. Comenzaban ya las persecuciones contra sus teorías y las seculares disputas entre los teólogos musulmanes acerca de su ortodoxia. A Abenarabi no pudo sorprenderle esta actitud de los alfaquíes, porque, de una parte, Dios mismo habíale anunciado años antes, viviendo en Meca, que habría de sufrir pruebas en su reputación, vivo y después de muerto, y, de otra parte, jamás se había ocultado para censurar acremente de palabra y por escrito la ignorancia e inmoralidad de los alfaquíes de Occidente y de Oriente. Por fortuna, en aquella ocasión las acusaciones debieron de estrellarse contra la política liberal y benévola de Almálic Aládil, hermano de Saladino, pues bastó una simple recomendación del maestro Abulhasán de Bugía, amigo de Abenarabi, para que sus doctrinas panteístas fuesen interpretadas alegóricamente y se decretase su libertad. Por cierto que este peligro a que acababa de verse expuesto no aminoró un ápice sus entusiasmos sufíes ni la sinceridad de su espíritu. Apenas libre de tan terrible trance, Abenarabi censuró a su mismo protector Abulhasán por haber trabajado en su defensa, exclamando: "¿Cómo había de ser encarcelado aquel en cuya humanidad reside la Divinidad?" (1).

"Dice Abenarabi en su *Fotuhat*: "Estaba yo durmiendo en la estación de Abraham [en el templo de la Meca], cuando he aquí que un espíritu del sublime pleroma me habló en estos términos: "Entra en la estación de Abraham, pues ciertamente él fué hombre de gemidos y de paciencia." Entendí, pues, que me era forzoso sufrir pruebas en mi re-

(1) *Xadsarat adsáhab*, 815.

putación, de parte de algunos que hablarían mal de mí, y que yo habría de corresponderles con la paciencia."

"Las gentes de la tierra de Egipto concibieron contra él un odio violento por causa de sus doctrinas y lo acusaron para que fuere condenado a muerte. Dios, empero, lo libró por mano del maestro Abulhasán de Bugía, el cual puso empeño en libertarlo interpretando en sentido alegórico sus palabras. Cuando Abulhasán llegó a donde Abenarabi estaba, tras de haberlo libertado, díjole éste: "¿Cómo había de ser encarcelado aquel en cuya humanidad reside la Divinidad?" A lo cual repuso Abulhasán: "¡Oh señor mío! Esas son expresiones de místico entusiasmo, propias del estado de embriaguez, y no es en manera alguna responsable el que está ebrio! (1)"

23. *Estancia en Conia.*

Pronto, sin embargo, abandonó el Cairo y, pasando por Alejandría, dirigióse de nuevo a Meca, donde se detuvo durante el año 604 (1207 de J. C.) para visitar a su amigo Abuxacha y a la familia de éste (*Fotuhat,* II, 495). Nuevos avisos del cielo moviéronle a reanudar su vida peregrinante. Cierto día, en efecto, un santo sufí, a cuyo servicio habíase puesto Abenarabi en Meca, anuncióle que Dios humillaría ante él al más ilustre de los hombres (*Abenxaquir,* II, 301). No tardó en ver el cumplimiento de esta profecía, pues en el curso de sus peregrinaciones hacia el Asia Menor, llegó hasta Conia (la antigua *Iconium* de Licaonia), capital de la parte del imperio bizantino sometida al islam, cuyo rey Caicaus I acababa de subir al trono en 607 (1210 de J. C.). La fama de Abenarabi habíale precedido antes de llegar a su corte, y el rey en persona púsose en camino para salir a recibirle honoríficamente. Una vez en Conia, para obligarle, sin duda, a permanecer de un modo estable en la ciudad, ordenó que se le diera en regalo una magnífica casa por valor de cien mil monedas de plata, que Abenarabi aceptó; pero, después de ocuparla algún tiempo, encontróse cierto día con un mendigo, a quien se la dió de limosna, diciendo que era lo único que poseía como propio (*Fotuhat,* I, 9 de la biog.). Este período de relativa quietud en Conia permitióle reanudar la redacción de sus obras. Dos son las que escribió en este lugar y año: una, *Maxáhid al-asrar* (Intuiciones

(1) *Fotuhat,* I, 8 [de la biografía].

de los misterios), y otra, *Risalat al-anwar,* en que enumera las iluminaciones con que Dios premia al místico que vive en la soledad (*Brockelmann,* I, 443). Sus ocios, que no debieron ser muchos, empleábalos en el trato con los sufíes que querían aprovecharse de sus ejemplos y enseñanzas. Uno de sus más nombrados discípulos, Sadrodín de Conia, autor de muchos libros místicos, formóse en la ciencia esotérica bajo su dirección, en esta su ciudad natal. Por el testimonio de este discípulo sabemos que Abenarabi se vió favorecido entonces con celestiales apariciones de los espíritus proféticos que se presentaban a sus ojos bajo forma corpórea o se unían místicamente con el alma de Abenarabi en sobrenaturales raptos extáticos (1). Las gentes, admiradas de su taumaturgia, acudían a cerciorarse de cerca, para disipar sus dudas. Un pintor de Conia pintó con tal realismo una perdiz, que un halcón lanzóse sobre el cuadro cual si estuviese viva; pero Abenarabi conoció por intuición que la pintura adolecía de un defecto de proporciones y el pintor confesó haberlo hecho de propósito para probar las dotes intuitivas de nuestro místico (2).

"Del nombre de Dios "*El Creador*" deriva la inspiración divina que reciben los hombres de ingenio agudo, los ingenieros, los inventores y creadores en las artes humanas, los autores de imágenes extraordinarias. De este nombre reciben todos ellos su inspiración. El es el que inspira a los pintores el criterio artístico para la belleza de sus pinturas. Lo más maravilloso que yo he visto en esta materia fué un pintor a quien en Conia, ciudad del país de los griegos, lo sometimos a prueba en nuestra casa y le enseñamos de su propio arte, en una cuestión de imaginación artística, algo que él no sabía. Pintó cierto día una perdiz, pero poniendo en ella un defecto tan oculto, que no podía percibirse. Vino con ella a nuestra casa para probar nuestras dotes de crítico en materia de pintura. Habíala pintado en una tabla tan grande como la perdiz, que era de tamaño natural. Teníamos en casa un halcón, el cual, así que la vió, soltóse de la mano del que lo tenía sujeto y se lanzó sobre la perdiz golpeándola con su pata, porque se imaginó que era una

(1) *Xadsarat adsáhab*, 816: "Su discípulo de Conia, Sadrodín, dice de él: "Tenía la facultad de unirse con cualquiera de los espíritus de los profetas y santos pasados, de tres maneras distintas: 1.ª, bajando ese espíritu a este mundo y tomando un cuerpo fantástico, de forma semejante a la figura sensible y física que poseyó en vida; 2.ª, apareciéndosele en el sueño; 3.ª, despojándose Abenarabi de su propio cuerpo para unirse con el espíritu del santo o profeta."

(2) *Futuhat,* II, 558.

perdiz viva, de la misma figura y con el mismo color en sus plumas. Maravillados los presentes de la belleza y perfección de su arte, díjome el pintor: "¿Qué me dices tú de esta pintura?" Yo le respondí: "Que está hecha perfectísimamente, salvo que en ella hay un defecto oculto." El pintor (que de antemano se lo había hecho notar a los presentes, puestos con él de acuerdo) me dijo: "Y ¿cuál es ese defecto? Porque estas proporciones de la figura son exactas!" Yo le respondí: "En sus patas hay un pequeño exceso de longitud, cosa de un grano de cebada, más de lo que exige la proporción del cuerpo." Levantóse el pintor y besándome en la cabeza, exclamó: "De propósito lo hice para probarte!" Y los que estaban presentes acreditaron que así era y añadieron que de antemano se les había dicho a ellos, antes de que él me presentase la pintura."

24. *Viajes por la Anatolia.*

Quizá pensó entonces Abenarabi sustraerse a estas demostraciones públicas de veneración, reanudando sus peregrinaciones a través de la Anatolia, pues sucesivamente lo vemos pasar por Caisaría (la antigua *Cesarea* de Capadocia), Malatía (Mitilene), Siwas (Sebaste), Arzán (en Armenia), Harrán (en Mesopotamia) y Dunaisir (en Diyarbéquer), acompañado de sufíes, y llegar hasta los lugares más fríos de la Armenia donde el río Eufrates se hiela durante el invierno (1).

25. *Estancia en Bagdad.*

El año 608 (1211 de J. C.) entró en Bagdad, como término de su viaje, y con el propósito de conocer personalmente a un

(1) *Fotuhat,* II, 10: "Uno de éstos oí yo en Dunaisir, del Diyarbéquer."

Fotuhat, II, 20: "Contáronme que uno de éstos era de los habitantes de Arzán y luego lo conocí personalmente y me hice compañero suyo. El me trataba con gran consideración y atención. Estuve en compañía suya en Damasco, Siwas, Malatía y Cesarea. Fué mi fámulo algún tiempo. En Harrán es donde me junté con él: allí estaba sirviendo a su madre, hacia la cual mostraba tan gran piedad filial, como jamás he visto a otra persona. Era hombre rico. Hace ya años que lo perdí de vista, desde que estoy en Damasco, y no sé si vive aún o si se ha muerto ya."

Fotuhat, III, 599: "Nosotros hemos visto en el río Eufrates, cuando se hiela en los meses de diciembre y enero, en las tierras del Norte, convertirse el agua en tierra sobre la cual caminan las caravanas, así la gente como las bestias, mientras el agua sigue corriendo por debajo de aquella costra de hielo."

gran sufí que en aquella ciudad tenía abierta escuela de oratoria homilética y de ejercicios místicos. Era éste el famoso Xihabodín el Xohrawardí, autor del libro *Awárif al-Maárif*, y que ejercía en Bagdad el cargo de maestro supremo de los sufíes. Los biógrafos refieren todos los pormenores de la entrevista primera de ambos maestros: miráronse largo rato en silencio y se separaron sin pronunciar palabra. El Xohrawardí, más tarde, expresaba ante sus discípulos el juicio que le merecía Abenarabi en estos términos: "Es un océano de ciencia intuitiva". De un éxtasis que tuvo en Bagdad, dice (1):

"Estando yo en Bagdad el año 608, tuve una visión en el éxtasis; abriéronse las puertas del cielo, ante mis ojos y descendieron de él los tesoros de la astucia divina con que el Señor prueba a sus elegidos, como desciende la lluvia; oí luego la voz de un ángel que decía: "¿Qué gracias engañosas descenderán esta noche?" Desperté sobresaltado y me puse a pensar cuál sería el mejor medio para librarme del engaño."

Pronto también adquirió Abenarabi en Bagdad discípulos tan sumisos y dóciles a sus enseñanzas, que llegaron a anteponer su autoridad al respeto que debía merecerles el propio Califa. Refiere, en efecto, el mismo Abenarabi que, paseando él cierto día rodeado de sus discípulos, acertó a pasar junto a ellos el Califa (que debía ser en aquella fecha Anásir) montado a caballo. Los discípulos, siguiendo las indicaciones de Abenarabi, no sólo no le saludaron, sino que esperaron a que el Califa lo hiciese antes que ellos, y entonces respondieron respetuosamente. Esta actitud irreverente de Abenarabi para con el jefe sumo del islam, explícase muy bien por el ambiente de indiferencia que rodeaba a esta institución del Califato hacía siglos, desde que el poder temporal se había escapado de sus manos; pero además denuncia el espíritu de rebeldía oculta que, así Abenarabi como todos los sufíes, alimentaban contra toda la jerarquía oficial religiosa (2).

"Adelántate a saludar a quien sea más anciano que tú. Si vas montado, seas tú quien se adelante a saludar al que va a pie, y si vas a pie, saluda al que encuentres sentado. Con uno de los Califas me ocurrió cierto día que, estando yo paseando en compañía de un grupo de discípulos, acertó a pasar por donde estábamos el Califa. Nos separamos un

(1) *Fotuhat*, II, 608.
(2) *Fotuhat*, IV, 638.

poco para dejarle el paso franco y dije a mis compañeros: "¡Quien lo salude antes que él nos salude, perderá mi estimación!" Cuando el Califa llegó y pasó junto a nosotros con su caballo, esperó a que lo saludásemos según es costumbre en la gente de saludar a los califas y príncipes; pero viendo que no lo hacíamos, nos echó una mirada y dijo con voz clara y sonora: "¡Salud! ¡La bendición de Dios y su misericordia sea con vosotros!" Todos entonces a una voz respondimos: "¡Salud! ¡La bendición de Dios y su misericordia sea contigo!" El añadió: "¡Dios os lo pague!" Y dándonos las gracias por lo que habíamos hecho, se marchó, dejando maravillados a todos los presentes."

En cambio, vémosle mantener relaciones cordialísimas con los jefes del poder civil y militar constantemente. El sultán Caicaus I escribía a Abenarabi por aquella misma fecha, consultándole, sin duda, negocios de estado relativos a los cristianos que vivían en su reino. El año 609 (1212 de J. C.) contestábale, en efecto, Abenarabi con una larga carta, cuyo texto nos ha conservado en su *Fotuhat* y en su *Mohadara*. Es esta carta un documento de *política divina*, en el cual Abenarabi da al rey sus consejos como un padre a su hijo, y que revela el enorme ascendiente que sobre él ejercía: exígele que ponga en vigor todas las leyes represivas contra los cristianos que vivían en su reino y le excita a tratarlos con una política tan intolerante, que sólo podría justificarse a título de represalias contra los cruzados (1).

"Amonestación y consejo que dirigí por escrito al Sultán El Gálib-biamrilá, Caicaus, rey de la región septentrional del Asia Menor, en respuesta a la carta que él nos había escrito el año 609." [En este extenso documento, Abenerabi se llama a sí mismo *padre* del Sultán, por cuya salud espiritual ruega a Dios. Dice que va a dirigirle una amonestación de *política divina*, que será breve, pero que espera poder ampliarla de viva voz cuando pueda reunirse con el Sultán. He aquí los principales consejos que contiene el documento:] "La religión es un aviso de parte de Dios, del Profeta y de los príncipes del islam al pueblo. Tú eres príncipe y lugarteniente de Dios en tu reino. Tú eres el juez de tus súbditos y el guía que los ha de llevar a Dios. Si obras justamente, para ti y para ellos será el bien que hagas. Si obras injustamente, para tu daño será y para bien de tus súbditos en la otra vida. Tú eres el responsable ante Dios del mal de tus súbditos y de tus ministros. El más grave daño que contra el islam y los muslimes acaece en tu reino es la desvergüenza con que se glorían los infieles de traspasar las prohibiciones que les impuso el príncipe de los creyentes Omar b. Aljatab, a sa-

(1) *Fotuhat*, IV, 710, y *Mohadara*, II, 195.

ber: que no construyesen en la ciudad ni en sus alrededores iglesia, convento, celda ni ermita nueva; que no restaurasen ninguno de estos edificios cuando se arruinase; que no impidiesen a ningún musulmán el habitar en sus iglesias durante tres noches y que durante ellas le alimentasen; que no ocultasen a ningún espía ni conspirasen en secreto contra los musulmanes; que no enseñasen a sus hijos el Alcorán, ni hiciesen pública ostentación de su politeísmo, ni impidiesen a sus parientes profesar el islam si éstos lo preferían; que honrasen a los musulmanes; que no enseñasen a sus hijos el Alcorán, ni hiciesen pública ostentación de su politeísmo, ni impidiesen a sus parientes profesar el islam si éstos lo preferían; que honrasen a los musulmanes, levantándose de sus asientos cuando éstos quisieran asistir a sus tertulias; que no se asemejasen a los musulmanes en cosa alguna: ni en tocarse con el bonete o el turbante que éstos usan, ni en calzar zapatos, ni en abrirse raya en el cabello, ni en el empleo de nombres propios de muslimes, ni en el de sus apellidos, ni en el uso de sillas de montar, ni en ceñir espada, ni en llevar consigo armas de ninguna clase, ni en grabar en sus sellos inscripciones árabes; que no vendiesen vino; que acortasen la fimbria de sus túnicas por delante; que se sujetasen a vestir el traje distintivo de cristianos, sean quienes sean, llevando bien ceñidos los cinturones; que no hiciesen pública ostentación de sus ceremonias religiosas por las calles de los musulmanes, mostrando sus crucifijos o cualquiera de sus libros sagrados; que no enterrasen a sus muertos cerca de los musulmanes; que no hiciesen sonar sus campanas, sino ligeramente; que no levantasen su voz en sus iglesias para los cantos litúrgicos en presencia de los musulmanes; que no sacasen a la calle la procesión de los ramos, ni levantasen su voz al enterrar a sus muertos, ni llevasen luces en público."

Por lo demás, todo el *Fotuhat* respira ese odio de Abenarabi contra los cristianos, cuya convivencia anatematiza a cada paso, aconsejando la unión de todos los musulmanes para evitar la ruina del islam a manos de los cristianos (1).

"Guárdate de convivir con los infieles o de visitarlos, en cuanto te sea posible, pues has de saber que quien con ellos vive, pudiendo evitarlo, no tiene nada de musulmán... Por eso nosotros consideramos ilícito en estos tiempos que los musulmanes visiten el templo de Jerusalem y que vivan en esta ciudad: porque está en manos de los infieles, los cuales, por lo tanto, ejercen la autoridad y tienen la jurisdicción sobre los musulmanes y éstos viven allí en la más depresiva situación." "...Trata con amor a todos los siervos de Dios que profesan la verdadera fe; salúdalos en público, dales de comer y atiende a todas sus necesidades, pues has de saber que los fieles forman en conjunto un solo cuerpo, como si fuesen una persona; así como cuando un órgano del cuerpo está enfermo, todos los otros órganos del cuerpo responden a sus quejas poniéndose febriles, así también todo fiel creyente, cuando ve a su hermano aquejado por alguna desgracia, debe sentirla como pro-

(1) *Fotuhat*, IV, 596, 601, 716-8.

pia y condolerse de su dolor. Si el creyente no hace esto con los demás creyentes, es que la hermandad de la fe no existe entre ellos realmente. Dios ha establecido la hermandad entre los creyentes como entre los miembros del cuerpo humano." "Trata con consideración a todo muslim en cuanto tal y sin establecer diferencia entre ellos, como tampoco la establece el islam. Ni digas: "Este es persona de autoridad, de posición elevada, de fortuna, este es grande, y este otro es pequeño, pobre y vil." No desprecies al pequeño ni al grande. Antes bien, considera al islam como una sola persona y a los musulmanes como si fueran los miembros de esa persona. Porque así es, efectivamente, pues el islam no tiene realidad sino por los musulmanes, como el hombre no tiene realidad sino por sus miembros y potencias, así exteriores como interiores." "¡Oh, Señor Nuestro! Ayúdanos contra el pueblo de los infieles!"

26. *Regresa a Conia.*

Movido, sin duda, por las continuas invitaciones de Caicaus I, Abenarabi decidió abandonar a Bagdad para ir de nuevo a su Corte y dirigir allí personalmente su política anticristiana; pero no parece que el viaje fué directo, pues el año 611 (1214 de J. C.) vémosle todavía en Meca entregado a sus ejercicios habituales de devoción en la Caaba y redactando un comentario de su *Turchumán al-axwac* para acallar los rumores de los alfaquíes y teólogos que censuraban, escandalizados, el tono sensual de aquellas poesías eróticas, cuyo sentido místico no alcanzaban, atribuyendo a su autor una psicología sexual contraria a la realidad atestiguada por la vida y las explícitas declaraciones de Abenarabi (1).

"La causa que me movió a redactar este comentario alegórico de mis canciones fué que mis hijos espirituales, Béder el Abisinio e Ismael Bensudaquín, me consultaron acerca de ellas. Y esto, porque ambos habían oído a algunos doctores moralistas, en la ciudad de Alepo, que se negaban a reconocer que en mis canciones se ocultasen misterios teológicos y añadían que el maestro (es decir, Abenarabí) pretendía (afirmando eso) ocultar (su amor sensual) por la fama que tenía de santidad y devoción. Comencé, pues, a comentarlas, y una parte de este comentario la leyó, bajo mi dirección, el cadí Benaladim, a presencia de unos cuantos moralistas. Y cuando lo hubo oído leer uno de aquellos que habían rehusado darme crédito, se arrepintió ante Dios y rectificó el malévolo juicio que había formado de los poetas místicos, de sus frases galantes y de sus canciones eróticas, con las cuales tratan de expresar misterios teológicos. Impúseme entonces la tarea

(1) *Dajair*, 4.

de redactar por completo estas páginas, comentando todas las canciones galantes que había yo compuesto en la Meca, durante mi estancia en la Ciudad Santa, los meses de *recheb, xaabán* y *ramadán,* aludiendo a intuiciones trascendentales, a luces divinas, a misterios espirituales, a ciencias filosóficas y a amonestaciones morales. Y si para expresar todo esto me serví del lenguaje propio de las poesías galantes y amorosas, fué porque los corazones de los hombres, aficionados como son a tales galanterías, habrían de sentirse así más atraídos a escuchar mis canciones, escritas en la lengua misma de los poetas graciosos, espirituales y delicados."

"Una colección de rimas de este género, que escribimos en Meca, titulada *Intérprete de los amores,* la hubimos de comentar en otro libro llamado *Tesoros de los amantes,* a causa de la opinión de ciertos moralistas de Alepo, los cuales rehusaban admitir que cuanto en las rimas del *Intérprete* decíamos significase tan sólo intuiciones divinas y cosas semejantes (1)."

"Yo he sido el hombre más abominador de las mujeres y del comercio sexual, en los comienzos de mi vida religiosa, y así continué cerca de 18 años, hasta que llegué a la experiencia de este grado místico. Antes tenía yo miedo de incurrir en la ira de Dios en esta materia; pero cuando advertí lo que en la tradición de Mahoma se dice, a saber, que Dios le hizo amables las mujeres y que él no las amaba por inclinación natural, sino tan sólo porque Dios le hacía amarlas, entonces tuve miedo de incurrir en la ira de Dios por odiar lo que El hizo amar al Profeta, y cesó en mí, gracias a Dios, aquel mi estado de ánimo, y Dios me las hizo tan amables, que hoy soy yo el más tierno amador de las mujeres y el que con más cariño las trata; y esto, porque sé ya de cierto a qué atenerme en esta materia; pero ese cariño nace de que Dios me hace amarlas y no de amor físico o natural (2)."

Antes de esta visita a Meca, o antes de alguna de las anteriores, debió también hacer la peregrinación a los lugares santos de Medina y Jerusalén, aunque no puede precisarse la fecha. Sin embargo, no debió ser después del 626 (1228 de J. C.), año en que cayó Jerusalén en manos de los cruzados, pues Abenarabi alude a esta ciudad al recomendar en su *Fotuhat* (como ya hemos visto) que se abstenga todo muslim de visitar países sometidos a las armas cristianas. Parece, pues, lo más probable suponer que visitase dichos lugares santos, antes de entrar en Meca el 598 (1221 de J. C.) (3).

---

(1) Cfr. *Fotuhat,* III, 735.

(2) Cfr. *Fotuhat,* IV, 106.

(3) *Fotuhat,* I, 12: "Cuando llegué a Meca, madre de las ciudades, después de visitar... y hacer la oración en la Mezquita *Asajra* de Jerusalén..."

Al llegar Abenarabi a los dominios del rey Caicaus I, supo que había abandonado su corte para poner sitio a la ciudad de Antioquía. Era el mes de *ramadán* del año 612 (diciembre de 1215 de J. C.), y Abenarabi se hallaba en Siwas. Una de aquellas noches, preocupado con el éxito de aquella expedición guerrera, Abenarabi soñó que la victoria coronaba los esfuerzos de Caicaus y que Antioquía caía en su poder. Púsose en marcha hacia Malatía y desde allí dirigió a Caicaus una epístola en verso comunicándole de parte de Dios sus felices augurios respecto de la conquista de Antioquía. Veinte días después de su visión, el día de la pascua, Antioquía era, efectivamente, conquistada (1).

"Estando yo en Siwas, durante el mes de *ramadán*, y en ocasión en que el sultán Algálib sitiaba a Antioquía, vi en sueños como si éste plantase las balistas frente a la ciudad y comenzase a lanzar contra ella sus proyectiles y fuese muerto el jefe que mandaba la plaza. Esta visión la interpreté yo en el sentido de que los proyectiles lanzados por las máquinas de guerra eran símbolo del feliz éxito de sus planes y de la afortunada realización de sus proyectos, es decir, que el sultán conquistaría aquella ciudad con la voluntad de Dios. Y efectivamente fué así como yo lo había previsto en mi sueño (¡loado sea Dios!), pues la conquistó el día de la ruptura del ayuno de *ramadán*, es decir, veinte días después de mi visión. Ocurrió esto el año 612. Antes de que la conquistase el sultán, yo le había escrito desde Malatía unos versos en los que le refería mi ensueño y le recordaba a este propósito lo que dijo el Profeta cuando vió en sueños al Angel Gabriel que le presentaba a Aixa (antes de que se hubiese casado con ella) y le decía: "Esta será tu esposa", y cómo el Profeta, al despertar, exclamó: "¡Si esta visión viene de parte de Dios, se cumplirá de seguro!" Yo le decía al sultán en mis versos eso mismo, siguiendo el ejemplo del Profeta. Y en efecto, mi visión venía de Dios y el sultán conquistó Antioquía, lo mismo que el Profeta se desposó con Aixa."

27. *Estancia en Alepo.*

No fué sólo el rey Caicaus el que distinguió a Abenarabi con su veneración; otros sultanes de los distintos reinos en que se desmembró el imperio de Saladino colmáronle también de honores. Entre ellos, Almálic Adáhir Baibar, señor de Alepo hasta el año 613 (1216 de J. C.) en que murió, distinguióse por la absoluta confianza que depositó en Abenarabi. Tenía éste,

(1) *Mohadara*, II, 180.

por aquellos años, casa propia en su corte, y era tal la seguridad que en su influencia tenían los habitantes de Alepo, que a él recurrían todos cuantos necesitaban obtener alguna gracia del rey. Este iba con frecuencia a visitar a Abenarabi en su propia casa, y entonces recomendábale nuestro místico todas las peticiones que le hacían. Ocasión hubo en que el rey despachó favorablemente ciento diez y ocho de estas solicitudes, entre las cuales había una en favor de un reo de alta traición, acusado de haber revelado un secreto de Estado (1).

"Tuve yo una audiencia con un rey, el de Alepo, es decir Almálic Adáhir Gazi, hijo del rey Anásir Lidinilá, Saladino, Yúsuf b. Ayub. En esa sola audiencia (tenida con ocasión de haber venido él a visitarme) elevé a él ciento diez y ocho solicitudes en favor de particulares. Todas las atendió y satisfizo. En una de ellas le hablé en favor de un hombre que había divulgado un secreto de Estado y héchose por ello reo de lesa majestad. Era este hombre uno de sus cortesanos, y por eso el rey había decidido condenarlo a muerte, aunque encargando a su virrey del castillo, Bedrodín Aydomur, que ocultase su propósito, a fin de que no llegase a mi noticia. Pero había llegado, a pesar de todo, y cuando yo le hablé de ello, bajó su cabeza en silencio y acabó por decirme: "¡Si supieses, señor, el crimen de ese hombre, y que se trata de uno de esos pecados que los reyes no podemos dejar impune!" Yo le repliqué: "¡Oh tú, que te imaginas abrigar designios dignos de rey y que te crees ser sultán! Por Alá te digo que yo no conozco en este mundo pecado alguno que equivalga en magnitud a mi misericordia, y eso que yo no soy más que uno de tus súbditos! ¿Cómo, pues, podrá equivaler a la misericordia tuya el crimen de un hombre que no ha transgredido precepto alguno de la ley de Dios? ¡En verdad que tus designios son bien poco magnánimos!" Cubrióse de rubor el sultán al oirme y concedió a aquel hombre la libertad y el perdón, añadiendo: "¡Dios te premie por tu consejo! ¿Quién mejor que tú será digno de aconsejar a los reyes?" Y desde entonces, jamás elevé a él petición alguna, fuese la que fuese, sin que me la otorgase de repente y sin vacilar ni un momento."

Su influencia llegó hasta suplantar la de los cortesanos y, lo que es más admirable, la de los alfaquíes. Odiaba a éstos Abenarabi con toda su alma, participando, en este odio, del espíritu de todos los sufíes, que se rebelaron siempre contra la hegemonía absorbente del clero oficial, rutinario y formalista defensor de una religión muerta, cuyos preceptos interpretaban con gran rigidez para los súbditos y con gran laxitud para sí pro-

(1) *Futuhat*, IV, 699.

pios y para los sultanes. Eso sin contar con el escepticismo y las burlas de los alfaquíes respecto de las doctrinas místicas de los sufíes. Abenarabi consiguió convencer tan profundamente de esto al rey de Alepo, que en el *Fotuhat* nos refiere extensamente una conversación que tuvo con él, en la cual el rey acusaba a los alfaquíes de su corte de haberle autorizado oficialmente para realizar un sinnúmero de acciones ilícitas, y hasta para dejar de ayunar en el mes de *ramadán* (1).

"Cuando las pasiones dominan el corazón del hombre, aunque éste sea un sabio alfaquí, abandona el camino recto en las cosas que la revelación evidentemente ordena, para desviarse hacia las interpretaciones tortuosas y alegóricas de la ley divina, sólo con el propósito de granjearse así la privanza de los príncipes adulándoles, dando rienda suelta a sus pasiones y procurando para ello demostrarles que estas pasiones pueden satisfacerse dentro de la ley, por más que el alfaquí que así le aconseja esté bien convencido de la falsedad de sus propias decisiones canónicas. Muchos alfaquíes y cadíes he visto conducirse de esta manera. El rey Adáhir Gazi, hijo del rey Anásir Saladino, Yusuf b. Ayub, refirióme lo siguiente en una conversación que sobre esta materia mantuvimos. Llamó de pronto a un mameluco y le dijo: "Tráeme la cartera." Yo le dije: "Y ¿para qué?" El me respondió: "Tú me reprochas y echas en cara las muchas cosas ilícitas e injustas que en mi país y en mi reino acaecen. Pero ¡por Alá te juro! que yo pienso lo mismo que tú piensas, es decir, que todas esas acciones son desagradables para Dios. Sin embargo, yo te aseguro también, señor mío, que ninguna de esas acciones reprobables ha sido ejecutada sin que de antemano haya poseído yo la decisión canónica de un alfaquí, escrita de su puño y letra, autorizándolas como lícitas. Sobre ellos, pues, debe caer la maldición de Dios. Uno de esos alfaquíes, fulano de tal (y designó por su nombre a uno de los más religiosos y austeros de su reino), me dió autorización canónica para no ayunar durante el mes de *ramadán*, diciéndo que la obligación de precepto consistía en ayunar un mes cualquiera del año, siendo potestativo en mí el elegir uno u otro. Yo en mi interior le maldije, aunque sin manifestarle lo que de él pensaba." Y al decir esto el sultán, volvió a nombrarme a aquel alfaquí. ¡Dios tenga misericordia de todos ellos!"

"Algunos fieles (2), especialmente los alfaquíes, se ríen en este mundo de los hombres de Dios; cuando ven cómo las gentes del vulgo se hacen lenguas de las gracias con que Dios regala a las almas de los hombres de Dios, se ríen de éstos, y aunque exteriormente aparentan admitir como verdad lo que les oyen, por dentro sienten todo lo contrario... Cuando pasan junto a ellos, se hacen guiños de inteligencia en tono de burla. Así es como yo veo que obran los alfaquíes de estos tiempos con

(1) *Fotuhat*, III, 91.
(2) *Fotuhat*, IV, 627.

los hombres de Dios: se burlan de ellos y se ríen, aunque exteriormente les dan muestras de respeto."

"Yo oí a un alfaquí de nuestra época que decía (1): "Si yo llegase a ver con mis propios ojos uno de estos fenómenos maravillosos realizado por alguien, diría que una perturbación orgánica había sobrevenido a mi cerebro. Porque creer que realmente tal fenómeno acaezca, de ninguna manera. Eso, a pesar de que a mi juicio es perfectamente posible que Dios permita que tales fenómenos se realicen por mano de las personas que a El le plazca." Mira, pues, hijo mío, ¡cuán espeso velo es el que ciega a estos tales y cuánta es su incredulidad e ignorancia!"

El sultán de Hims (Emesa), Asadodín Xircuh, que murió el año 637 (1239 de J. C.), siguió también el ejemplo de sus vecinos del norte, pues queriendo asegurar la subsistencia de Abenarabi, que nada quería poseer en propiedad, le asignó una pensión diaria de cien monedas de plata; pero el ascetismo de Abenarabi encontró el medio de privarse de ella dándola de limosna (*Fotuhat,* I, 9).

28. *Su salud se quebranta.*

Este ascetismo exagerado a que Abenarabi se entregó desde su juventud, siguiendo en todos los casos las más estrechas y rudas prácticas del sufismo, los viajes incesantes que hizo para cumplir con su profesión de peregrino, su permanencia bastante larga en los climas poco benignos de la Armenia, aparte de su continua labor y estudio para la redacción de sus libros, cuyo número pasa de 400, al decir de sus biógrafos, debieron quebrantar su salud notablemente al llegar a esta última etapa de su vida. Síntomas no dudosos existen, además, los cuales revelan que su complexión no era muy vigorosa. Los innumerables fenómenos anormales que experimentó en su vida y que él describe minuciosamente en su *Fotuhat,* interpretándolos siempre, según hemos visto, como efectos sobrenaturales de la unión mística, tienen todos los caracteres patológicos de cierto desequilibrio mental. El mismo confiesa alguna vez que su cerebro no funcionaba con la normalidad del hombre sano, al escribir sus obras, y que éstas no estaban redactadas conforme a los métodos lógicos corrientes entre los escritores, porque él no

(1) *Mawaqui,* 83.

podía sustraerse al imperioso influjo de la inspiración divina que le dictaba cuanto debía consignar y omitir en sus obras, coartándole la libertad de elección (1).

"Aunque esta materia no sea propia de este capítulo, la trato porque así me lo imponen las órdenes de mi Señor, que yo he de cumplir fielmente. Porque yo no hablo sino por licencia de Dios. Y así mismo, no me detengo sino ante el límite que se me señala. Esta obra, efectivamente, lo mismo que todas las nuestras, no sigue el método corriente de las obras de los demás, como tampoco seguimos nosotros en ella el método ordinariamente empleado por los autores de otros libros cualesquiera. Todo autor, en efecto, escribe bajo el imperio de su libre albedrío (aunque dicho se está que su libertad está sometida al decreto de Dios) o bajo la inspiración de la ciencia que especialmente posee. Desecha, por consiguiente, lo que quiere y elige lo que bien le place; o encuentra tan sólo lo que su propia ciencia le ofrece y la cuestión que está tratando le sugiere para ponerla en evidencia. En cambio, nosotros en nuestras obras no procedemos de esa manera. Nuestros corazones se limitan a permanecer inmóviles ante las puertas de la Majestad divina, espiando el momento en que esas puertas se abran al corazón, que por sí mismo nada posee, pues es pobre y está vacío de todo conocimiento. Si en aquel estado se le preguntase al corazón alguna cosa, ni siquiera oiría la pregunta, porque entonces hasta carece de sensibilidad. Pero tan pronto como a través de aquel velo se le revela de improviso alguna cosa, el corazón se apresura obediente a someterse a la inspiración recibida, acogiéndola tal y como le ha sido comunicada. A veces, la cosa revelada es de naturaleza completamente heterogénea respecto de las verdades del orden natural y corriente, que la razón discursiva y la ciencia exotérica o vulgar pueden conocer, y carece, por tanto, de toda analogía o relación evidente con lo que los sabios profanos entienden, aunque tenga con ello en el fondo una secreta relación que tan sólo los místicos iluminados por Dios son capaces de descubrir. Todavía hay algo, a mi juicio, más raro y extraordinario que todo esto, y es que, a veces, se le revelan a este corazón cosas que se le manda que las escuche, por más que en aquel momento no sea capaz de conocerlas, porque así lo ha dispuesto la Divina Providencia en sus ocultos designios, que las criaturas no pueden penetrar. Por esta razón, el autor que escribe al dictado de la inspiración divina consigna a veces cosas que no tienen relación con la materia de aquel capítulo de que está tratando y que a los oídos del lector vulgar suenan como interpolación de tema incoherente, si bien para nosotros pertenecen al alma misma de aquel capítulo, aunque sea bajo un aspecto que los demás ignoran. Es algo así como la paloma y el cuervo que, por estar cojos ambos, se juntasen y aunasen mutuamente, sosteniéndose ambos con el único pie sano de que cada cual dispone."

"En esta cuestión (2) existe cierta discrepancia entre los autores de física racional, que el Filósofo [Aristóteles] refiere en el *Libro de los*

(1) *Fotuhat*, I, 74.
(2) *Fotuhat*, I, 70.

Elementos, aunque no trae nada que satisfaga al investigador. Esto no lo he averiguado por haber leído yo la ciencia física con maestro alguno de esta ciencia, sino tan sólo porque un amigo mío entró una vez a mi habitación trayendo en la mano dicho libro (pues se dedicaba al estudio de la medicina) y me pidió que se lo explicase con arreglo al criterio de nuestra ciencia mística y no según el criterio sacado de la especulación racional y del estudio. Leyólo, pues, entonces ante nosotros y así es como me enteré de aquella discrepancia a que arriba aludo. Por eso la conozco nada más, pues, de no habérselo oído leer, no sabría yo si algún autor de física discrepa o no de los otros en cuanto al número de los primeros principios o cuerpos simples. A nuestro juicio, en efecto, no hay en esta cuestión más doctrina que una, que es la verdadera, sin discrepancia alguna, porque Dios, que es la Verdad, y de quien aprendemos las ciencias con un corazón vacío de todo razonamiento y dispuesto a recibir sus inspiraciones, es el que nos ha comunicado la solución fundamental del problema sin vaguedades ni dudas. Así es como conocemos intuitivamente las esencias reales, como ellas son en sí, tanto cuando se trata de las esencias simples o elementales, como cuando se trata de las que comienzan a existir por composición entre aquéllas, como cuando se trata de las esencias divinas. En ninguno de estos tres casos dudamos jamás. Tal es el origen de que dimana nuestra ciencia. Dios es nuestro maestro, por enseñanza profética, infalible, exenta de todo error, vaguedad y engañosa apariencia.

"Baste con lo dicho sobre el tema de este capítulo (1), porque después de haber deseado ya dejar de consignar aquí lo que de nuevo se nos había revelado por Dios... y que eran en verdad cosas enormes y terribles, arrojamos de nuestras manos el cuaderno, en el momento de recibir esta nueva iluminación, y huímos a refugiarnos en el mundo exterior para que se ocultasen a los ojos del alma esas nuevas iluminaciones. Y cuando, al segundo día, volvimos a redactar, ya era menor el deseo de tratar de aquellas iluminaciones."

Una de sus obras, titulada *Al-Hicma al-ilhamía* (Sabiduría inspirada) y que es una refutación de los peripatéticos, hecha al estilo del *Tehâfot* de Algazel, fué redactada por Abenarabi en estas condiciones anormales. En su prólogo dice que "después de haber comenzado a escribirla, enfermó de cefalalgias y de debilidad cerebral" y añade que "esta dolencia le aprovechó grandemente, porque no permitiéndole meditar sobre aquellos problemas físicos y metafísicos, inspiróle Dios la verdadera solución de ellos sin especulación alguna de su parte" (2).

---

(1) *Fotuhat*, I, 82.

(2) Mss. núms. 1514 y 1515 de la Biblioteca de Leyden. Cfr. *Catalogus codic. orient. Bibliothecae Academiae lugduno-batavae, auctoribus P. de Jong et M. J. de Goeje* (Lugduni, Brill, 1865), vol. III, pág. 362.

29. *Fija su residencia en Damasco.*

La agravación de estas dolencias al entrar en la senectud debió, pues, impulsarle a buscar climas más templados, bajándose al corazón de la Siria, que él pondera (1) como la mejor tierra del mundo para vivir. Por otra parte, el sultán de Damasco quería también tener cerca de sí a aquel hombre extraordinario cuya fama era ya universal en todo el oriente y que sólo era emulada por otro sufí contemporáneo, Omar Benalfárid, el célebre poeta místico de Egipto. Lo cierto es que desde el año 620 (1223 de J. C.), es decir, a los sesenta años de edad, Abenarabi fijó su residencia en Damasco, que ya no debió abandonar hasta su muerte.

Ocupaba en aquella fecha el trono de Damasco Almálic Almoádam, hijo de Almálic Aládil, y que murió el año 625 (1227 de J. C.). Sus relaciones con Abenarabi fueron igualmente las del discípulo con su maestro, pues consta que obtuvo de él autorización oficial o licencia escrita (*ichaza*) para enseñar todas sus obras, que ya entonces pasaban de 400 (2). No había, sin embargo, terminado aún la redacción de todas ellas, pues, a lo menos, tres de las principales llevan fecha posterior: el *Fosús*, el *Fotuhat* y el *Dizván*.

30. *Publica el "Fosús" y el "Fotuhat".*

Cierta exacerbación de su iluminismo échase de ver en este último período de su vida, reflejándose en dichas tres obras. Algún tiempo consagrado a la vida eremítica, en un desierto fuera de Damasco, debió contribuír a ello (3). Las visiones y

---

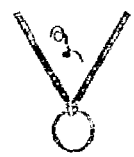
(1) *Fotuhat*, IV, 649: "Si puedes residir en la Siria, hazlo, pues del Profeta consta que dijo: "Marchad a vivir en Siria, que es la mejor tierra de Dios y la que prefieren los mejores de sus siervos."

(2) *Fotuhat*, I, 7 de la biografía: "En la *ichaza* que escribió Abenarabi para Almálic Almoádam he visto que dice al fin: "Doyle también licencia para que enseñe mis obras, que en total son las siguientes." Y a continuación las enumera hasta llegar a cerca de 400.'

(3) *Mohadara*, I, 117: "Estando yo en el desierto de Taimá, aislado de las gentes, compuse este verso: "El amigo de Dios, el que no tiene

apariciones se multiplican, con caracteres de una anormalidad extraordinaria. Una noche del mes de *rebía 2.º*, de 627 (1229), sufre una alucinación visual agudísima: sobre un fondo de luz roja aparece a sus ojos una figura geométrica de luz blanca rodeando al nombre *houa* (él), que expresa para los sufíes la esencia individual de Dios. A su vista real y sensible, Abenarabi cae en un deliquio extático (1).

"En la noche en que yo redacté este capítulo (que fué la noche cuarta del mes de *rebía* postrero, del año 627, la cual coincidió con el miércoles 20 de febrero) vi en el éxtasis la esencialidad individual de Dios por modo intuitivo, su apariencia exterior y su intrínseca realidad, como jamás la había visto en ninguna de mis anteriores intuiciones; y por causa de esta intuición me sobrevino tan extraordinaria ciencia, deleite y gozo, que sólo quien personalmente la experimentase podría apreciarla. Y lo mejor de esta visión es la imposibilidad, que yo encuentro en mí, de desmentirla, disminuirla o aumentarla. Su figura la he puesto por ejemplo al margen, tal como fué. El que la copie, que no la altere:



La figura era de luz blanca sobre fondo rojo, también luminoso... y se movía dulcemente en sí misma (yo lo vi y me di perfecta cuenta) sin trasladarse de lugar ni experimentar alteración en su estado y cualidad."

A fines de *moharram* de aquel mismo año aparécesele el Profeta y le entrega un libro, titulado *Fosús al-Hícam* (Piedras preciosas de las ciencias), ordenándole que lo publique y comunique a los hombres para su perfección mística (2).

"Yo vi al Profeta en sueños, en la última decena del mes de *moharram* del 627, en la ciudad de Damasco. Traía en su mano un libro y me dijo: "Este es el libro de las *Piedras preciosas de las ciencias*. Tómalo y sácalo a la luz pública, para que de él se aprovechen las gentes." Yo le contesté: "Oigo y obedezco a Dios y a su Profeta, pues yo soy de aquellos a quienes Dios y su Profeta encomiendan la ejecución de sus órdenes." Dispúseme, pues, a realizar los deseos del Profeta, que eran

---

otro amigo que El Misericordioso, con El conversa en la intimidad. Una y otra vez lo trae a su memoria y llora, cuando se encuentra solo, sin la preciosa joya de su Amado."

(1) *Fotuhat*, II, 591.

(2) *Fosús*, 4.

también los míos, y con intención pura y despojándome de toda finalidad profana, emprendí la tarea de dar a luz este libro, tal y como el Profeta me lo describió, sin añadir ni quitar de él cosa alguna. A Dios pido que en la redacción de este libro lo mismo que en todos los momentos de mi existencia me conceda ser del número de aquellos de sus siervos sobre quienes Satán ningún dominio ejerce, y que, en todo cuanto mi mano escriba y mi lengua pronuncie y mi corazón conciba, Dios me distinga con su sobrenatural inspiración y con el soplo de su espíritu que al infundirse en mi alma la ayude con el don de su infalibilidad, a fin de que, siendo yo en este libro un mero intérprete de la divina inspiración y no un autor que sigue sus personales opiniones, puedan estar seguros todos cuantos lo lean, si son de los hombres de Dios, de los limpios de corazón, de que este libro es fruto exclusivo de la intuición de Dios, pura y exenta de todas aquellas humanas concupiscencias, capaces de inducir al error a las almas. Yo espero que Dios, que oye mis súplicas, atenderá mi ruego, y así no diré sino aquello que Dios me haya inspirado ni consignaré en este libro escrito sino lo que El me haya revelado. Y conste que yo no soy ni un profeta ni un enviado de Dios. Tan sólo soy un heredero de los profetas y un labrador que cultiva el campo de su vida futura. Escuchad, pues, a Dios, no me escuchéis a mí, y volved hacia El vuestros oídos. Y cuando hayáis oído lo que os traigo de parte de Dios, procurad conservarlo en la memoria, para que después podáis con vuestra inteligencia analizar lo que en síntesis esté dicho y reducir a síntesis lo que en forma analítica esté expresado. Y luego comunicadlo generosamente a todos cuantos lo deseen conocer, sin ponerles obstáculo. Porque siendo estas verdades que se os revelan un efecto de la divina misericordia, que ha sido infinita para con vosotros, no debéis tampoco vosotros poner límites a su difusión."

Es este libro uno de los que más han contribuído a cimentar la fama de Abenarabi como escritor apocalíptico entre los sufíes. En él expone las más abstrusas paradojas de su panteísmo en forma de revelaciones, que sucesivamente atribuye a la enseñanza de los veintisiete principales profetas que la religión musulmana admite, comenzando por Adán y acabando por Mahoma. Sobre este libro se ha publicado una copiosísima literatura sufí: desde la vida misma de Abenarabi, cuyo discípulo El Conauí compuso ya un comentario a dicho libro, hasta los comienzos del siglo XVII de nuestra era, no han cesado los más famosos sufíes del Oriente en comentar con todo género de sutilezas las audaces tesis del *Fosús*, para vindicar la ortodoxia de Abenarabi contra la acusación de otros sufíes no menos autorizados, como El Taftazani (791=1389) y El Cari al Haraui (1014=1605), que las tachaban de panteísmo.

En cuanto a su *Diwán,* debió componerlo después del año 631 (1232 de J. C.), pues una de sus poesías lleva esa fecha (1). El mismo tono de exaltación mística se revela en todas las composiciones que encierra. A diferencia del *Turchumán,* cuyo simbolismo erótico da a todos sus versos un tono personalísimo de realidad concreta y viva, las poesías del *Diwán* son frías y amaneradas, abundan en retruécanos y paradojas y su tecnicismo metafísico les quita toda inspiración y vida.

Por aquellos años también debió empezar ya a dar la última mano a su obra maestra, el *Fotuhat,* cuya redacción no es posible admitir que fuese obra de un limitado período de su vida, atendido el extraordinario volumen de aquélla. El año 628 (1230 de J. C.) estaba ya en efecto escribiendo el principio de su cuarto tomo (IV, 105), y, sin embargo, consta también que en el año 634 (1236 de J. C.) redactaba aún el fin del tomo segundo, y al año siguiente, el tomo tercero (II, 895 y III, 446). Estas incoherencias sólo pueden conciliarse suponiendo que a su redacción definitiva precedieron otras a título de esbozos o borradores. Es preciso además pensar que esta obra es como la *summa* o compilación de todos sus libros: puede afirmarse, en efecto, que la materia de todos ellos, incluso los poéticos, caben sin dificultad en las cuatro mil páginas que próximamente encierra la edición del *Fotuhat.*

En cuanto al motivo que le impulsó a escribir esta su obra definitiva, existen datos seguros y auténticos. En su prólogo (*Fotuhat,* I, 12) dice expresamente que, después de haber visitado Jerusalén y Medina, y haber llegado a Meca por vez primera, fijó Dios en su mente la idea de dar a conocer a sus íntimos amigos, Abumohámed Abdelaziz, de Túnez, y Abdalá Béder el abisinio, las varias intuiciones con que Dios habíale regalado en los éxtasis y raptos que experimentó al dar las vueltas rituales en derredor de la Caaba y, en general, durante su permanencia en Meca. De aquí su título *al-Fotuhat al-mequía fi maarifat al-asrar al-maliquía wal-molquía* (Las Re-

(1) *Diwán,* 144, 146.

velaciones de Meca acerca del conocimiento de los misterios del Rey (Dios) y del reino (mundo).

Una visión portentosa habíale además suministrado el prólogo que debía poner a esta su obra monumental. Una noche, en sueños, ve a Mahoma rodeado de todos los profetas, ángeles, santos y doctores del islam. El Profeta le invita a que ocupe su propio *almimbar* o púlpito, invístelo con blanca túnica, y Abenarabi pronuncia un largo sermón, inspirado por el Espíritu Santo. Este sermón es el prólogo del *Fotuhat* (I, 3-7).

Imposible es dar idea sintética del inmenso contenido de esta *biblia* del esoterismo musulmán, porque así como en los libros peripatéticos y escolásticos del islam existe un plan rigurosamente lógico, en las obras sufíes y especialmente en las de Abenarabi los temas menos homogéneos encuéntranse unidos dentro de un mismo capítulo, sin obedecer a trabazón sistemática exigida por la naturaleza de las materias, sino exclusivamente a razones esotéricas, sin fundamento filosófico ni aún teológico.

Una larga introducción encierra los teoremas teológicos, psicológicos y metafísicos de Abenarabi, enunciados simplemente, casi sin demostración ni ampliación alguna. Parte de esta introducción es la reproducción literal de dos opúsculos de Abenarabi: el titulado *Risalat al-maalum min acáid ahl al-rosum,* que es un catecismo de la fe ortodoxa para gente más instruída que el vulgo de los fieles, y el titulado *Al-Maarifa,* que es ya un epítome de las más altas tesis de su metafísica, a propósito únicamente para los iniciados en el esoterismo (1).

La obra se halla luego distribuída en seis partes (*fasl*) generales, cuyos títulos son: 1.ª, los conocimientos intuitivos (*maárif*); 2.ª, los procedimientos ascéticos (*moamalat*); 3.ª, los estados extáticos accidentales (*ahwal*); 4.ª, los grados de perfección mística (*manázil*); 5.ª, las uniones mutuas del alma con Dios (*monazalat*), y 6.ª, los estados extáticos definitivos (*macamat*). En conjunto, la obra contiene 560 capítulos (*abwab*), a cada uno de los cuales

(1) *Fotuhat*, I, 47. Cfr. Ms. núm. 1338² de la Bibl. de París.

precede, como prefacio, una poesía de varia extensión y que no es siempre coherente con el tema del capítulo (1).

"Conviene que sepas que este poema y todos los que van al principio de cada uno de los capítulos de este libro no tienen por objeto resumir la materia que luego se desenvuelve pormenorizada en la prosa del capítulo, ni tratar de ella. Antes bien, el verso por sí mismo es una parte del texto del capítulo mismo y no una repetición inútil de lo que después del verso ha de venir. Considérese, pues, al verso, lo mismo que a la prosa, como elemento necesario para la inteligencia del tema de cada capítulo. En el verso, efectivamente, se tocan problemas del capítulo, que luego no se tratan en la prosa."

El enorme volumen de este libro (al cual Abenarabi, sin embargo, no otorga más valor que el de una simple y compendiosa epístola) ha hecho que su vulgarización fuese menor que la del *Fosús* (2).

"A pesar de la longitud y extensión de este libro, no obstante la multitud de sus partes y capítulos, no hemos agotado en él ni uno solo de los pensamientos o ideas que tenemos acerca del método sufí. ¿Cómo, pues, habríamos agotado la materia entera? Hemos limitado nuestra labor a poner en claro brevemente algo de los principales fundamentos en que el método se basa, en forma compendiosa pero intermedia entre la vaga alusión y la plena y clara explicación."

"Este libro mío lo compuse, mejor diré, hízolo Dios, que no yo, para provecho de la humanidad, pues todo él es una revelación de Dios. En él he procedido compendiosamente."

A pesar de ello, existe de esta obra un *Comentario,* debido al famoso sufí Abdelcarim el Chilaní (820=1417), el autor del apocalíptico libro *Al-Insán al-cámil* (El hombre perfecto), y un *Compendio,* titulado *Lawaquih al-anwar al-codsía* (Plenitudes de las luces santas), debido al no menos célebre teósofo Axarani (973=1565), que todavía lo redujo a menor volumen en su *Al-Quibrit al-ahmar* (El azufre rojo).

31. *Otros libros.*

Es imposible asignar fecha precisa a todos los libros que dió a luz la fecunda actividad de Abenarabi; pero no será aventurado atribuír también a esta última época de su vida muchos de

(1) *Fotuhat,* II, 879.
(2) *Fotuhat,* II, 502; IV, 93.

los más importantes, no citados aún, y que no deben faltar en una biografía del gran teósofo murciano. Del mismo género que el *Fotuhat,* juzgando sólo por sus títulos, son el *Fotuhat al-madanía* (Revelaciones en Medina), el *Tanazolat al-mausilía* (Iluminaciones en Mosul) y el *Tach al-rasail* (Corona de las epístolas), en los que refiere las doctrinas esotéricas que Dios le comunicó en Medina, Mosul y Meca, las cuales Abenarabi conservaba escrupulosamente en notas manuscritas que tenía la costumbre de tomar casi a diario, a fin de no fiarlas sólo a la memoria, como ya dijimos antes.

En otros dos libros, el primero de ellos escrito en 632 (1234 de J. C.), desenvolvió extensamente su teoría del hombre-microcosmos. Son los titulados *Ancá mógrib* (El pájaro mítico) y *Tadbirat al-ilahía* (Política divina).

Entre sus escritos exegéticos, son dignos de mención también dos: el titulado *Tafsir al-cabir* (Gran comentario) del Alcorán, que no pudo terminar, y el conocido con el título *Tafsir al-Xeij al-ácbar* (Comentario del Doctor Máximo) que es una exégesis acomodaticia del Alcorán, inspirada en un esoterismo desenfrenado.

Al género puramente ascético deben referirse sin duda el opúsculo *Tohfat al-safara* (Regalo del viaje místico) y el titulado *Al-amr al-móhcam* (El precepto taxativo), que es un resumen preciso de las reglas que deben observar los que profesan vida religiosa.

Finalmente, su *Mohadarat al-abrar* (Conversación de los justos), que debió ser escrita por Abenarabi después del 623 (1226 de J. C.), pertenece al género de las misceláneas literarias, aunque siempre dentro del carácter ascéticomístico de todos sus libros (1).

32. *Sus últimos días.*

El reposo material y la tranquilidad de espíritu que gozó en Damasco, prolongaron sus días, que se deslizaron ya plácidamen-

(1) *Mohadara,* I, 35: "El año 623 murió el califa Mohámed El Dáhir Biamrilá en el mes de *recheb,* durando su califato nueve meses. Sucedióle su hijo Almostánsir Abucháfar Almansur, conocido por Alcadi. ¡Conserve Dios su vida! Este es el califa ahora, cuando redacto esto."

te, rodeado de su familia y colmado de toda clase de honores y respetos. El sultán Almálic aláxraf, hijo de Almálic aládil, honróse, como su antecesor, en seguir personalmente las lecciones de Abenarabi y de recibir de sus manos la licencia oficial (*ichaza*) para enseñar todas sus obras, tres años antes de morir, en 632 (1234 de J. C.) (1). El cadí supremo de los xafeíes, Xamsodín Ahmed el Jaulí, púsose al servicio de Abenarabi como verdadero criado, en prueba de veneración y para aprovecharse más fácilmente de sus luces y ejemplos. El de los malequíes quiso honrarse dándole a Abenarabi una hija en matrimonio, y además abandonó el alto cargo que disfrutaba tan pronto como Abenarabi se lo indicó (2). A todas las necesidades de su subsistencia atendía en Damasco el cadí Benazaqui, sobrenombrado Mohibodín, asignándole una pensión diaria de 30 monedas de plata y hospedándole además en su propia casa (3).

33. *Su muerte.*

Y así, trabajando siempre en la redacción de sus libros, infatigable a pesar de su provecta edad octogenaria, murió en Damasco, en la casa de su protector Benazaqui, rodeado de éste y de su familia y amigos sufíes, la noche del viernes 28 de *rebía* segundo, del año 638 (16 de noviembre de 1240 de J. C.). El mismo Benazaqui, ayudado por dos discípulos de Abenarabi, llamados Benabdeljálic y Benanahás, quiso cumplir en persona los oficios de la hospitalidad hasta el último momento, lavando y amortajando su cadáver según los ritos fúnebres del islam, y conduciéndolo fuera de Damasco al arrabal de la *Salihía* que se encuentra al Norte de la ciudad y al pie del monte *Casión* (Casius), célebre lugar de peregrinación para los musulmanes, que lo creen santificado por todos los profetas, especialmente por el Jádir.

---

(1) *Fotuhat*, I, 2 de la biogr.

(2) *Fotuhat*, I, 8 de la biogr.

(3) *Fotuhat*, I, 9 de la biogr. Sobre este cadí de Damasco, que acompañó a Saladino en la toma de Jerusalén, pronunciando en su mezquita la *jotba* o sermón ritual en los primeros oficios solemnes después de dicha conquista, Cfr. *Ibn Alathir, Chronicon*, XI, 365, y *Osaibía*, II, 240.

Allí mismo, en un mausoleo propio de la familia de Benazaqui, fué enterrado Abenarabi (1).

Dos hijos tan sólo le sobrevivieron. Uno de ellos, Sadodín Mohámed, nacido en Mitilene el año 618 (1221 de J. C.), fué excelente poeta místico y autor de un célebre *Diwán*, muriendo en Damasco el año 656 (1258 de J. C.) y siendo enterrado junto a su padre. El otro, Imadodín Mohámed, murió el año 667 (1268 de J. C.) en el Colegio de la Salihía y sepultado con su hermano y su padre (2).

Tuvo también una hija, Zeinab, favorecida con la inspiración sobrenatural ya en la infancia, según afirma el mismo Abenarabi por dos veces en su *Fotuhat* (3).

"Tenía yo una hija con la que, mamando aún (porque sólo tenía más de un año de edad y menos de dos) y sin saber hablar todavía, me puse a jugar cierto día, como acostumbra a jugar el hombre con su hijo pequeño. Sucedió, pues, que en aquel momento me vino a las mientes la ocurrencia de preguntarle, como quien juega, sobre una cuestión de moral canónica. Díjele pues: "Oye, Zeinab!" Ella se volvió hacia mí para escuchar lo que le iba a decir. Y conste que no había llegado aún a la edad de hablar. Yo le dije: "Quiero preguntarte sobre una cuestión canónica para que me des tu parecer: "*¿Quidnam dicis de viro cum uxore sua coïtum habente, sperma vero non emitente? ¿Ad quid tenetur?*" Ella me respondió con palabras claras: "*Tenetur ad ablutionem.*" Su madre y su abuela la oyeron perfectamente. Su abuela lanzó un grito y perdió el sentido."

"A mi hija Zeinab le pregunté, por jugar con ella (cuando aún estaba en la edad de la lactancia, pues tenía a la sazón un año o cosa así) y le dije en presencia de su madre y de su abuela: "¡Hijita mía! *¿Quidnam dices de viro qui cum uxore sua coïtum habeat, sperma autem non emitat? ¿Ab quid tenebitur?*" Ella me contestó: "*Tenetur ad ablutionem.*" Maravilláronse los presentes de lo que oían. Aquel mismo año me separé de esta hija, dejándola con su madre, la cual, con mi permiso, se ausentó de casa para ir a hacer la peregrinación. Yo me fuí al Irac entre tanto, con el propósito de reunirme luego con mi familia en la Meca. Al llegar al punto convenido, salí en busca de mi familia, acompañado de una turba de gentes que formaban la caravana de los peregrinos de Siria. Mi hija iba mamando de los pechos de su madre; pero así que me vió, dijo: "¡Madre! ¡Ese que viene es mi padre!" Miró la madre y me vió venir desde lejos, mientras la niña repetía: "¡Ese es mi padre, ese es mi padre!" Entonces, su tío materno me llamó y yo me dirigí hacia mi familia. Así que la niña me vió se puso a reír y precipitándose a mis brazos, comenzó a decirme: "¡Papita, papita!"

(1) *Fotuhat*, I, 10 de la biogr.
(2) *Fotuhat*, I, 10 de la biogr.
(3) *Fotuhat*, III, 22; IV, 148.

La veneración que se le tuvo en vida, fué en aumento después de su muerte. Hízose de Abenarabi un taumaturgo semiprofeta, y muy pronto la tradición apasionada de sus discípulos forjó leyendas mil que han pasado a todas sus biografías (1).

Los sultanes otomanos fomentaron, siglos después, esta veneración al sufí murciano, a cuya intercesión atribuían todos sus triunfos contra los cristianos y principalmente la toma de Constantinopla, que creían había sido profetizada por Abenarabi. Selim Jan, o sea Selim II, hijo de Solimán el Magnífico (986=1579), mandó construír en su honor una mezquita y sobre su tumba un gran colegio (*madraza*), otorgando cuantiosos legados píos para su sostenimiento (2). Un famoso literato y sufí español, Almacarí, atestigua su existencia a principios del siglo XVII de nuestra era (3).

"Yo visité su sepulcro varias veces para atraer sobre mí sus bendiciones y poder ver las luces celestiales que sobre su tumba resplandecen. El que se proponga juzgar con equidad no encontrará manera de negar los fenómenos místicos que junto a su tumba experimentan las almas. Mi visita acaeció en los meses de *xaabán, ramadán* y primeros de *xagual* del año 1037 (1627 de J. C.)."

A mediados del siglo XIX todavía el culto a su memoria se conservaba vivo entre los musulmanes piadosos de Damasco, que visitaban su sepulcro todos los viernes (4).

"Las gentes no dejan de visitar su tumba y de considerarlo como el más grande de los santos: todos los viernes verás centenares de personas en derredor de su mausoleo para hacer allí la oración a la vez que lo visitan."

Y en nuestros días puede aún el turista europeo, guiado

---

(1) *Xadsarat adsáhab*, 815.

(2) Cfr. *Arraudat al-ganá fi Dimasca al-faiha* (Beyrut, 1879), página 137. Item Al-Makkari, *Analectes*, I, 579.

(3) *Loc. cit.*

(4) *Arraudat*, pág. 138. Dozy (*Supplement aux dictionnaires arabes*, I, 232 *a*) dice que "los pepinos se conocen en Damasco con el pintoresco nombre de "vecinos de Mohidín" (جار محيي الدين) porque se los confita en la Salihía, donde tiene su mausoleo y su mezquita Mohidín Abenarabi, el célebre sufí y el más grande santo de los turcos; este santo y los pepinos son, por eso, vecinos."

por las indicaciones de *Baedeker,* comprobar *de visu* la existencia del citado mausoleo en la Salihía de Damasco (1).

MIGUEL ASÍN PALACIOS.

VII

EL TRIBUNAL DEL SANTO OFICIO EN ARAGON ESTABLECIMIENTO DE LA INQUISICION EN TERUEL, POR ANTONIO C. FLORIANO CUMBREÑO

(*Continuación.*)

APENDICES

APÉNDICE I.

ACTAS Y ACUERDOS DEL CONSEJO PÚBLICO

DOC. A.—NÚM. 3.

Martes a XXV de mayo M CCCC LXXX IIII antes de comer.

Que conuocado y aiustado público Conçeio y consello (2) en la Sala del consello de la Ciudat de Teruel, de los officiales, Ciudadanos, ecclesiásticos, fidalgos y otros vezinos de la dicha Ciudat (3), a son de (4) campana, por (5) Joan Gil, nuncio, tocada (6) segunt de lo sobredicho relación fizo, en lo qual fueron presentes los siguientes:

Pero Sánchez Gamir, alcalde lugarteniente de Juez.	Miguel Rajadel.
	Ferrando García.
Louis Martínez Cano, alcalde.	Alfonso Ximénez.
Joan Camanyas.	Frances de Pinganiga.

(1) Baedeker, *Palestine et Syrie,* pág. 355: "La plus belle mosquée s'élève au-dessus du tombeau de *Mouhieddîn Ibn el-Arabî.* On prétend de nos jours lui assigner sa place dans une chambre voisine de la mosquée, oú l'on vient en pélerinage."—Massignon, en su *Al-Hallaj* (París. Geuthner, 1922), tomo I, págs. 384-5, ha publicado un bello fotograbado que reproduce la tumba de Abenarabi, en su estado actual.

(2) *y consello,* entre líneas.

(3) *a vadajadas o repich,* tachado.

(4) *a son de,* entre líneas.

(5) *francis,* tachado.

(6) *Tocada,* entre líneas.